

ETIQUETAS DE LA CASA DE AUSTRIA.

III.

EL MAYORDOMO MAYOR.

El *Mayordomo mayor* tenía de gajes, pension, librea y plato 2.226.325 maravedís al año, y además ración de pan, vino, cera, sebo, casa de aposento, médico y botica. Servía en virtud de la merced de S. M. habiéndole por ella besado la mano, sin otro despacho ni ceremonia, contándosele desde aquel día los gajes en la Casa de Borgoña, mientras que por la de Castilla se le despachaba título por el Consejo y por la Cámara. No juraba su cargo. Nombraba un Teniente para la Casa de Castilla que firmaba todas las libranzas, sobre-cartas, desembargos y otros despachos del Consejo de Hacienda en sitio preferente al del Presidente, poniendo en la antefirma *Mayordomo mayor* (1). Si se le ofrecía alguna duda respecto á la provision de asuntos ordinarios de la Real Casa, podía llamar á dicho Presidente para que le facilitase noticias ó le diese su opinion sobre el particular. Gozaba el privilegio de tener en el aposento de S. M. silla rasa de terciopelo de forma de tijera, que se podía doblar. En la Capilla tocaba al mayordomo mayor y á los mayordomos la disposicion y arreglo de lo temporal, y al Capellan mayor lo correspondiente al Oficio divino; y tambien en este sitio usaba su silla rasa, colocándola delante del banco de los Grandes é inmediata á la cortina de S. M. Allí permanecía cubierto, aunque no fuese Grande, quedando detrás de la silla un ujier de Cámara para recibir sus órdenes. Tenía cuarto en Palacio, y oficinas para su servicio.

Cuando los Cardenales, Potentados, Embajadores y Grandes, que venian á la corte, deseaban tener audiencia con S. M. por primera vez, acudian al mayordomo mayor para que diese cuenta á S. M. de su llegada. Entónces les enviaba éste las órdenes para la audiencia, disponia el acompañamiento y

* Véase el número 75, página 161.

(1) Varias veces protestaron de esta preferencia el presidente y los señores del Consejo de Hacienda, y aún aquél llegó á firmar en ocasiones antes del mayordomo mayor, hasta que S. M., conformándose en 22 de Marzo de 1647 con la consulta del Real Bureo, volvió á mandar se observase la costumbre antigua, imponiendo silencio al Consejo en este punto y ordenando al guarda-sello que no sellase ningun despacho que no llevase la firma del mayordomo mayor en la forma antigua.

preparaba lo demas necesario para este acto (1). En las audiencias ordinarias permanecía arrimado á la pared á que estaba aproximada la silla de S. M. y el más inmediato á ella.

Por la noche, despues de cerradas las puertas de Palacio, le llevaban los guardas las llaves á su aposento, y no se podían volver á abrir sino en caso muy preciso y con su licencia. Si no dormía en Palacio, se colgaban las llaves en el Cuerpo de Guardia á vista de las tres naciones. Ocurriendo de noche en Palacio alguna novedad tenían obligacion los guardas de dar parte de ella, ántes que á nadie, al mayordomo mayor, y caso de no dormir en Palacio, de comunicársela por la mañana en su casa.

Estaban á sus órdenes los mayordomos, capitanes de las tres guardas, gentiles-hombres, costilleros, varlet-servant, maestros de la cámara, contralor y grefier, á quienes trataba de *vos* por escrito y de palabra, siendo la fórmula comenzar diciendo: «Señor maestro de la cámara, haced esto.» Igualmente estaban á sus órdenes el guarda-joyas, acemilero mayor, veedor de vianda, aposentador de Palacio, tapicero, médicos de familia, cirujanos, sangradores, aposentadores de camino, ujieres, porteros, todos los oficios de boca y el comisario de la compañía de archeros. S. M. proveía estas plazas, que todas eran de la casa de Borgoña, por consulta suya, siendo de libre provision del mayordomo las de mozos de oficio y oficiales de mano.

En las comidas públicas de Pascuas, casamientos y otras extraordinarias, bajaba á la cocina por la vianda la primera vez con los mayordomos, llevando el baston al hombro, teniéndole un ayuda de la furriera la silla rasa para sentarse, mientras se sacaba la vianda. Colocada ya ésta en la mesa de S. M., dejaba el baston y entraba á avisárselo al Rey. Presentábale luégo la toalla para secarse las manos ántes de comer, arrimábale la silla, y en sentándose en ella, se colocaba sobre la tarima á mano derecha. Recibía órdenes directamente de S. M., y las comunicaba al mayordomo semanero, quien á su vez las ponía en conocimiento de los capitanes de las guardas ó del contralor, segun su naturaleza.

El día de los Reyes servía á S. M. los cálices de la ofrenda, y no hallándose presente, le sustituía el

(1) En la relacion que escribió Juan Sinogay sobre el servicio de la casa del Emperador Carlos V, por mandado de Felipe II, consta así; pero posteriormente se limitó el referido mayordomo á dar orden al semanero para prevenir la casa y acompañamiento.

semanero ó el personaje que S. M. designaba. Ponía á S. M. la almohada para hincarse de rodillas, y quitaba el telliz con que estaba cubierto el sitio en los toros, y tambien en la capilla é iglesia, cuando faltaban los eclesiásticos á quienes correspondía.

Tenía entrada en la cámara de la Reina, estando en ella el Rey, á quien iba acompañando, y en igual caso entraba en la del Rey el mayordomo mayor de la Reina, así como tambien en los cuartos de SS. AA. no estando en la cama, habiéndosele de poner silla en todas estas cámaras como si estuviera en la del Rey.

Celebraba bureo los lunes y viernes de cada semana, habiendo asuntos de que tratar, destinándose los lunes á examinar los libros, precios, cuentas y gastos de la casa, cámara y caballeriza, y los viernes á materias de gobierno y justicia. El bureo se hacía en su cuarto, colocándose él á la cabecera de la mesa, sentado en su silla de brazos y teniendo á sus lados á los mayordomos, tambien sentados en sillas, y en un banco raso cubierto los maestros de la cámara, contralor y greffier. En el caso de tener que entrar algun abogado en el bureo á defender algun pleito, se sentaba en este banco raso despues de los mencionados oficiales, y si era escribano permanecía en pié, descubierto y sin espada. Remitíase al mayordomo mayor todos los memoriales entregados á S. M. sobre pretensiones y negocios de la casa, exceptuando tan sólo los que tocaban al capitán de los archeros, que consultaba con S. M. todas las cosas de gracia. Juraban en sus manos el caballerizo mayor, el sumiller de corps (no habiendo camarero mayor) y los jefes de la casa del Principe. Recibía juramento en el bureo á los mayordomos, capitanes de las guardas y demas criados de su jurisdiccion, estando él y los mayordomos y oficiales sentados y cubiertos, y el que juraba descubierto y en pié (1). Se conocía en el bureo de todas las diferencias, pleitos, excesos y delitos cometidos por los criados de S. M. ó en su Palacio, sin que de la sentencia del bureo hubiera apelacion ni revista. Cuando se resolvía que dentro ó fuera de Palacio se prendiese á alguna persona, criado ó no de S. M., podía el mayordomo mayor llamar al alcalde que quisiere para encomendarle la prision, ó á los alguaciles que estaban de guardia en Palacio para que le llevasen á la cárcel que les ordenare, quedando en ésta sentado en los correspondientes libros que era por orden del mayordomo mayor. No siendo

hora de haber alguaciles en Palacio, los soldados custodiaban al preso en el Cuerpo de guardia hasta entregarlo á la justicia que se les ordenaba, siendo de absoluta precision que esta entrega se verificase fuera de las puertas de Palacio. Recayendo la orden de prision en persona de calidad, podía el mayordomo mayor disponer que en vez de prenderle y llevarle á la cárcel alguaciles, fuesen soldados de la guarda. Los capitanes de ella de archeros, españoles y alemanes, conocen en primera instancia de las causas criminales formadas á los soldados (1), pero siempre con sujecion al mayordomo mayor, viniendo al bureo las apelaciones de cualquier determinacion. Formaba parte de la Junta de obras y bosques en el mero hecho de ser mayordomo mayor, colocándose inmediatamente despues del Presidente del Consejo de Castilla.

Su puesto, siempre que S. M. andaba por su aposento ó salía á funciones públicas en que no concurrían detrás la Reina, Infantes, Cardenales ó Embajadores, era el inmediato á S. M., á no ser que por falta de Grandes siéndolo él, le mandase S. M. pasar delante. Cuando marchaba detrás, precedía al camarero mayor, caballerizo mayor (yendo á pié) y sumiller de corps. No siendo Grande era su lugar siempre detrás de S. M., á un lado, si iban personas reales ó eminentes, y sino inmediato á S. M., siguiendo luégo los Consejos de Estado y gentiles-hombres. En el coche de S. M. se sentaba despues del caballerizo mayor, á quien tocaba colocarse el primero siempre que S. M. iba en coche ó á caballo, así como en apeándose del coche volvía el mayordomo mayor á ocupar el mejor puesto.

En los entierros de los Reyes y personas reales marchaba inmediatamente detrás del cuerpo, en el mejor lugar, llevando á su izquierda al prelado y siguiéndole los gentiles-hombres. En dias de toros y fiestas públicas, á que asistía S. M., correspondiale hacer la reparticion de ventanas de la plaza y, hecha, la mandaba ejecutar al alcalde más antiguo. Tambien estaban á sus órdenes los alcaldes de casa y córte en las cosas tocantes á la casa y necesarias al gobierno de ella (2) y disposicion de las procesiones, llamándolos de *vos*, segun la costumbre antigua. Igual tratamiento daba al teniente de mayordomo mayor de la casa de Castilla, á los médicos, aposentadores de caminos, alguaciles de córte y oficiales de mano de aquella casa.

Mayordomos. Sus gajes eran 48 plazas al dia, y de librea, fruta y leña 64.410 mrs. al año, racion de pan, vino, cera, sebo y otros emolumentos, casa de aposento, médico y botica. Asistían al bureo con el

(1) La fórmula del juramento era esta: «Jurais de servir bien y fielmente al Rey Nuestro Señor en el oficio de... de que S. M. os ha hecho merced, procurando todo lo que fuere de su servicio y provecho y apartando su daño, y que si viniere á vuestra noticia alguna cosa que sea contra el servicio de S. M. ó en daño suyo, dareis aviso á mí ó á persona que lo pueda remediar? ¿Así lo jurais?—Así lo juro.—Sí así lo hiciéredes Dios os ayude, y haciendo lo contrario os lo demande.—Amén.»

(1) Instrucciones entregadas por Felipe II al Duque del Infantado, su mayordomo mayor, para conocimiento de los capitanes de las guardas.

(2) Así lo declaró Felipe IV en consulta de 3 de Junio de 1649.

mayordomo mayor, colocándose por antigüedad. Acompañaban á S. M. á la capilla y á todas las funciones públicas, permaneciendo en pié, con sus bastones, que habían de llegar al pecho y ser del grueso conveniente, en frente de la cortina, más adelante del banco de los embajadores, debiendo correrla en union del sumiller de corps del oratorio, en ausencia del Patriarca de la capilla. Servían por semanas, y el semanero tomaba las órdenes; no estando allí el mayordomo mayor, las distribuía y ejecutaba para que avisasen á los embajadores, grandes y mayordomos en las ocasiones en que habían de acompañar á S. M.; visitaba la capilla ántes que S. M. saliese á misa, ordenando que la cortina y los asientos de prelados, grandes y embajadores, estuviesen prevenidos y la capilla despejada, y cuidando de los lugares que cada uno había de ocupar. Inspeccionaba el servicio de los guardas y los oficios de boca, informándose de la comida que cada día se preparaba para S. M. Si regalaban á S. M. alguna cosa de comer, los oficiales de boca que la recibían, daban de ella cuenta al semanero y éste al mayordomo mayor, para que lo dijese á S. M. y saber si se le había de presentar ó no, porque de otra manera no se podía servir á S. M. En las audiencias y actos públicos en que S. M. estaba sentado á la ventana ó en tablado, permanecía junto al mayordomo mayor para recibir de él las órdenes y traerle las respuestas. El mayordomo que venía sirviendo á S. M., á la vuelta de una larga jornada ó cacería, continuaba la semana empezada hasta el sábado, siendo pasado el miércoles, porque á ser ántes de este día empezaba su servicio el mayordomo siguiente. Si por enfermedad ú otro accidente se excusaba el semanero de continuar la semana, avisaba al mayordomo que le seguía, continuando éste el servicio hasta el sábado si le había comenzado ántes del miércoles, y prosiguiéndole otra semana si había sido avisado después. Rubricaba cada semana los gastos extraordinarios que se hubiesen hecho durante ella, presidiendo el más antiguo el bureo en ausencia del mayordomo mayor. Comunicaba á las partes las mercedes hechas por S. M. el mayordomo más antiguo. El gobierno de la casa, no habiendo mayordomo mayor, correspondía al bureo, y al semanero las funciones personales y la resolución de las cosas del momento que no daban lugar á consulta. Á los jefes, ayudas y mozos de oficio podía el mayordomo llamar de vos, pero de forma que no se ofendiesen, y en particular debía abstenerse de emplear este tratamiento con los jefes en presencia de S. M.

Gentiles-hombres de la boca. Sus gajes eran 36 plazas al día (131.400 mrs. al año) y casa de aposento. Tenían obligación de acompañar á Su Majestad en todas las solemnidades públicas, co-

locándose detrás del banco de los grandes, ó bien en los acompañamientos en sitio inmediato á los mayordomos y delante de los maceros. Cuando los embajadores ordinarios ó extraordinarios tenían audiencia con S. M. por primera vez, iba por ellos el mayordomo de semana, á caballo, acompañado de los gentiles-hombres de boca y casa, ocupando el más antiguo de aquellos el lado izquierdo del mayordomo.

En las comidas públicas, servía un gentil-hombre de la boca de panetier, otro de copero, y otro de trinchante, yendo los demás por la vianda á la cocina. Cuando S. M. iba á la guerra tenían obligación de seguir el estandarte Real cada uno con cuatro caballos. Comían en el Estado de boca, y á falta de mayordomo gobernaba el gentil-hombre de boca más antiguo, desde el lugar que ocupaba.

Gentiles-hombres de la casa. Tenían de gajes 24 plazas (al año 87.600 mrs.) y casa de aposento. Los gentiles-hombres, de esta clase que llamaban *acroes*, estaban, como los anteriores, obligados á acompañar á S. M. en la capilla y festividades públicas, detrás de los gentiles-hombres de la boca, y delante en los acompañamientos. Formaban parte de la comitiva que iba con los embajadores la primera vez que eran recibidos por S. M. Yendo S. M. á la guerra, seguían el estandarte real con tres caballos cada uno. Tenían entrada en la saleta.

Los *Costilleros* gozaban de 12 plazas al día (43.400 mrs. al año) y casa de aposento. Acompañaban á S. M. como los anteriores, en el sitio inmediatamente inferior, así como también á los embajadores. Seguían el estandarte real en la guerra con su persona y dos caballos. El Emperador Carlos V, cuando estaba en campaña y se ofrecía enviar algún recado á los coroneles, capitanes ó personas principales, solía mandar á algunos de los costilleros.

Los gajes del *Mariscal de logis* eran 36 plazas al día (231.400 mrs. al año). En sus manos prestaban juramento los aposentadores de la casa, pero no tenía autoridad para recibirlos ni despedirlos por sí.

El *Retopidor*, cuyo oficio era asistir en la tapicería para el arreglo, limpieza y compostura de los tapices y paños, según el tapicero mayor le ordenase, tenía de gajes seis plazas en el extraordinario, que montaban al año 21.900 mrs., y varios comestibles.

El *Entallador* tenía al año 36.500 mrs., pagándosele separadamente todas las obras de su arte que hacía para S. M., con libranza del mayordomo mayor.

El *Reloxero* ocho plazas (29.200 mrs.), y pagada aparte las obras hechas para el servicio de S. M.

El *Cerrajero* tenía cuatro plazas al día (14.600 maravedís), y á más las obras que hacía para la

casa de S. M. Juraba en manos del mayordomo mayor no dar á nadie llave ni instrumento para abrir puerta alguna de palacio, pena de la vida.

El *Bastero* tenía cinco plazas al día (18.350 mrs.), y pagadas aparte las obras para el servicio de S. M.

El *Guardajoyas* tenía 30 plazas al día, 216 libras al año de pension, y media plaza diaria por una lamparilla que debía arder en el oficio, todo lo cual ascendía al año á 154.525 mrs. Sus ayudas gozaban nueve plazas al día y cuatro los mozos; y todos tenían racion ordinaria, sólo que en lugar de vaca se les daba carnero. Recibía y se hacía cargo de todas las cosas tocantes á su oficio, procurando estuviesen bien tratadas y se empleasen sólo en el servicio de S. M. Llevaba cuenta de los objetos de plata que entregaba á los jefes de los oficios marcando el peso y señas de ellos. Sin orden expresa del mayordomo mayor, no podía prestar cruces, relicarios, blandones, candeleros ni otro objeto de su cargo. Su asistencia en palacio había de ser muy continua, por la falta que constantemente hacía. Cuando llevaba el Toison para S. M. iba desde el oficio un ayuda con él, y además el platero, por si era necesario aderezar algun eslabon, todos, por supuesto, sin espada ni sombreros y en cuerpo. Dormía en el oficio un mozo, para lo cual se le pagaba una cama por cuenta de S. M., y cuando éste caminaba no se podía apartar un mozo de este oficio de las cargas en que iban los objetos de plata y servicio de S. M.

Los gajes del *tapicero* eran doce plazas y media al día (esta última para una lamparilla que debía arder todo el día en el oficio), ó sean 45.725 maravedis al año, cuatro ayudas y un retupidor á siete plazas. Tenía á su cargo el jefe de la tapicería los oratorios, sitiales, doseles, sillas, almohadas, bancos, tapicerías de invierno, colgaduras de verano, guademecies, reposteros, alfombras, camas, colchas, colchones, frazadas, pabellones, sobremesas, catres y demas cosas análogas, que recibía por inventario del contralor y grefier. Si compraba alguna cosa para su oficio, ó se la regalaban á S. M., debía dar relacion de ella al contralor y grefier dentro de ocho días, determinando su calidad, señas y requisitos necesarios. Asistía ordinariamente con dos ayudas en el aposento de S. M., para lo que se ofreciese de su servicio, quitar, poner y limpiar las colgaduras de la cama que sirviese y la de respeto, sobremesas, alfombras y demás que estuvieren en la cámara. Entraba en el aposento de S. M. con capa, sin espada ni sombrero, y de esta misma manera llevaba la almohada en las procesiones. Sus ayudas y mozos asistían en cuerpo. Era de precision que en cada uno de los oficios donde había ropa de S. M. durmiese un mozo de oficio.

Furriera. El *aposeñador* de palacio tenía de gajes doce plazas al día y seis plazas por libras de

leña en invierno y la mitad en verano, que todo ascendía á 60.225 maravedis al año: sus dos ayudas á siete plazas y media, 25.365 maravedis; dos sota-ayudas, á cuatro plazas, 14.300 maravedis, y todos disfrutaban de racion ordinaria.

Era de su cargo el cuidar que los barrenderos tuviesen muy limpia la casa, así como las sillas, bufetes, mesas, morillos y esteras. En los actos solemnes ponía la silla para S. M., y levantaba la mesa cuando comía en público. Cuidaba de tener siempre en la cámara silla para el mayordomo mayor, sin consentir que nadie más que este alto funcionario se sentase en ella. Le estaba encomendada la usería de la cámara, á cuyo efecto recibía orden del contralor para la cantidad de leña y carbon que se había de gastar en las chimeneas de la cámara, retrete, consejo de Estado, mayordomía y guardas. Custodiaba las llaves de la cámara de S. M., y las daba de su mano al gentilhomme y ayudas de cámara, pudiendo traer en su bolsillo una llave doble que abriese todas las puertas de palacio para limpiar y reconocer todo lo necesario, siendo la llave de tercera suelta de la sola persona de S. M. Corría á su cargo la paga de los barrenderos y chirrionero. Su asistencia en el cuarto de S. M. era precisa, con capa y sin espada ni sombrero, teniendo cuidado de abrir y cerrar las puertas y ventanas. Yendo S. M. de jornada aposentaba á las personas reales y oficios de su casa, y en los bosques á todos los criados, ministros y otras personas que iban sirviendo á S. M. Cuando venia á besar la mano de éste algun cardenal, poniale la silla, así como recado de escribir para celebrar consejo de Estado, consultas del mismo, juramentos de virreyes y presidentes, elecciones de jueces del Orden de Santiago, Toisones y otras ceremonias. Repartía las ventanas para las fiestas públicas en la Panadería, y siendo en la plaza de Palacio, acomodaba á los consejeros, grandes y títulos, segun la orden que á este efecto había recibido del mayordomo mayor. Ponía en la jura de los Principes la silla donde se habían de sentar; repartía las palmas por Semana Santa. El aposentador de palacio ó un ayuda de la furriera asistían siempre á ver barrer el aposento de S. M., y mientras el oficial de la tapicería limpiaba las cortinas de la cama y las sobremesas de los bufetes, él inspeccionaba si todo quedaba limpio y en orden. Los ayudas podían traer llaves sencillas del cuarto de S. M. en la faltriquera, atadas por el anillo, para abrir, cuando no estuviese presente el jefe, á los mozos de retrete y barrenderos por las mañanas. Uno de los ayudas asistía siempre en la pieza más cercana al aposento de S. M. para lo que se ofreciese de su servicio.

Los sota-ayudas de la furriera, llamados tambien *mozos de retrete*, servían en cuerpo, sin dagas ni

puñales; barrían todo lo que se llamaba cámara de S. M.; estando éste en marcha llevaban su silleta sin permitir que ningún otro la manejase; traían de la cerería al cuarto de S. M. los candeleros y velas de su servicio; aderezaban «el mandil del reloj que está en el aposento de S. M.», iban á la cocina por el almuerzo de los caballeros, encendían y atizaban las chimeneas de la cámara.

Médicos de familia. Los gajes consistían en treinta plazas al día, 108.500 maravedis al año; visitaban á los criados de S. M., á sus mujeres é hijos todas las veces que los llamaban, cada uno á los de su cuartel, segun las listas que recibían del grefier, sin poder llevar por esto retribucion alguna. Siendo enfermedad peligrosa había de visitar al enfermo dos veces al día, y una no siéndolo. Sólo para criados de S. M. podía recetar medicinas en la real botica, y siempre que lo hiciera estaba obligado á poner en la receta el nombre y oficio del criado, la calle donde vivía, el día, mes y año, y finalmente su rúbrica, poniendo todas las cantidades en letra y de ninguna manera en cifra. Si algunos criados pobres padecían necesidad en sus enfermedades, lo comunicaba al mayordomo mayor ó semanero y al limosnero mayor para que les socorriesen. Si sabían que alguno de los criados padecía enfermedad contagiosa, lo ponían en conocimiento del mayordomo mayor para que lo remediase.

Análogas eran las condiciones á que estaban sujetos los *cirujanos*, que disfrutaban de veinticuatro plazas de gajes al día, ó sean 87.600 maravedis al año. Los *sangradores* tenían 100 ducados de gajes y racion ordinaria. En el cuarto de S. M. debían entrar en cuerpo, sin daga ni sombrero. El *sangrador del comun* tenía seis plazas de gajes (21.900 maravedis al año); sangraba, sajava y echaba ventosas, cuando era para ello requerido, á los criados de S. M.

Ujieres de Cámara. Eran sus gajes doce plazas al día (al año 43.800 maravedis) y casa de aposento. Asistían constantemente á las puertas de la ante-cámara del Rey desde las ocho de la mañana en invierno y desde las siete en verano, hasta despues de haber comido S. M.; y despues de haber salido por aquellas puertas los mayordomos, despejaban, cerraban y volvían á las dos en invierno y á las tres en verano hasta acabar de cenar S. M. y haber salido de su cámara el mayordomo mayor y el semanero. Cuidaban de que no entrasen ni estuviesen en la ante-cámara y ante-camarilla sino las siguientes personas, y de esta manera: los embajadores esperaban á S. M. en la ante-camarilla para acompañarle cuando salía á la capilla; los grandes entraban por las puertas de la ante-cámara, llegando hasta donde les correspondía; en la ante-cámara aguardaban los gentiles hombres de la boca, títu-

los, caballerizos, pajes, tenientes de las guardas, alcaldes de casa y corte y el ayo de los pajes ó su teniente; entraban en la ante-camarilla los títulos de España y los del Imperio que lo tienen por S. M. Por último, cuidaban de que no se cubriese ni pasase nadie delante del dosel.

Los *apostadores de camino* eran ocho, y cada uno tenía doce plazas de gajes al día (43.800 maravedis al año) y casa de aposento. Cuando S. M. iba de jornada, el mayordomo mayor ó el bureo nombraban los apostadores que le habían de ir sirviendo, dándoles el itinerario de los lugares donde S. M. había de comer y hacer noche. De antemano el consejo de cámara despachaba cédula para las ciudades de Castilla con encargo de dar á estos apostadores el favor y ayuda necesarios, acudiendo á lo que ellos dijeren ser menester, haciendo pasadizos, abriendo puertas, echando tabiques en las habitaciones destinadas á S. M. y entregándoles los bastimentos suficientes á precios justos y moderados. Lo mismo se practicaba para los reinos de Aragon por el consejo respectivo, á fin de que en las puertas no se les exigiese derecho alguno. El grefier les daba una lista de los embajadores, grandes, consejeros, criados y otros ministros que habían de acompañar á S. M. y ser aposentados.

Acabada la distribucion del aposento en los lugares donde S. M. hacía noche, formaban los apostadores una lista de las posadas de los ministros, criados y demas personas del acompañamiento necesarias para el servicio de S. M., y la entregaban al cabo de escuadra de la guarda española para que la pusiera en el cuerpo de guarda junto al hacha, de modo que se pudiera leer. Á pesar del itinerario referido, todas las noches ántes de marcharse debían dar parte al mayordomo semanero de lo que habían hecho para que éste lo comunicase á S. M. durante la cena, por si ocurriese alguna novedad ó alteracion. Tenían de derechos por cada tanda de aposento 36 maravedis, cantidad que se acrecentaba segun las casas reales que habían de aposentar, como eran de Rey, Reina, Principe, etc.

Los *porteros de sala y saleta* eran ocho, y tenían siete plazas y media cada uno (27.375 maravedis al año) y casa de aposento. Pertenecían á la casa de Castilla y asistían á la puerta de la sala del Rey á las mismas horas que los ujieres de cámara. No dejaban entrar en la saleta sino á los que pasaban á la ante-cámara y á los que allí tenían entrada, á saber, acroes, costilleros, varlet-servant, capitanes ordinarios, procuradores de Cortes, y algunos religiosos ó personas eclesiásticas.

El *portero de la maison* tenía nueve plazas al día (32.850 maravedis al año), racion ordinaria y casa de aposento. Guardaba la puerta de Palacio cuidan-

do de que por los patios no anduviese gente vagamunda y perdida. Hacia encender las lámparas y faroles de Palacio. De día guardaba las llaves de las puertas que daban al exterior, y de noche, después de cerradas, las entregaba á los guardas.

El *acemilero mayor* tenía de gajes y pensión 163.400 maravedís anuales y dos raciones de caballo; el teniente 27.375 y una ración de caballo y lo mismo el furrier. Cuidaba el *acemilero mayor* de que hubiera buen orden, trato y limpieza en su oficio, y de que las acémilas no se prestasen ni saliesen fuera del sitio designado sino para cosas del servicio de S. M. El teniente llevaba cuenta del gasto de las acémilas, mulas, carruajes, salarios de los *acemileros* y *carreteros*, etc., presentándola al contralor por meses, con distinción de las cuentas del herrador y bastero, que se pagaban aparte á los mismos interesados.

Oficios de la cámara de Castilla. Monteros de la cámara. Eran cuarenta y ocho, y tenían dos reales de ración y otros dos de salario. Para ser admitido en este cargo era menester hacer dos informaciones bastantes, una á petición de la parte y otra de oficio, probando que el pretendiente era hijodalgo de solar conocido de padre y abuelo, sin raza de moro, judío ni confeso, no haber sido penitenciado por el Santo Oficio, ni traidor á la corona real, no haber servido á señor alguno ni ningun otro particular de lacayo, no haber tenido oficio vil ni bajo, y contar veinticinco años cumplidos. Dormían en los cuartos de la Reina, príncipes é infantes junto á la puerta de la cámara, recibiendo al tiempo de recogerse la puerta de mano de los reposteros de camas y ayuda de cámara, quedándose abierta, á no ser que el príncipe ó persona á quien servían, gustase cerrarla por su propia mano.

Gobernábase el cuerpo del oficio por las ordenanzas, que en conformidad con las cédulas, privilegios y despachos obtenidos y ganados de los Reyes de Castilla, desde el conde D. Sancho Fernandez, de donde traían su origen, habían redactado ellos mismos en Valladolid á 1.º de Octubre de 1555 (4), y que fueron aprobadas por D. García de Toledo, mayordomo mayor del príncipe D. Felipe. Son tan interesantes estas ordenanzas, que no podemos resistir al deseo de transcribirlas íntegras:

«Primeramente que los dos monteros que fueren de guarda son obligados á ir á Palacio en todos tiempos del año á las ocho de la noche á tomar sus puertas, después que la casa esté desembarazada de gente, y asimismo todos los otros monteros que estuvieren en la corte sirviendo su tercio no estando enfermos, y no habiendo velado la noche ántes, sean obligados á ir á Palacio á las nueve horas, so

pena que los dos que fueren de guarda no yendo á las ocho paguen de pena los 43 maravedís que cada uno tiene de ración cada día de los seis meses que cada uno es obligado á servir, y todos los otros que no fueren á las nueve paguen de pena cada uno medio real, los cuales dichos maravedises se partan entre los monteros que hubieren ido temprano.

»Item, que los dos monteros que fueren de guarda sean obligados á visitar toda la casa con su hacha encendida y llevar sus llaves, sin fiar el cerrar de nádie y velar con gran cuidado, sin desnudarse ni dormir, so pena que el que toparen durmiendo pague de pena un ducado por cada vez, la mitad para el que le hallare durmiendo y la otra mitad para los compañeros que durmieren en Palacio.

»Item, que ninguno de los dos que fueren de guarda sea osado de dar las llaves á ningun otro montero ni á otra persona alguna, ni abrir las dichas puertas, si no fuere enviándolo á mandar el Rey ó Reina, Príncipe ó Princesa, en cuyo servicio estuvieren, si no fuere por la mañana á hora debida, so pena de un ducado, el cual se reparta entre los monteros que la noche en que esto acaeciere durmieren en Palacio.

»Item, que al tiempo de cerrar las puertas, todos los monteros que estuvieren en Palacio, quedando dos monteros en cada servicio, sean obligados á ir con los dos monteros que fueren de guarda á visitar la casa y cerrar las puertas, so pena que el que no fuere pague un real, el cual se reparta entre los monteros que fueren á cerrar dichas puertas.

»Item, que los dos monteros que fueren de guarda sean obligados á llevar los recados de fuera que por S. M., Reina, Príncipe ó Princesa les fuere mandado, so pena de dos reales, que serán aplicados al montero ó monteros que llevaren el tal recado ó recados.

»Item, que los dos monteros que hubieren velado la noche ántes que el Rey ó Reina, Príncipe ó Princesa se partan para hacer alguna jornada, sean obligados á pedir ó recaudar acémilas ó carretas de la persona ó personas á cuyo cargo fueren de dar para llevar las camas que fueren menester para los monteros que fueren en tal jornada ó jornadas, é las hacer cargar á los dos monteros que hubieren de velar la noche siguiente, y sean obligados á ir con tiempo al lugar donde se fuere á hacer noche, y recoger las dichas camas y hacerlas subir y poner en la pieza ó piezas donde la tal noche se hubiere de hacer la guarda; y por esta misma razón vayan discurriendo hasta que se acabe la tal jornada; y si por no llegar á tiempo se perdiere alguna cama ó reposteros, sean obligados á pagar lo que en las dichas camas faltare.

»Item, que los dos monteros que fueren de guarda sean obligados cada uno cada noche de salir de

(4) 1557.

la pieza donde están haciendo su guarda, dos ó tres veces á mirar y á visitar si hay alguna manera de lumbre que haga daño ó si por Palacio anda alguna persona desmandada contra el servicio de Su Majestad, y á la mañana no sean osados á abrir las puertas sin visitar las partes sospechosas de la casa, pena de cuatro reales, los cuales se partan entre los monteros que durmieren la noche que esto acaeciere en Palacio.

»Item, que los dos monteros que fueren de guarda en la mañana no dejen el servicio y puertas hasta saber que es levantado el Rey ó Reina, Príncipe ó Princesa, en cuyo servicio estuvieren; y entónces no dejen el servicio y puertas, si no fuere á reposteros de camas, ó ujier ó portero de camas del Rey ó Reina, Príncipe ó Princesa, so pena de cada dos reales, los cuales se apliquen y repartan entre todos los monteros que estuvieren en servicio.

»Item, que cuando S. M. el Rey ó Reina, Príncipe ó Princesa en cuyo servicio estuvieren, hubiere de hacer alguna jornada ó jornadas, siendo llamado por el receptor ó receptores, sean obligados todos los que se hallaren en servicio á se juntar en la parte y lugar, y á la hora que los dichos receptores señalaren; allí echan suertes para saber á los que les caben de ir á servir ó dar montero que por él vaya, so pena de diez ducados, y el que no fuere á la tal hora al lugar señalado, habiendo sido llamado, no estando malo en la cama ó preso en la cárcel, ó retraído en iglesia, sea obligado á pagar un ducado de pena é ir á servir á la tal jornada, aunque no le quepa por suerte.

»Item, que ningun montero en particular, ni todos en general, sean osados á consentir que en el aposento donde el servicio se hiciere ó estuvieren las camas, consientan dormir ningun hombre que no sea montero, so pena que á cualquiera que lo tal consintiere pague seis reales de pena, los cuales se repartan entre los monteros que se lo contradijeren.

»Item, que ningun montero sea osado en Palacio descomedirse ni decir á ningun otro montero ni monteros palabra fea ni ocasionada para reñir, por donde en Palacio haya alguna manera de escándalo, so pena de un ducado, y por la segunda sean obligados á ir todos á lo decir al camarero mayor ó al mayordomo mayor que es ó fuere, el cual dicho ducado apliquen para el hospital de la corte, y el receptor que le diere traiga fe en su libro de cómo lo recibió el mayordomo de dicho hospital.

»Item, que los monteros que trujeren sus mujeres en corte sean obligados á ir cada noche á Palacio á estar en él hasta cerrar las puertas y hacer sus guardas las noches que les cupieren, ó si sus compañeros holgasen de ello, no habiendo falta de monteros que sirvan, se puedan ir á dormir en sus posadas sin pena ninguna.

»Item, que ningun montero sea admitido al servicio hasta que sea de edad de veinticuatro años, de lo cual traiga testimonio signado de escribano público y se presente ante el contralor, y ninguno sea osado á le dar su voto para que sirva, so pena de un ducado aplicado para los otros compañeros.

»Item, ordenamos y de nuestra voluntad queremos, conforme á la costumbre antigua que en nosotros ha habido y hay que en cualquier lugar que estuviere la corte de asiento, que en las posadas que nos fueren dadas ningun montero éntre en ellas hasta que primeramente nos juntemos y echemos suertes por los tercios y barrios, segun el orden que S. M. R. nos da las camas de Palacio, so pena que el montero que entrare ó se aposentare en alguna de las dichas posadas pague de pena un ducado, el cual se aplique para el gasto que se hiciere, y repartir y allanar las dichas posadas, y al que tal hiciere todos se la quiten y le darán la más ruin que hubiere en el aposento; y segun orden que Su Majestad manda, tenemos obligacion de servir seis meses cada uno, al cabo de ellos seamos obligados á nos volver á juntar y volver á echar suertes de las dichas posadas, y por este orden de seis en seis meses se haga lo susodicho.

»Item, que ningun montero saque de las dichas posadas ninguna manera de ropa ni otra cosa de las que en las dichas posadas se diere, para llevar á ninguna otra parte ni la prestar á ningun otro amigo ni pariente, so pena de un ducado, el cual se aplica para el gasto que por justicia se hiciere para se lo hacer volver, y lo mesmo se entiende en las camas de Palacio.

»Item, que cuando hubiere mudanza de corte, siendo llamados por los dichos nuestros receptores ó cualquiera de ellos, seamos obligados á nos juntar á la hora é lugar que nos señalaren é echar suertes para que el montero á quien le cupiere la tal suerte vaya ó de otro montero que vaya por él á tomar posadas para todos, el cual sea obligado á se partir el mismo dia ó otro adelante que se partieren los aposentadores que fueren á hacer el aposento, y para su trabajo y costa seamos obligados á servir miéntras dure su partida. El que habiendo sido llamado no fuere á dicho llamamiento á la hora y lugar señalado, pague de pena un ducado, el cual se reparta entre los compañeros que allí se hubieren hallado juntos: entiéndese no estando en la cama malo de manera que no pueda salir de su posada.

»Item, que los dichos receptores sean obligados por virtud de estas dichas nuestras ordenanzas, puestas por capítulos y firmadas de nuestros propios nombres, y para mayor autoridad y validacion y fuerza así mismo firmadas las dichas ordenanzas puestas por capítulos por el muy ilustre señor don

García de Toledo, como mayordomo mayor del Príncipe nuestro Señor y de la Serenísima Princesa de Portugal, gobernadora de estos reinos, han de ir en casa del tesorero ó pagador que es ó fuere, á cuyo cargo fuere de nos pagar y cobrar todas las raciones de los veinte y cuatro monteros que sirven y dejar sus firmas en los libros, y cobradas saquen de la racion de cada uno conforme á las ordenanzas las penas en que hubieren incurrido, y lo que restare despues de haber pagado las dichas penas darlo á su dueño, y junto el dinero de las dichas penas, lo repartirán entre los que lo hubieren de hacer conforme á las ordenanzas antiguas que entre nosotros ha habido, así en Tordesillas como en esta corte, y conforme á lo que hallaren por su libro, de manera que se entienda que no hemos de tener otro apuntador puesto por el Rey ni otra persona alguna que nos apunte raciones y quitaciones ni ausencias ni otra cosa alguna, salvo los dichos dos receptores por nosotros nombrados, porque éste es el orden que antiguamente teníamos y ahora tenemos; por lo cual humildemente suplicamos á la Serenísima Princesa de Portugal, que como Gobernadora de estos reinos, por una cédula firmada de su mano, nos confirme estas dichas ordenanzas puestas por capítulos, pues todas son hechas con celo y voluntad de servir mejor y con más cuidado á S. M.

»Item, que por el trabajo que los dichos receptores tienen en la cuenta y razon y execucion de estas dichas ordenanzas, se le dé á cada uno 14 reales, los cuales han de cobrar de las penas en que hubieren incurrido. Y si en la corte hubiere algun montero que esté sin tercio, se pueda nombrar por el que estuviere ausente ó fuere muerto y goce su racion, hasta tanto que el tal ausente venga á servir ó dé poder á otro montero que por él sirva á S. M. ó se provea el oficio del tal muerto, de manera que el número de los 24 esté siempre lleno para que en el servicio no haya falta, y si fueren dos ó tres los que estuviesen sin tercio sirviendo todos puedan repartir la dicha racion ó raciones, y el tal ausente goce su quitacion libre conforme á la ordenanza que tienen los monteros que servian á la católica Majestad de doña Juana nuestra Señora, la que tenia dos monteros que servian en esta corte ahora treinta años.»

Porteros de Cámara. Eran 32, á 20.000 maravedís cada uno de salario y casa de aposento. A principio de cada año el mayordomo mayor, ó quien hiciera sus veces, designaba los puestos que habian de ocupar, nombrando los ocho que habian de servir en la capilla y sala primera del cuarto de S. M., donde estaban los archeros, otros ocho para el cuarto de la Reina, Príncipe é Infantes, seis para el Consejo, dos para la sala de apelaciones, y otros seis que nombraba el presidente del Consejo. Los que

servian en la capilla y cuarto de S. M. turnaban en las guardias. Éstas eran desde las ocho de la mañana en invierno y las siete en verano hasta concluidas las misas y oficios en la capilla ó la comida de Su Majestad, y por la tarde desde las dos en invierno y las tres en verano hasta despues de haber salido el mayordomo de acompañar á S. M. acabada la cena.

Porteros de cadena. Ocho, á 20.000 maravedís cada uno con casa de aposento, eran los de este nombre. Constantemente estaban con los bastones en las puertas altas y en la baja de Palacio, alternando en las guardias. Asistían por la mañana hasta que el gentilhombre de cámara bajaba al Estado, y por la noche hasta que salia el mayordomo. Dejaban entrar en Palacio á las personas que venian en coche y á caballo, pero en apeándose hacian salir á éstos sin permitir que ninguno esperase en el zaguan, aunque fueran de embajadores, y cuando volvian á marcharse los dejaban entrar para volverlos á tomar en el zaguan. Mientras los coches ó caballos estaban en el zaguan, tenian echada la cadena á la puerta para que no entrase en él otro alguno, salvo el coche de respeto en que andaba el caballero mayor.

A. RODRIGUEZ VILLA.

LA AGRICULTURA MODERNA.

PROPIEDADES ABSORBENTES DEL SUELO.

En nuestro artículo anterior hemos hecho un ligero estudio de los principios nutritivos que son indispensables para el mantenimiento de la vida vegetal, y hoy nos proponemos hacer brevísimas consideraciones sobre la propiedad que tiene la tierra arable de absorber estos principios, fijándolos y reteniéndolos para proporcionar el alimento que necesitan las plantas durante todas las fases de la vegetacion.

El agua es el principal elemento de la vida vegetal: ya hemos dicho que es el principio nutritivo que suministra á las plantas el hidrógeno y aún el oxígeno; además la asimilacion de todos los principios minerales se verifica por el intermedio de este vehículo, dando lugar á los fenómenos de circulacion en el interior de la planta, y trasportando de uno á otro punto los materiales que originan los diversos fenómenos de la vida vegetal.

La planta no puede asimilar los principios nutritivos al estado sólido: se concibe sin dificultad, que no pudiendo penetrar por las raicillas más que en disolucion, han de encontrarse en el suelo bajo forma asimilable, ó lo que es lo mismo en estado de poderse disolver en el agua. ¿Pero esta solubilidad en que deben encontrarse los principios nutritivos, puede ser

perjudicial en algun caso? ¿El agua arrastrará consigo los principios nutritivos contenidos en el suelo, haciéndole perder su fertilidad?

El estado de solubilidad en que deben encontrarse en la tierra los principios nutritivos, ha sido objeto de serias preocupaciones, no sólo de los labradores prácticos, sino de los hombres científicos de la talla del célebre Liebig, del mismo inventor de los abonos minerales, que creyeron hasta hace pocos años, que las sustancias que habían de servir de alimento á las plantas, podrían ser arrastradas por las aguas de lluvia ó de riego, si eran muy solubles.

Preocupado Liebig con este error, opinaba que la potasa, bajo forma de sulfato de nitrato ó de carbonato, podría ser arrastrada por su demasiada solubilidad en el agua, y concibió la idea, al ensayar por primera vez los abonos artificiales, de poner todas las sustancias en estado poco solubles; así la potasa fué agregada en forma de carbonato doble de potasa y de cal, sustancia muy poco soluble; el ácido fosfórico al estado de fosfato básico de cal, que apenas es soluble. Como se ve, puso un cuidado especial para que los principios nutritivos fuesen poco solubles, por el temor de que fueran arrastrados por las aguas.

Como era natural, los abonos preparados por Liebig en el primer ensayo, no produjeron resultado satisfactorio: los alimentos apenas podían penetrar en la planta por su poca solubilidad en el agua, y la vegetación era en extremo lenta. Este sabio permaneció algun tiempo en este error, y hasta llegó á temer que le sería imposible investigar la explicación de por qué sus abonos, á pesar de contener todos los principios que habían de servir de alimento á las plantas, no habían producido ningun resultado.

La preocupacion de Liebig en este punto fué tan grande, que solamente podemos formarnos una idea copiando alguno de los párrafos que en su importante obra *Leyes naturales de la Agricultura* dedica á este asunto:

«Sin embargo, un temor que nada podía calmar, me asediaba sin cesar, y era que yo no pudiese llegar á descubrir la causa de la lentitud de mis abonos: siempre, y en millares de casos, yo veía obrar sus elementos aislados, y desde que estaban reunidos cesaban de obrar.»

Por fortuna para la ciencia, Liebig llegó á comprender que la tierra tiene la facultad de absorber y fijar las sustancias que son necesarias para la vida vegetal, sin que el agua que filtra á través de la tierra pueda disolver y llevar consigo ni el ácido fosfórico, ni la potasa, ni el amoniaco; y cuando este hombre eminente llegó á descubrir la propiedad que tiene la capa arable de fijar todas las sustancias que han de servir de alimento á las plantas, exclama:

«Yo no había tenido fe en la sabiduría del Creador, y he recibido el justo castigo de mi incredulidad. En

mi ceguedad, yo me había imaginado que, en la cadena admirable de las leyes que entretienen y remueven incesantemente la vida en la superficie del globo, había quedado olvidado un anillo que yo, débil é impotente gusano, debía añadir: ¡Yo quería perfeccionar la obra del Todopoderoso!

»Esto era lo que me había sucedido. Temiendo que los álcalis fuesen arrastrados por las aguas de lluvia, me había imaginado que era preciso hacerlos menos solubles. Yo ignoraba entonces que la tierra se apoderaba de ellos desde que la solución llega á su contacto. Hoy puedo enunciar esta ley, á cuyo descubrimiento me han conducido mis investigaciones sobre la capa arable.

»La vida orgánica debe desarrollarse en la superficie del globo bajo la influencia del sol, y á este fin, el Gran Arquitecto, con el objeto de que nada se pierda, ha provisto á los despojos de la corteza terrestre de la facultad de atraer y retener todos los elementos necesarios á la alimentación de las plantas, y por consiguiente de los animales, del mismo modo que el iman atrae y retiene la limadura de hierro.

»Como corolario de esta ley, la tierra viene á ser un inmenso aparato de purificación para las aguas; retiene todas las materias susceptibles de perjudicar á la salud del hombre y de los animales, y se apodera de todos los productos de la descomposición y de la putrefacción de los seres organizados que perecen en su superficie ó en su interior.»

El error cometido por Liebig de reunir bajo forma poco soluble todos los elementos nutritivos de las plantas, ha sido en gran manera beneficioso para la Agricultura, porque sólo notando la poca energía de estos abonos, es como llegó á descubrirse la importantísima propiedad que posee la capa arable de absorber y fijar todas las sustancias solubles en el agua que han de concurrir al mantenimiento de la vida vegetal.

El valor que tiene esta propiedad para la vida vegetal es de la mayor importancia, y merece ser conocido el excelente trabajo de Liebig sobre este punto; pero como es muy extenso y no puede tener cabida en los estrechos límites de un artículo, vamos á extractar la parte más esencial y que más importa conocer al labrador.

Hoy se sabe ya por todos los agricultores la propiedad que tiene la capa arable de quitar á sus disoluciones en el agua pura ó cargada de ácido carbónico los alimentos más importantes de las plantas. Esta facultad nos enseña á conocer la forma y estado en que se encuentran fijados en el suelo los principios nutritivos.

Para apreciar con entera exactitud la importancia de esta propiedad para la vida vegetal, es necesario recordar la del carbono que, semejante á la capa arable, quita á muchos líquidos coloreados la materia co-

lorante que tiene en disolución, así como algunas sales y aún algunos gases.

El poder decolorante del carbon es muy variable, y depende de su porosidad y de su superficie: la hulla y todos los carbonos compactos apenas gozan de esta propiedad; el carbon de la sangre que es muy poroso, y sobre todo el carbon de huesos que presenta una gran superficie, la poseen en el más alto grado.

Las materias fijadas por el carbon conservan todas sus propiedades químicas; solamente han perdido su solubilidad en el agua, y basta que aumente un poco su afinidad para que vuelvan á disolverse las materias retenidas por el carbon. Tal sucede cuando se agrega una pequeña cantidad de álcali: esta disolución alcalina vuelve á disolver las materias colorantes fijadas por el carbon: igualmente si se agrega alcohol, se separa del carbon la quinina y la estriquina que había retenido de un líquido.

La capa arable posee las mismas propiedades que el carbon, como se comprueba por medio de las experiencias siguientes:

Si en un embudo colocamos una ó dos libras de tierra vegetal y vertemos sobre ella una disolución que contenga fosfatos, sales de potasa y de amoníaco, así como materias orgánicas en disolución de color oscuro y de olor fétido, veremos que el agua que ha filtrado por esta tierra ha retenido todas las sustancias que tenía en disolución: en efecto, el agua filtrada es incolora y sin ningún olor, y los reactivos más sensibles apenas acusan la presencia ni del ácido fosfórico, ni de la potasa, ni del amoníaco.

La propiedad de cada tierra de absorber ó fijar las sustancias que han de servir de alimento á las plantas, tiene su límite; y pasado éste, ya no fijan las materias disueltas en el agua.

En la capa arable sucede como en el carbon: hay algunas tierras que, como el carbon de hulla apenas fijan las sustancias que lleva en disolución el agua; al paso que hay otras que, semejantes al carbon de huesos, gozan de esta propiedad en el más alto grado.

La facultad de absorción de la tierra arable por la potasa, el amoníaco y el ácido fosfórico, no depende exclusivamente de su composición. Sucede alguna vez que una tierra rica en arcilla, unida á algunos centímetros de cal, la posee en igual grado que una muy caliza, mezclada con cortas cantidades de arcilla.

El estudio detenido sobre la potencia de absorción de la tierra, nos enseña que ésta aumenta con su porosidad y su estado esponjoso. La arcilla compacta y densa, así como la arena poco porosa, poseen esta propiedad en un grado muy débil.

Todas las partes que por su mezcla forman la capa arable, gozan de este poder atractivo siempre que estén dotadas de propiedades físicas análogas al carbon de leña poroso ó al carbon de huesos. En el suelo, como en el carbon, la absorción está basada sobre

una atracción superficial que es de naturaleza física, porque las partes atraídas no entran en combinación, y conservan sus propiedades químicas.

La capa arable está formada, como sabemos, de rocas que han sido disgregadas, descompuestas y reducidas á polvo bajo la influencia de causas mecánicas y químicas, y también de humus, que es el residuo de la descomposición de los seres orgánicos que mueren en la tierra.

Las mismas causas que trasforman en pocos años la tierra en humus, obran sobre las rocas, aunque tal vez haya sido necesaria la acción combinada del agua del ácido carbónico durante un millar de años para hacer del basalto, de la traquita, del feldespato y del porfiro, el espesor de una línea de tierra vegetal.

Si tomamos fibras leñosas y las descomponemos para trasformarlas en humus, así como si pulverizamos las rocas, no llegaremos á conseguir una tierra que tenga la propiedad de la capa arable. El arte del hombre no puede llegar á imitar el trabajo que ha trasformado las diferentes rocas en tierras fértiles, y que para ello ha necesitado un espacio de tiempo inconmensurable.

En una tierra arable, el residuo de la desagregación de las rocas posee el mismo poder de absorción por las sustancias inorgánicas, que el residuo de la transformación de las fibras leñosas, bajo la influencia del calor por las sustancias orgánicas.

La tierra arable quita á una disolución de carbonato de potasa, de amoníaco ó de ácido fosfórico, la potasa, el amoníaco y el ácido fosfórico, sin que los elementos terrosos cedan nada en cambio. Bajo esta relación la acción de la tierra arable es perfectamente idéntica á la del carbon, y aún es más poderosa.

La potasa y el amoníaco son igualmente absorbidos por la capa arable, aún cuando estén combinados con un ácido mineral, por ejemplo, el ácido sulfúrico ó el ácido nítrico, que tienen una gran afinidad por estas bases. Estos álcalis son absorbidos por la tierra, como si no estuviesen combinados con estos ácidos tan enérgicos.

Para dar una explicación racional de las causas por que estas sales son descompuestas por la tierra, fijando los álcalis, á pesar de que parece mayor la afinidad del ácido nítrico por la potasa que la que tiene la tierra, supone Liebig el concurso de la afinidad de la magnesia y de la cal por el ácido nítrico. Por un lado la tierra atrae la potasa, y por otro la cal y la magnesia que se encuentran en la tierra atraen al ácido nítrico, y bajo la influencia de esta doble afinidad es como tiene lugar la descomposición del nitrato potásico.

La reacción anterior difiere notablemente de las reacciones químicas ordinarias, porque, según las leyes de Bertholet, nunca se verifica la descomposición de una sal soluble de potasa por una sal insoluble de

cal, de modo que la potasa venga á ser insoluble y la cal soluble. En concepto de Liebig, es indudable que existe en la capa arable un poder atractivo que modifica la accion de la afinidad química.

Ya hemos dicho que la capacidad de saturacion de cada tierra por los principios nutritivos tiene su límite. Si tomamos un embudo lleno de tierra vegetal y filtramos por él una disolucion de fosfato de cal, la primera capa absorbe una cierta cantidad, hasta que queda saturada, y pasa á la segunda capa, que á su vez se satura, y así se verifica hasta que todo el volumen de tierra queda saturado, y en este caso, si se agregan nuevas cantidades de fosfatos, no son ya retenidos por la tierra. La potasa, el amoniaco y la sílice son absorbidos igualmente por las primeras capas, y las segundas absorben lo que han dejado las primeras despues que han sido saturadas.

En toda tierra arable deben encontrarse la potasa, la sílice, el ácido fosfórico y los demas principios nutritivos en dos estados: al estado soluble, ó, como llama Liebig, al estado DE COMBINACION FÍSICA, ó al estado insoluble; es decir, al estado DE COMBINACION QUÍMICA. Bajo la primera forma los principios nutritivos se asimilan por el intermedio del agua, cuando lo exigen las necesidades de las plantas, y bajo la segunda forma no pueden ser asimilados sino cuando concurren agentes disolventes, y esta accion es siempre lenta.

Se concibe, pues, que los abonos que se agregan á la tierra deben contener todos los principios nutritivos al estado soluble, condicion indispensable para que la vegetacion sea rápida. El ácido carbónico que lleva consigo el agua de lluvia y el que resulta de la descomposicion de la materia orgánica, concurre á aumentar la fertilidad, disolviendo los cuerpos insolubles y trasformándolos en estado de combinaciones físicas.

Ya hemos dicho que los fosfatos térreos que forman la base hoy de todos los abonos minerales, deben estar solubles; pero teniendo cuidado que en su preparacion no quede ácido sulfúrico libre, que produce una accion nociva; ya hemos dicho cómo se consigue la trasformacion de la fosforita en superfosfato de cal, sin que quede ácido sulfúrico libre.

Cada tierra puede ser saturada por una cantidad dada de principios nutritivos, y conseguido esto, si se agregase mayor cantidad, serán completamente perdidos, porque, no pudiendo ser retenidos por la tierra, serán arrastrados con las aguas.

Vamos á examinar ahora las circunstancias en que se verifica la asimilacion por las plantas de los principios nutritivos contenidos en el suelo.

Ya hemos dicho que las raices toman su alimento directamente de la capa de tierra que esté más próxima, es decir, la que esté en contacto con las raicillas ó cabelleras, que es por donde se verifica la ab-

sorcion; la potasa, la cal, la magnesia, y los ácidos fosfórico y silícico no puede penetrar á través de la membrana celular más que al estado líquido, y se admite como un hecho cierto que las raices reciben su alimento de la capa delgada de agua retenida por atraccion capilar y que está en contacto íntimo con la tierra y la superficie de la raíz; es evidente que existe entre la superficie de las raices, la capa de agua y las partículas de tierra, una accion recíproca que no se verifica entre el agua y las partículas de tierra, ó lo que es lo mismo, que la reaccion tiene lugar por la presencia de las raicillas. Liebig considera como muy probable que los principios nutritivos que en un estado de division extrema están adheridos á la superficie exterior de las moléculas de tierra, están en contacto directo con el líquido de las células de paredes porosas y permeables, por el intermedio de una capa de agua extremadamente delgada, y la disuelven en los poros mismos; desde entonces se verifica su introduccion inmediata.

Las pruebas en apoyo de esta opinion se fundan en los siguientes hechos. Las raices de todas las plantas terrestres están en contacto con las partículas de tierra, y tienen la propiedad de atraer los principios nutritivos que han de alimentar la planta. El agua que circula en el suelo, segun lo demuestran experiencias directas, no quita á la tierra en cantidad sensible, ni el ácido fosfórico, ni la potasa, ni el amoniaco; luego el poder atractivo de la tierra por estos principios nutritivos debe ser mayor que el poder disolvente del agua que filtra á través de la tierra.

Si las plantas tomasen el alimento de una disolucion susceptible de separarse del suelo, todas las aguas filtradas, las aguas de los rios y de los manantiales deberían contener ácido fosfórico, potasa y amoniaco. Se concibe sin dificultad que el lavado continuo á que estarían expuestas las tierras por la accion del agua de lluvia ó de riego, quitaría á éstas indistintamente los principios nutritivos, ya en totalidad, ó al ménos en cantidad equivalente á la que se encuentra en las cosechas, y sin embargo, los hechos prueban que no sucede así. El agua no quita á la tierra ninguno de los elementos que son esenciales á la vida de las plantas.

Se concibe sin dificultad que si el agua pudiese disolver los principios nutritivos contenidos en el suelo, los campos expuestos por millares de años al lavado por las aguas de lluvia habrían quedado estériles y no podrían producir ninguna clase de vegetales, y sin embargo, la experiencia nos dice que las tierras producen tanto más cuanto más copiosas son las lluvias, y que las tierras de riego producen cosechas más abundantes que las tierras de secano.

Ahora nos será fácil darnos una explicacion racional del fenómeno que se verifica en la alimentacion de las plantas: el poder absorbente de la tierra por los

principios nutritivos contenidos en la misma, es mayor que el poder disolvente del agua, y esta es la causa por qué no disuelve en este caso cantidades apreciables de estas sustancias; la planta, en contacto por sus raíces con las partículas de tierra, tiene afinidad por las materias contenidas en el suelo, y sumando esta afinidad con la que tiene el agua por los principios nutritivos, llega á ser mayor que la de las partículas de tierra, y entónces los principios nutritivos disueltos en el agua pueden penetrar en la raíz y servir de alimento á las plantas.

Ya hemos dicho que toda tierra arable tiene un poder absorbente, determinado por cada uno de los principios nutritivos que forman el alimento de las plantas. Varias son las experiencias que se han hecho para esta determinación, y Liebig, entre otros, ha expresado el poder absorbente en cada caso por el número de miligramos que puede absorber un decímetro cúbico, ó sea un litro de tierra.

El poder absorbente de las tierras que á continuación se expresan, según resulta de las experiencias hechas, es el siguiente:

Decímetros cúbicos.	Milig. de potasa.
1 de tierra calcárea de la Habana, absorbe.	1.300
1 de arcillosa de Bogenhausen.....	2.260
1 de Weihenstephan.....	2.601
1 de Hungría.....	3.377
1 del jardin de Munich.....	2.344
1 de Valencia, destinada al cultivo del arroz (1).....	1.804
1 de Andalucía, destinada al de la caña.	2.042

Las diferencias del poder absorbente de estas tierras por la potasa son, como se ve, muy considerables. Un volúmen de tierra de Weihenstephan ha absorbido próximamente el doble que la tierra de la Habana y de Valencia, y la tierra de Hungría casi dos veces y media.

Estas cifras demuestran que 2.600 miligramos de potasa disueltos en el agua saturan un volúmen de tierra igual á un decímetro cúbico; es decir, que esparcidos en un decímetro cuadrado, penetran en el suelo hasta la profundidad de un decímetro, y por lo tanto, cada centímetro cúbico de tierra absorbe 2,6 miligramos de potasa; las capas inferiores al decímetro de profundidad no absorben nada de potasa.

Si esparcimos los 2.600 miligramos de potasa sobre una superficie de un decímetro cuadrado de las demas tierras, penetrará próximamente á una profundidad de

Centímetros.	
20	en la tierra de la Habana.
11	en la de Bogenhausen.
7	en la de Hungría.
11	en la de jardin.
14	en la de Valencia.
12	en la de Andalucía.

(1) Hemos ampliado el estudio hecho por Liebig, en algunas tierras de Valencia y Andalucía.

La difusibilidad en el suelo de la potasa, así como la de todos los demas principios nutritivos, está en razón inversa del poder absorbente.

Así, si representamos por 1.000 la difusibilidad de la tierra de Weihenstephan, las demas estarán representadas por los números siguientes:

	Centímetros cúbicos.
Tierra de Weihenstephan....	1.000
— de la Habana.....	2.000
— de Bogenhausen.....	1.150
— de Hungría.....	769
— del jardin de Munich..	1.109
— de Valencia.....	928
— de Andalucía.....	854

El poder absorbente de las tierras por la sílice es tan variable como el de la potasa, como se comprueba por los ensayos siguientes:

Decímetros cúbicos.	Milig. de sílice.
1 de tierra de Hungría, ha absorbido...	2.644
1 de jardin, núm. 1.....	2.428
1 de idem, núm. 2.....	1.085
1 de Bogenhausen.....	2.007
1 de Valencia.....	1.460
1 de Andalucía.....	2.580

Si representamos por 1.000 la difusibilidad de la tierra de Hungría, resultará para las demas la relación siguiente:

	Centímetros cúbicos.
Tierra de Hungría.....	1.000
— de jardin, núm. 1.....	1.090
— de idem, núm. 2.....	2.430
— de Bogenhausen.....	1.310
— de Valencia.....	2.070
— de Andalucía.....	1.020

O lo que es lo mismo, que la cantidad de sílice que satura á 1.000 centímetros cúbicos de tierra de Hungría, puede saturar á 1.090 centímetros cúbicos de la del jardin núm. 1, á 2.430 de la del jardin núm. 2, á 1.310 de la de Bogenhausen, 2.070 de la Valencia, y 1.020 de la de Andalucía.

El poder absorbente del amoniaco varía también de una manera semejante que el de la potasa y de la sílice, según resulta de las experiencias siguientes:

Decímetros cúbicos.	Milig. de amoniaco.
1 de tierra de la Habana, ha absorbido.	5.520
1 de Schleissheim.....	3.900
1 de jardin.....	3.240
1 de Bogenhausen.....	2.600
1 de Alcira.....	4.200
1 de Valencia.....	3.980
1 de Motril.....	5.200

De donde resultan las relaciones de difusibilidad siguientes:

	Centímetros cúbicos.
Tierra de la Habana.....	1.000
— de Schleissheim.....	1.420
— de jardín.....	1.700
— de Bogenhausem.....	2.120
— de Alcira.....	1.310
— de Valencia.....	1.380
— de Motril.....	1.060

El poder absorbente por el fosfato de cal es tambien muy variable, segun resulta de las experiencias que enumeramos á continuacion:

Decímetros cúbicos.		Miligram. de fosfato de cal.
1	de tierra de Bogenhausem, ha absorbido	1.098
1	de jardín.....	2.400
1	de Alcira.....	2.100
1	de Valencia.....	1.520
1	de Motril.....	2.320

De donde resultan las relaciones de difusibilidad siguientes:

	Centímetros cúbicos.
Tierra de jardín.....	1.000
— de Bogenhausem.....	2.180
— de Alcira.....	1.140
— de Valencia.....	1.380
— de Motril.....	1.030

Es decir, que la cantidad de fosfato de cal que satura á 1.000 centímetros cúbicos de la tierra de jardín, satura igualmente á 2.180 centímetros cúbicos de la tierra de Bogenhausem, á 1.140 de la de Alcira, á 1.380 de la de Valencia, y á 1.030 de la de Andalucía.

Sabiendo que una hectárea de tierra tiene un millon de decímetros cuadrados, se puede calcular las cantidades de potasa, amoniaco, sílice y fosfato de cal que son necesarios para saturar cada tierra hasta la profundidad de uno, de dos, ó más decímetros.

Sabemos tambien que un kilogramo tiene un millon de miligramos, de modo que los números que expresan los miligramos de potasa, amoniaco, sílice y fosfato de cal que absorbe cada decímetro cúbico de tierra, expresan el número de kilogramos que absorbe cada hectárea á la profundidad de un decímetro, y si multiplicamos estos números por 2, por 3, etc, tendremos el número de kilogramos que son necesarios para saturar de cada uno de estos principios nutritivos á una hectárea á la profundidad de 2, de 3, etc., decímetros.

Reflexionando un poco sobre el valor que representa el número de kilogramos que necesita una hectárea de tierra para estar saturada de cada uno de los principios nutritivos, se ve la imposibilidad de llegar á conseguir este resultado; sobre todo cuando las tierras han quedado estériles á causa de un cultivo expoliador.

Un ejemplo hace comprender mejor lo que acabamos de expresar. Supongamos que la hectárea de tierra de Valencia, que hemos determinado su poder absorbente, haya quedado estéril por falta de potasa, de amoniaco y de fosfato de cal, y que nos propongamos agregar estos principios nutritivos hasta que quede saturada la hectárea de tierra de Valencia, necesitará entónces:

- 1.804 kilogramos de potasa.
- 3.980 » de amoniaco.
- 1.380 » de fosfato de cal.

El kilogramo de potasa vale próximamente 4 reales, el de amoniaco 8 reales, y el ácido fosfórico 4 reales. Con estos datos se podrá calcular fácilmente el coste que tendrá la hectárea de tierra que, estando privada de principios nutritivos, quisiéramos saturarle á la profundidad de uno, dos, ó más decímetros.

Así, ahora se comprenderá:

1.º Que una tierra fértil en Andalucía ó en Valencia valga 3, 4, 5 y hasta 6.000 duros, estas cantidades representan el valor de la potasa, del amoniaco y del ácido fosfórico.

2.º Que una tierra que ha quedado estéril á consecuencia de un cultivo expoliador, no llega á adquirir su fertilidad sino empleando sumas crecidas para restituírle todos los principios que haya perdido en las cosechas anteriores.

Y 3.º que para conservar el labrador el valor de sus tierras, necesita ir devolviendo cada año, en forma de abono, los principios nutritivos que ha perdido y que su propio interes le aconseja hacer esta restitucion.

La experiencia nos enseña que las tierras no se encuentran nunca saturadas de todos los principios nutritivos en estado de asimilacion, ó como dice Liebig, al estado de *combinacion física*. El ácido fosfórico se encuentra casi siempre en el suelo al estado de fosfato insoluble; de la misma manera la potasa está bajo la forma de silicatos dobles, ó lo que es lo mismo, bajo formas que no son asimilables.

Estos cuerpos, para servir de alimento á las plantas, necesitan el concurso del ácido carbónico, ya del aire, ya del que resulte de la descomposicion de las materias vegetales ó animales, y así se explica que para restablecer la potencia productiva de una tierra se la deje en algunos puntos descansar uno ó más años para que en este intervalo se disuelvan estos principios por el ácido carbónico que la tierra recibe con el agua de lluvia, ó se agrega estiércol que facilite la disolucion, y por consiguiente la asimilacion de los principios nutritivos contenidos en el suelo.

Es evidente que el estiércol no solamente obra sobre los principios minerales que el mismo contiene, sino que al mismo tiempo ejerce su accion sobre los fosfatos y silicatos que se encuentran en el terreno; pero siempre su accion es lenta, y la vegetacion no marcha con rapidez: por esta razon es, á mi juicio,

ventajoso mezclar siempre el estiércol con abonos químicos que contienen los fosfatos térreos, y las sales de potasa al estado solubles para acelerar la vegetación y obtener un resultado satisfactorio.

Hemos dado gran importancia al poder absorbente que tienen las tierras, pero no por esto diremos que éste sea el único dato para apreciar la calidad del suelo ó su riqueza en principios nutritivos.

Dos tierras de una misma comarca, en que sus poderes absorbentes sean iguales, pueden tener un poder difusivo diferente, ya porque la una tenga mayor cantidad de despojos orgánicos que al descomponerse favorecen la difusión, ya por su estado de división, que también concurre al mismo fenómeno, los elementos nutritivos se esparcen en una tierra más que en otra, y el resultado de la vegetación es más favorable allí donde la planta encuentra una superficie de absorción más extensa.

Cuando se comparan, bajo la relación de su riqueza en elementos nutritivos, una tierra silicea con una arcillosa ó margosa de la misma fertilidad, se observa con sorpresa que la primera suministra algunas veces cosechas tan abundantes con la mitad y aún con con la cuarta parte de elementos nutritivos contenidos en la otra. Para explicar este fenómeno, recordaremos que la alimentación de una planta depende ménos de la masa de alimentos que de la forma en que se encuentra en la tierra, así, por ejemplo, 15 gramos de carbon de hueso presentan una superficie de absorción tan extensa como 300 gramos de carbon de leña. Si en la tierra silicea una cantidad menor de principios nutritivos presenta una superficie de absorción tan extensa como una mayor dosis de principios contenidos en la tierra arcillosa, la vegetación se verificará con el mismo desarrollo en estos dos suelos.

Antes de terminar este artículo haremos observar que, según las experiencias hechas en el cultivo de algunas plantas, las cantidades de principios minerales que han tomado durante la vegetación han sido variables, según que los vegetales han vivido en un terreno calizo ó en un terreno arcilloso.

Los señores Malaguti y Durocher han cultivado varias plantas en terrenos calizo y arcilloso, y han observado que las cenizas contienen distinta proporción de cal, de ácido sulfúrico, de potasa y sosa.

Hé aquí las experiencias:

CAL CONTENIDA EN CIEN PARTES DE CENIZA.

	Tierra caliza.	Tierra arcillosa.
Brásica oleracea.....	27.93	13.62
Id. Napus.....	43.60	19.48
Trifolium pratense.....	43.32	29.72
Id. incarnatum.....	36.18	26.68
Scabiosa arvensis.....	28.69	17.16
Allium Porrum.....	22.61	11.41
Dactylis glomerata.....	6.24	4.62

Se ve, pues, que es mucho mayor la cantidad de cal que han tomado las plantas en un terreno calizo que en otro arcilloso.

La proporción de ácido sulfúrico ha variado también con la naturaleza del terreno, según se deduce del siguiente cuadro:

	ACIDO SULFÚRICO.	
	Tierra arcillosa.	Tierra caliza.
Brásica oleracea.....	4.63	3.56
Id. Napus.....	7.19	4.20
Trifolium pratense.....	3.86	3.05
Id. incarnatum.....	3.08	1.74
Scabiosa arvensis.....	3.70	2.65

Las cantidades de potasa y sosa absorbidas han variado de la manera siguiente:

	POTASA.	
	Tierra arcillosa.	Tierra caliza.
Brassice napus.....	25.42	12.34
Trifolium pratense.....	27.20	9.60
Id. incarnatum.....	28.74	19.11
Allium Porrum.....	42.44	40.23
Quercus peduncul.....	19.83	14.60

	SOSA.	
	Tierra arcillosa.	Tierra caliza.
Brassice napus.....	3.00	5.56
Trifolium pratense.....	1.60	4.80
Id. incarnatum.....	4.80	13.80
Allium porrum.....	2.00	2.26
Quercus peduncul.....	Indicios	2.18

Reasumiendo lo que llevamos expuesto, haremos observar:

- 1.º Que la naturaleza ha sido tan sabia, que ha dado á la tierra arable la propiedad de absorber y retener los principios nutritivos que son indispensables para la vida vegetal.
- 2.º Que los principios nutritivos retenidos por el suelo penetran en la planta por vía de disolución.
- 3.º Que á pesar de que estos principios son solubles en el agua, su fuerza de disolución es menor que el poder absorbente del suelo, y así se explica por qué el agua de lluvia ó de riego no arrastra consigo cantidades sensibles de principios que son indispensables á la vegetación.
- 4.º Que los poderes absorbente y difusivo de las tierras por los principios nutritivos se hallan en razón inversa.
- 5.º Que la fertilidad de una tierra no depende sólo de la suma de principios nutritivos que contiene, sino de la mayor división y extensión en que se encuentran diseminados en la capa arable.
- 6.º y último. Que según las experiencias de Malaguti y Durocher, una misma planta puede asimilar mayor ó menor cantidad de principios nutritivos, según en el terreno en que vegete.

LUIS MARÍA UTOR,
Director del Conservatorio de Artes y Oficios de Madrid.

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO OBRERO EN ALEMANIA.

III. *

Socialismo alemán.—Ideas económicas de Lasalle y su predicación por Alemania.—Comentarios.—Filiación del socialismo alemán.—Paralelo entre las doctrinas de Luis Blanc y las de Fernando Lasalle.

Organización política del partido democrático-socialista.—M. Jacoby.—Su programa parlamentario.—Consideraciones.—División de los republicanos socialistas en dos grandes fracciones, radical é internacionalista.—Programa de esta última, redactado por el escritor Liebnicht y el obrero Babel.—Deducciones.

Movimiento obrero de Alemania en nuestros días.—Coaliciones para el aumento de salarios y disminución de horas de trabajo.—Resultados.—Ligas de los patronos.—Actitud del Gobierno y del Parlamento.—Tendencias de los obreros alemanes hacia la *Internacional de trabajadores*.

Es innegable que el socialismo francés engendró el socialismo alemán. Las mismas ideas sobre el Estado son fundamento de uno y otro sistema, hasta hacerle intervenir con impuestos voluntarios ó forzosos, primero en la expropiación de la industria privada, después en la cesión de todo el material á las compañías obreras, que habrían de explotar la industria nacional bajo su dirección y vigilancia. Fernando Lasalle fué, como hemos indicado, el jefe del partido socialista autoritario de Alemania. Sus principios llevan fatalmente al comunismo gubernamental, en tanto que los de su adversario Schulze conducen necesariamente á la neutralidad absoluta del Estado, á la libertad y responsabilidad del hombre, á la solidaridad obrera, á la emancipación social por medio de instituciones nacidas con entera espontaneidad del seno de las mismas clases interesadas en cumplir la ley del progreso. Pero, como el comunismo es la forma social más simpática á las masas y mejor comprendida por ellas, sin que adviertan casi nunca que la civilización moderna se debe en mucha parte al desenvolvimiento de la acción individual, las de Alemania no han tardado mucho tiempo en aprobar y aceptar dicho remedio como el más eficaz para sus males económicos. M. Kapell, ilustrado obrero, que ha propagado con entusiasmo las ideas lasallianas, confesó hace pocos años en un Congreso economista de Berlín, que las diversas formas cooperativas de las sociedades alemanas, y aún las *Trades Unions* y *Trades Societies* de Inglaterra, son impotentes para mejorar la situación de la clase jornalera, y que era necesario se eligiesen diputados socialistas en el Reichstag, á fin de alcanzar del Estado que el capital quede al servicio de las asociaciones obreras de producción. Así, en tanto que los liberales de Schulze sostienen que esta cuestión no es política, sino económica, y que todo mal existente en el orden eco-

nómico no puede combatirse sino por remedios económicos, nunca políticos, los socialistas de Lasalle, Kapell, Beker, Hess y otros agitan continuamente las masas obreras para ampliar ó extender el sufragio, y conseguido que esto sea, llegar á la posesión del Gobierno y del Parlamento, para decretar y legislar sobre la nueva organización de la sociedad con arreglo á sus ideas.

Por de pronto, la presente aspiración de los socialistas alemanes se refiere al aumento en grande escala de las asociaciones de producción en común, con el objeto de que sus miembros se emancipen del salariado y puedan elevarse á la categoría de patronos y propietarios de su trabajo; pero, al revés de los economistas de Schulze que sostienen ó defienden la libre acción individual, ellos piden la asistencia del Estado, y á diferencia también de los primeros, que recomiendan como medios mejores de transición las sociedades de consumo, las sociedades para la compra de primeras materias y las sociedades de crédito; los segundos quieren ó reclaman la acción directa é inmediata del Gobierno para la dirección y explotación de grandes industrias que hagan competencia ventajosa al trabajo particular; es decir, que la garantía del Estado cree ó forme el capital, asuma sólo los riesgos de las operaciones sociales, y que los beneficios queden completos á disposición de los asociados. Esta teoría la desenvolvió Fernando Lasalle con más habilidad que razón en su obra *Supresión de la responsabilidad personal en el terreno económico*, donde hace constar que la vida común en sociedad, la existencia del Estado, se basan sobre la responsabilidad material y moral del individuo; pero como esta responsabilidad supone, como condición anterior y complemento necesario, la libertad del trabajo, ó lo que es igual, la facultad ilimitada para el obrero de hacer lo que quiera y le convenga en relación de sus fuerzas y medios de que pueda servirse con el fin de proveer á las necesidades de su vida, es una locura querer imponerle una responsabilidad personal sin reconocer en él un derecho sagrado é inviolable de hacer resueltamente por sí mismo su fortuna. Aún es más claro el escritor socialista: «La responsabilidad personal, dice, nunca ha tenido más valor que en el terreno jurídico, y no en el económico; porque solamente en el primero son las acciones producto de la libre voluntad; mientras que en el segundo están determinadas por las relaciones sociales, las circunstancias, etc.; ó lo que es lo mismo, que en el terreno del derecho cada uno es responsable de lo que hace; al contrario de lo que sucede en el orden económico, donde cada uno es responsable de lo que no hace. Un ejemplo, entre otros: si hay interrupción en la llegada á las costas de Europa de los buques cargados de algodón en América, una multitud de obreros ingleses, franceses y alemanes vense reducidos á la última miseria.»

* Véanse los números 76 y 77, páginas 201 y 241.

Sobre estas ideas, apoyadas con algunos casos aislados, se ha levantado por Lasalle la bandera de supresion de la responsabilidad personal ó individual en el dominio económico, olvidándose lastimosamente de que si en el hombre por un lado influyen poderosamente las múltiples y opuestas circunstancias que le rodean, para el mejor ó peor cumplimiento de su propio destino y de las condiciones económicas de la sociedad; por otro lado, no con ménos poder influyen en él para los mismos fines, su voluntad primero, despues las fuerzas naturales, el desarrollo y empleo de sus facultades físicas, morales é intelectuales.

Hemos indicado ya que el socialismo alemán tiene su origen en el socialismo francés. Efectivamente, el plan de Lasalle aseméjase algo al plan de Luis Blanc, tal como éste lo predicaba y practicaba en el comité del Luxemburgo; pero son de notar las diferencias que separan uno de otro. El eminente socialista francés sostiene que el Estado debe abolir esa concurrencia que pone de frente y siempre en lucha los intereses privados y los intereses sociales; para ello el Estado ha de adquirir todos los establecimientos industriales, cederlos á las asociaciones obreras, organizarlos, dirigirlos, vigilarlos y fijar en ellos las horas de trabajo, los salarios, el precio de los productos fabricados, la repartición de beneficios del modo y en la forma que expusimos en el tomo primero de esta obra, al describir el movimiento obrero de Francia durante la República de Febrero. El socialista alemán cree que el Estado puede procurar el crédito á las asociaciones obreras con el fin de favorecer la producción general sobre la producción privada, aquella siempre exenta de riesgos, mientras que ésta se encuentra á su vez siempre rodeada de peligros que la perjudican notablemente. Estas asociaciones, en su concepto, deben ser libres, individuales, autónomas, formadas con entera espontaneidad, y cuyos miembros se organicen por sí mismos para sacar como empresarios, no como asalariados, el provecho y beneficio que permita la situación actual de la industria. Para ellas el Estado ha de dar, con un capital necesario, los medios de favorecer su desarrollo y progreso, aunque sea matando la libertad por matar la concurrencia, y absorbiendo la propiedad ó industria privada por favorecer el comunismo autoritario de la sociedad. Hay, sin embargo, más lógica en el sistema del Luxemburgo que en el sistema de Lasalle, si bien ambos á dos son irrealizables. Aquel hace al Estado propietario de los establecimientos particulares, funda y dirige las asociaciones obreras, concentra toda la actividad del trabajo en los talleres nacionales, declara abolida toda concurrencia dentro del país, y cree desarrollar la industria y el comercio con derechos protectores y tarifas prohibicionistas; es todo esto un verdadero Estado socialista, que evita los riesgos á los intereses privados, que ejerce un dominio absoluto sobre los intereses generales. El sis-

tema de Lasalle no hace empresario al Estado, no le concede la dirección y administración, no hace otra cosa más que considerarle como un registrador general, cuya misión, despues de dar el crédito que necesitan las asociaciones obreras, siempre aisladas unas de otras, no pide compensación de ninguna clase; en una palabra, no hay lo que en el régimen socialista de Luis Blanc: mutualidad y perfecta solidaridad de todas las industrias centralizadas en el Estado. Conocidos que nos son ya el uno y el otro sistema, hemos de convenir, con Schulze, en que el proyecto de una sociedad cuyos miembros están exentos de toda responsabilidad económica, es irrealizable por lo absurdo. No se concibe, no, una sociedad sin relaciones entre los individuos que la forman ó componen, y ménos en los tiempos presentes, que la libertad y la propiedad individual, como la libertad y la propiedad social, son bases de la vida legal, en sentido político y económico.

Debemos reconocer, sin embargo, en los socialistas alemanes un mejor sentido revolucionario que en sus adversarios los economistas de la escuela liberal. Mientras estos últimos, fiando todo á la libre iniciativa individual, de suyo incompetente é ineficaz allí donde si la instrucción se halla muy generalizada, en cambio imperan todavía el despotismo militar y aún se conserva algo respetada la vieja organización del trabajo, aquéllos han acabado por llevar la cuestión económica del terreno social al terreno político, afirmando una vez más que es esencial para su pronta y acertada solución, el concurso de los poderes públicos. Al efecto, el partido socialista se ha organizado políticamente, y no sólo se agita por alcanzar el triunfo en las elecciones de diputados, sino que se prepara con entusiasmo para derribar el organismo semifeudal del imperio. A la cabeza de este movimiento figura M. Juan Jacoby, cuyos elocuentes discursos parlamentarios contra la política de Bismark le hacen digno del aprecio y estimación que le profesan los republicanos de Alemania.

Dos son los puntos capitales que, sobre economía social, defiende M. Jacoby en la Cámara de diputados de Berlín: la desaparición del salariado y la grande industria colectiva. El salario, que como hemos dicho ya repetidas veces, es un progreso real y efectivo relativamente á la esclavitud y la servidumbre, apenas es hoy suficiente á cubrir las necesidades de la vida de un trabajador; por otra parte, la misma emancipación de la propiedad, el empleo del vapor á la industria, la introducción de las máquinas, etc., han modificado profundamente las relaciones sociales y económicas, hasta el extremo de que los instrumentos de trabajo, y el pequeño comercio y la pequeña industria, se ven dominados por el gran capital, individual ó colectivo. Y como la sociedad humana no puede en ningun modo renunciar á las ventajas que le ofrecen y presentan la

industria y el comercio en grande, hay necesidad imperiosa de buscar los medios que, sin restringir la libertad del trabajo y sin detener los progresos obtenidos por la civilización, realicen una distribución de la renta común más en armonía á los intereses de todos. M. Jacoby dice que hay para esto una solución: la abolición del salario, reemplazándole con el trabajo cooperativo. Debe verificarse la transición entre el antiguo y el nuevo régimen, primero por los obreros, segundo por los empresarios, tercero por el Estado. Desarrollamos las ideas del diputado socialista expuestas en el Parlamento prusiano.

El actual sistema industrial necesita para su sostenimiento la concentración de grandes masas de obreros en localidades determinadas. Puestos unos y otros en comunicación directa, y participando todos de las mismas opiniones acerca de sus desgracias, nada más fácil que desarrollar gradualmente el lazo de fraternidad que debe unir y estrechar á todos para luchar por sus derechos contra los opresores que explotan infamemente su trabajo. En el fondo éste ha sido el primer pensamiento de la *Asociación Internacional de trabajadores*, y tampoco nos debe caber duda alguna en que ahí se han inspirado para su formación todas ó casi todas las asociaciones que tienen por objeto mejorar la condición moral, material é intelectual de los obreros. Tales son las de producción, de consumo, de crédito, de instrucción, de templanza, etc.

Por lo que toca á los empresarios industriales y á los propietarios, se limita Jacoby á aconsejarles que consideren á sus obreros como hombres que cooperan con su trabajo al buen éxito de las obras, por consiguiente, al mejor resultado de sus ganancias positivas; que hagan predominar dentro de sus fábricas y demás propiedades el sentido social sobre el personal, por lo mismo que hoy se extiende ya por todas las conciencias que el hombre no puede, no debe ser tiranizado por el hombre, ni ser despojado del producto de su trabajo.

Respecto de lo que debe hacer el Estado para hallar una solución pacífica de la cuestión del trabajo, toma aquél un ejemplo de la constitución de Zurich del 18 de Abril de 1869, que dice así: Art. 23. El Estado fomenta y facilita el desenvolvimiento de toda asociación fundada por la libre iniciativa y la libre acción de sus individuos. El Estado resolverá, decretará y legislará sobre todo lo que sea necesario á la protección del obrero.—Art. 24. El Estado instituye un banco cantonal que tenga por objeto principal desarrollar un sistema general de crédito.

Hé ahí de qué modo M. Jacoby concibe el paso moderado hácia la emancipación de las clases jornaleras, cómo los obreros deben realizar la asociación entre los de su clase con preferencia á todo, cómo los industriales deben mantener las relaciones más eficaces y convenientes con sus operarios, cómo el Estado ha

de contribuir á la protección de sus miembros que pertenecen á las clases jornaleras, no para que éstas sean apoyadas y favorecidas con perjuicio de otras, pues la igualdad verdadera, dice el diputado alemán, consiste en que cada uno debe estar protegido y sostenido proporcionalmente á sus necesidades.

Las ideas de Jacoby señalan para Alemania una escuela economista, intermedia de la de Schulze y la de Lasalle, pero que al parecer muestra más conformidad con aquélla que con ésta. Aunque dice también muy alto que el Estado debe realizar, en cuanto sus atribuciones lo permitan, una distribución más justa de los productos del trabajo, no hace más que seguir en ello al sabio Stuart Mill, quien ha sostenido recientemente que el producto del trabajo está repartido en la actualidad casi en razón inversa del trabajo efectuado, ó lo que es igual, que la mayor parte disfrutaban los que trabajan menos, otra parte los que tienen un trabajo casi nominal, y así, descendiendo en la escala, los salarios quedan reducidos á medida que el trabajo se hace más penoso, hasta que el más duro y pesado apenas puede asegurar las cosas inmediatamente necesarias á la existencia del que lo ejecuta. Ampliando en todos sus detalles los principios políticos, económicos y sociales de M. Jacoby, veremos cómo son los mismos que hoy constituyen el dogma del partido republicano democrático de Alemania: libertad de asociación, de reunión, de imprenta; instrucción gratuita, obligatoria y laica; milicia nacional que reemplace al ejército permanente; sufragio universal directo; reducción de horas de trabajo (ocho al día); prohibición de trabajar los niños en las fábricas; salario de la mujer igual al del hombre; abolición de las contribuciones indirectas y establecimiento de una cuota progresiva y proporcional á la fortuna individual; reforma del sistema de crédito. En más breves palabras: libertad política, libertad social, libertad individual.

Pero en cuanto este partido democrático y republicano se constituyó formalmente en Eisenach durante el año 1869, y desde un principio progresaba considerablemente lo mismo en los pueblos del centro que en los del Norte y Sur, de él se apoderó la división, contándose ya dos fracciones poderosas, una histórica, que tiene por jefe á M. Jacoby, cuya misión por ahora es parlamentaria y pacífica, otra nueva que cuenta como directores á un distinguido publicista de Leipzig, G. Liebrecht, redactor del *Volksstaat* (El Estado del Pueblo) y á un obrero llamado Augusto Bebel. Hé aquí su programa: El partido social y democrático de los obreros alemanes quiere el establecimiento de una República. Cada uno de sus miembros se compromete; 1.º A combatir enérgicamente el actual estado político y social; á luchar por la emancipación de las clases trabajadoras, no para conseguir privilegios, sino para alcanzar los mismos derechos, los mismos deberes de las

demás clases; 2.º La dependencia económica del trabajador frente al capitalista constituye una esclavitud; por esto el partido democrático y social de los obreros aspira á que cada trabajador disfrute del producto completo de su trabajo, aboliendo el salario é introduciendo la asociación cooperativa. 3.º La libertad política es condición absoluta para la emancipación económica de las clases trabajadoras, por consiguiente, la cuestión social es inseparable de la cuestión política, y su solución no es posible más que en el estado democrático (república). 4.º Considerando que la redención política y económica del proletariado no será posible sino en tanto que éste marche compacto al combate, el partido obrero democrático y social se da una organización unitaria, la cual, sin embargo, deja á cada uno de sus miembros la posibilidad de ejercer su influencia para el bienestar de su nación. 5.º Considerando que la emancipación del trabajo no es una tarea local ni nacional, sino social, que concierne á todos los pueblos de la sociedad moderna, el partido obrero democrático y social se considera como una rama de la *Asociación Internacional de trabajadores*; cuyas tendencias secunda en tanto que se lo permitan las leyes sobre reuniones. 6.º Concesión del sufragio universal directo y secreto para todos los mayores de 20 años en la elección del Parlamento nacional alemán, en la elección de los cuerpos legislativos de todos los países que componen la confederación germánica, en los ayuntamientos y diputaciones provinciales. Estos representantes gozarán de una renumeración conveniente. 7.º Introducción de la legislación directa por el pueblo (*referendum et veto*). 8.º Supresión de todos los privilegios de clase, de propiedad, de nacimiento, etc. 9.º Milicia nacional en vez de ejércitos permanentes. 10.º Separación de la Iglesia, del Estado y de la escuela. 11.º Instrucción obligatoria y gratuita en las escuelas primarias, y enseñanza gratuita en los demás establecimientos de instrucción pública y superior. 12.º Independencia de los tribunales de justicia, introducción del jurado y tribunales de arbitraje para cada oficio, procedimiento público, verbal y gratuito en todas las causas. 13.º Supresión de todas las leyes sobre la prensa, las reuniones y coaliciones, introducción del día normal del trabajo, restricción del trabajo de las mujeres, supresión del trabajo de los niños, supresión de la concurrencia que hacen al trabajo libre los presidios y las cárceles. 14.º Supresión de todos los impuestos indirectos y su transformación por un impuesto directo y progresivo sobre las rentas y herencias. 15.º Protección y crédito del Estado á las sociedades cooperativas de producción, bajo garantías democráticas.

Á primera vista se comprenden las tendencias de esta fracción del partido democrático y republicano hácia una revolución violenta y radical, sus propósitos para la inmediata realización de las aspiraciones de la

Internacional de trabajadores, si bien de esta se separa en algunos puntos fundamentales que ha proclamado en sus últimos congresos. No hay, pues, que confundir en un solo partido los obreros afiliados en la Internacional y los obreros que forman las respectivas fracciones de Lasalle, Jacoby y Liebnecht; y aunque muchos son los que creen en la identidad de las opiniones internacionales y lasallianas, haremos notar que mientras éstas son claras y terminantes, aquellas no están bien definidas; pues hay individuos que profesan las ideas mutualistas de Proudhon, otros las de Luis Blanc, otros las de Cabet y Babeuf; unos son colectivistas, algunos francamente comunistas, muchos son políticos, y no pocos quieren la disolución definitiva del Estado actual para trasformarla en otro que sea resultado ó producto de la organización de los trabajadores por y para ellos mismos. Sin embargo, la obra de la Confederación Germánica y las guerras de Prusia con Austria y Francia han despertado tanto el entusiasmo nacional y han mantenido tal actividad política en casi todos los pueblos de Alemania, que poco ó nada influyó aquí la Internacional en sus tenaces propósitos de apartar á los obreros del movimiento electoral para el Reichstag y el Parlamento aduanero. Jacoby, Bebel, Liebnecht, Schweitzer y más, cuyos nombres no recordamos, internacionales unos, demócratas-socialistas otros, todos representantes de la clase obrera, han afirmado con fe y energía ante las Cámaras del Imperio sus principios republicanos, los cuales les prohibían naturalmente votar la guerra dinástica de 1870, pero tampoco les impedía coadyuvar á la obra de la unificación y regeneración de Alemania, siguiendo en esto la corriente general de todos los partidos políticos y de todas las clases de la sociedad.

En estos últimos años, los obreros de Alemania continúan incesantemente su obra de asociación, bajo las distintas formas en que las hemos descrito, y sostienen con perseverancia la lucha contra los patrones, unas veces en demanda de aumento de salarios, otras veces exigiendo la disminución de las horas de trabajo, imitando así el movimiento de sus compañeros los obreros de Inglaterra; los resultados son en su mayor parte satisfactorios, porque las repetidas huelgas de casi todos los oficios han determinado una alza considerable de aquellos, y un notable descenso de éstos. Los albañiles y carpinteros que ántes de 1868 tenían 12 ó 14 reales por doce horas de trabajo, hoy disfrutan de 20, 26 y 30 reales por ocho y nueve horas, lo cual equivale respecto de aquellos á un aumento diario de 100 por 100. Es verdad que no todos los oficios pueden contar tan satisfactorio éxito en sus peticiones, pero sirve ya de regla general un beneficio de 25 y 30 por 100 cuando ménos sobre el salario antiguo de un obrero que ántes trabajaba la

mitad del día y ahora lo verifica en la tercera parte de éste, conforme á las humanitarias prescripciones que hoy exigen de consuno la razon y la justicia. Pero la solucion no se hace á gusto de los patronos, que pretestando la elevacion en el precio de la mano de obra, lo cual dicen es imposibilitar la concurrencia con la industria extranjera, han presentado y siguen presentando todo género de obstáculos y dificultades á la demanda de los obreros, ya por medio de uniones ó ligas que favorecen de un modo exclusivo sus intereses, ya en congresos donde se discuten los medios mejores de paralizar la accion de sus operarios asalariados, ya por coaliciones que tienen como objeto principal multar al patron que caiga en la debilidad de recibir en sus establecimientos uno ó varios obreros declarados anteriormente en huelga. Así, y con tal mal sentido, se han provocado las iras de los trabajadores, manteniendo una perpetua y sorda lucha entre el capital y el trabajo, que han puesto en alarma al gobierno de Alemania. Comprendiendo éste que la discordia entre unos y otros era excesivamente perjudicial para todos, se han propuesto leyes al Reichstag aun por los mismos conservadores, relativas unas á reglar las relaciones entre patronos y obreros por medio de tribunales de árbitros ó jurados mixtos, compuestos de patronos y obreros, ó formados por el mismo consejo municipal allí donde no pudieran existir aquellos normalmente; relativas otras á contener las huelgas de los obreros ó las ligas de los patronos, por funestas ambas á la marcha normal de la industria nacional, y al desarrollo natural del trabajo. De otro lado el partido progresista tambien ha presentado al Parlamento algunas reformas sobre reuniones y asociaciones, que si bien no son tan liberales como habia razon para suponerlas, alguna utilidad reportan ya en su aplicacion al organismo del trabajo. Sobre uno y otro punto la habilidad de M. Bismark consiste en mantener cuanto posible sea el equilibrio difícil entre los derechos del capital y los derechos del trabajo, favoreciendo de una parte las uniones internacionales de los patronos, tolerando de otra las uniones internacionales de los obreros de unos mismos oficios. De todos modos, el eminente estadista del Imperio germánico utiliza en el órden económico lo mismo que utiliza en el órden político, en el órden religioso y moral, en el órden social y filosófico: la unificacion de Alemania.

Esto no obsta, sin embargo, para que cada día más se acentúe el movimiento socialista en Berlin como en las demas grandes ciudades. Son ya muchos los oficios que al par de la federacion para sacar incólumes sus derechos sobre el capital, celebran congresos donde discuten los más árdulos problemas del trabajo y nombran oradores que marchan de pueblo en pueblo, á fin de desterrar la apatia y sacudir la indiferencia de los muchos trabajadores agricolas que todavía

no han estudiado los medios mejores de salir definitivamente de la triste situacion en que les coloca la actual organizacion de la sociedad. Y como quiera que en esta mision difícil unos y otros van comprendiendo la urgente necesidad de no vivir más en el aislamiento, y si la conveniencia de entrar de lleno en el gran movimiento de union y solidaridad entre los obreros de un mismo país y de todos los obreros alemanes, inclinanse ya decididamente á su afiliacion en la Internacional de trabajadores, aunque muchos no abandonan por esto, y hacen bien, los bancos populares de Schulze ó las sociedades de produccion de Lasalle, ó la organizacion política del partido democrático á cuya cabeza figura dignamente el diputado Jacoby.

Volveremos, pues, á encontrar los obreros de Alemania cuando historiemos detalladamente la Asociacion Internacional.

— JOAQUIN MARTIN DE OLIAS.

LA RESTAURACION LITERARIA EN ESPAÑA.

AL DR. H. W. KRONHAMM, EN ROSTOCK.

Las agitaciones que ensangrientan, arruinan y envilecen á mi patria, hallan un eco de compasion y amables frases de simpatias en todo corazon culto de la ilustrada Europa; y usted, al dar á la estampa mi correspondencia particular sobre el actual estado de nuestro teatro, que nunca esperé saliera en letras de molde ni en otro habla que el que aprendi desde la cuna, traza por comentario el porvenir de este desgraciado pueblo con colores más halagüeños que los que podemos imaginar los que nos encontramos, en nuestro contristado patriotismo, faltos de aliento en medio de esta cruenta y dolorosa lucha, que á ningun fin noble conduce, ni á ningun resultado generoso se dirige. Aunque he pasado el equinoccio de los treinta años y despedido desde sus amados umbrales la juventud escapada inadvertidamente, sin haber dejado en mi espiritu otras reliquias que las marcas profundas de prematuros desengaños, no he llegado todavía á aquella edad de las amargas realidades, que despojan al alma de la blanca túnica de su poesia y hacen apetecer el suspirado término, donde la mente idealiza y la fe fortalece la aspiracion sublime de un eterno descanso, puerto de refugio y olvido contra los continuos vaivenes de este incesante flujo de olas encontradas, que remueven el turbulento mar de la existencia. ¡Aún no he perdido del todo la esperanza! Pero ¡ay! amable doctor, cuando vuelvo los ojos al espectáculo miserando de mi patria, ¡cómo me entristezco! y lo que es peor, ¡casi desconfío!

No han sido de todo punto para mí estériles las lecciones severas de la historia, en cuyos admirables ejemplos yo he estudiado con prolija atención cómo nacen y crecen y se agigantan las naciones, y también cómo se corrompen los nobles caracteres y las hacen precipitar de su rango, primeramente conservando brillantes rasgos de su pasada energía y culpando al infortunio, luégo desafiando á la desgracia con la aparente arrogancia de los recuerdos gloriosos, más tarde abandonándose prostradas al infame indiferentismo de una indolencia egoísta, y finalmente despertando alguna vez, pero soñolientas, sin virilidad, ni voluntad propia, ni enérgicos arranques, á imprecicar desde los bordes del abismo una salvación tardía del yugo ignominioso de los tiranos. ¿En cuál de estos tristes periodos se halla mi patria? ¿Aún podría sacarla de tanto abatimiento un esfuerzo supremo, favorecida por los inexcrutables designios de la Providencia? Aquí están los gérmenes de mis dudas y los arcanos de mis tristezas. Os lo confieso, caro doctor, os lo confieso: desconfío y me entrego á la postración acerba de una honda melancolía.

Y no es, ciertamente, porque nos falten elementos para una honrosa regeneración. Aquí, querido doctor, en esta España que ha llenado durante trece siglos los mayores destinos en la marcha civilizadora del género humano, todo lo que la colectividad caracteriza con su iniciativa poderosa, conserva aún deslumbradoras reliquias de lo que nuestra patria fué en la plenitud de sus glorias. Pero contra los movimientos colectivos de la nacionalidad, del provincialismo, de meras clases aisladas, conspiran asiduamente los intereses y las pasiones individuales; y falta nuestra sociedad de una dirección uniforme y compacta, su existencia se convierte en cierta desordenada agitación, en cierta lucha sin objeto, pero perpétua y desoladora, á cuyo término no puede aguardarse sino la disolución y la muerte. ¡Cómo no suspirar en tal caso los de ánimo escogido por los felices días de la historia, si el porvenir no ofrece auroras de esperanza! Pero ¡ay! lo que fué no será ya nunca de nuevo.

Enamorado de nuestro teatro, que, cuando refrigera algunos rasgos heroicos de las olvidadas tradiciones antiguas, todavía es fecundo á pesar de la esterilidad presente y comun á toda la literatura dramática de Europa, con deliberado intento trata usted de inquirir qué otros gérmenes literarios se despiertan en las aficiones de nuestra española juventud contemporánea, acaso para lisonjear con su ejemplo, en su talento claro, en su amistad finísima hácia mí y en el generoso afecto que á mi país profesa, los nobles deseos de mi acendrado patriotismo. Yo no he de negar á usted, ántes he de confesarle con viva y grata complacencia, que

observando hasta en sus detalles más nimios la ebullición aún informe literaria que se deja notar—¡admírese usted de esta noticia!—mucho más viva en las capitales y hasta en las poblaciones subalternas de provincia, que en la misma corte de la monarquía, convertida única y deplorablemente en político y sangriento palenque de nuestras divisiones deletéreas, el ánimo queda perplejo considerando si realmente en esos movimientos simultáneos é ingenuos encerrarán principios irresistibles de vida, ó no serán sino á manera de rayos desmayados de luna en noche ya fría de Octubre.

En efecto, caro doctor, la juventud, cuyos horizontes han quedado tan limitados en nuestra España, que casi no cuenta con más porvenir en perspectiva que lo que solemos llamar entre nosotros *presupuesto*; la juventud en quien, sin embargo, está la exuberancia de la vida con su actividad calenturienta, por medio de la dilatación de los estudios y de la amplitud de las ideas que se han sembrado en estos últimos tiempos de indudable confusión, pero de fecunda y lúcida polémica, se ha despertado tercera vez en este siglo, ávida de adquirir palenque glorioso de contienda, donde probar sus fuerzas, robustecer su ilustración y conquistar el lauro á que aspiran los nobles espíritus. Son elocuentísimos testimonios de este insinuante deseo las multiplicadas manifestaciones con que por todas partes se expone á la notoriedad. Pero ¡ay, amable doctor! en medio de restauración tan feliz crecen mis congojas, porque veo á la juventud absorbida más por lo superfluo en lo ideal é imaginativo, que por lo profundo y trascendental dentro de lo positivo y práctico.

En tres partes, según el orden y la importancia de sus manifestaciones, podemos dividir el cuadro del movimiento intelectual que imprime nuevamente á la generación que avanza el rumbo de los sucesos y las legítimas aspiraciones de lo porvenir: en Academias, en justas literarias y científicas, y en publicaciones varias de la parecida índole y naturaleza. Quisiera yo, al frente de las primeras, poder colocar al Ateneo de Madrid, donde se han notado este año insistentes tentativas de renacimiento. Porque verdaderamente, ¿quién duda que esta selecta asociación, que ha dado días tan brillantes á nuestra historia literaria contemporánea y que tanto ha contribuido á propagar las ideas científicas rechazadas á la luz del siglo en que vivimos por la tímida meticulosidad, reliquias póstumas de nuestro pasado oscurantismo, no ha llegado á una sensible, á una completa decadencia? Aquellas generaciones democráticas en política, libre-cambistas en economía, descentralizadoras en administración, y racionalistas en religión y filosofía, que sonrosaron con el prestigio de sus talentos las esperanzas de la re-

volucion en las últimas décadas del reinado de doña Isabel II, desvaneciéronse entre el humo revolucionario, desde el momento en que al llegar á practicar sus teorías les faltó sentido claro, habilidad y método con que ingerirlas, hacerlas practicables y fortalecerlas en la opinion general hasta convertirlas en intereses y sentimientos. Todo el vigor de sus gloriosos tiempos de polémica y propaganda se perdió en el cambio de lo teórico á lo real, y de aquel gran movimiento que logró imponerse en tantos diversos medios de vida política, económica, jurídica, escolástica, no han quedado sino algunas cenizas expolvoreadas por los aires y algunas tenaces resistencias en los espíritus más entusiastas, ó en los más presuntuosos. Falta hoy al Ateneo de Madrid ideal y direccion, y en vano lucha por restablecer aquél y por fijar rumbo certero á su marcha la generacion nueva que se ha apoderado de sus cátedras y de su tribuna, y pretende alentar sus desmayadas veladas literarias. Sin vinculo de cohesion, de que se deduciría su fuerza, en el impulso que se le procura imprimir, apenas brota de la última falange que le condecora un orador serio, un pensador profundo, ni un polemista gravemente razonador.

En las Academias de provincias no se revelan tampoco inclinaciones bastante determinadas. La filosofía y la critica, y algunas exhibiciones pindáricas son los entretenimientos más frecuentes de estas sociedades, en los debates sobre los temas que se proponen y en las tenidas que se dedican exclusivamente á la amena literatura. Acaso es el Ateneo de Valencia el que demuestra mayor actividad. Yo sigo con interés y paso á paso sus trabajos, y he de confesar que en ellos se nota un entusiasmo que á la corta ó á la larga no puede ser estéril. En aquella Academia de jóvenes se recogen todas las ideas que se lanzan á la meditacion de los hombres, y sobre todas se elucida. De todo libro que forma acontecimiento se da cuenta y lectura, y es objeto de vivas discusiones; y cuando la patria viste de luto por la pérdida de sus hijos eminentes, el Ateneo valenciano celebra sesiones solemnes para conmemorar su recuerdo glorioso, á semejanza de la que recientemente ha dedicado en honor de los malogrados Rosales y Fortuny, artistas de fama imperecedera. Todas las artes del buen gusto facilitan entonces sus auxilios á estas festividades para rendir su holocausto al genio. La naturaleza, mejorada por medio del cultivo científico, presta sus agrupaciones pintorescas de odorantes flores al mejor adorno del apoteótico recinto. La escultura modela el busto de los laureados; la fotografia, arte mecánica, prodiga las reproducciones de las obras del genio; y los colores y el pincel, manejados por hábil mano, reproducen la fisonomía de aquellos que han de esperar á la muerte para que los régios doseles que los

cobijan los iguallen en la veneracion humana á una y otra majestad.

Esta inclinacion á honrar á los muertos y á despertar el recuerdo de los que há tiempo pasaron, es el sentimiento que ahora más predomina. En Reus se han tributado á Fortuny honores casi divinos. No sólo ha sido pensamiento de un grupo de admiradores del *Quijote*, precedidos por D. Carlos Frontaura, el de erigir á CERVANTES un monumento digno de su memoria en la ciudad que vió nacer al mayor de los ingenios. Sevilla, cuyo nombre, prosperidad y riqueza crecieron tanto mientras poseyó el monopolio del comercio con el Nuevo-Mundo, ya ha expresado propósito de levantar estatua á CRISTÓBAL COLON. En Murcia se agita la idea de elevar otra en glorificacion del insigne escritor político SAAVEDRA FAJARDO, y en Ronda, ciudad modesta de Andalucía, bajo la iniciativa de una Junta compuesta de su digno alcalde D. José Maria Jaudenes, del párroco del Espiritu Santo, D. Antonio José Collado; del Marqués de Salvatierra; de los licenciados D. Adolfo Izquierdo, D. Bartolomé Morales, D. Lorenzo Borrego, D. José Pinzon Carcedo, D. Antonio Atienza Gomez de las Cortinas, D. Eusebio Aparicio y D. Leonardo Perez de Guzman; del beneficiado de Santa Maria la Mayor, D. Francisco Atienza Oliva, y del impresor D. Rafael Gutierrez, se ha puesto ya por obra la ejecucion de otro monumento, erigido por suscripcion local á la memoria del esclarecido poeta rondeño VICENTE ESPINEL.

Con estas empresas, dignas de todo aplauso, coinciden las solemnidades de los *Juegos florales*, institucion de antiguo origen provenzal, que periódicamente se presta á brillantes certámenes en Barcelona, Lérida y Gerona, donde este año se han verificado, y que en el último mes de Mayo prestaron tambien animacion á Murcia y á Sevilla, en la última de cuyas ciudades se les ha tratado de imprimir aquel sabor caballeresco que nos representa los tiempos de los trovadores, de los amables galanteos y de las cortes de amor. Efectivamente, la Sociedad del *Liceo sevillano* preparó para el 16 de Mayo esta grande fiesta literaria, á cuyo concurso convocó poetas y pintores, prosistas y músicos, para sostener el honor de la gaya liza. Se nombró tribunal de hermosura, y lo formaron, como presidenta, la señora marquesa de Gaviria, su hija, Luz de Gaviria, como secretaria, y como jueces del buen gusto las lindas señoritas Amalia de Cavestany, Ana Huidobro, Enriqueta Daguerre, Purificacion Williams, Mercedes Gomez Rull, Cecilia Romero, Maria Halcon, Dolores Gomez Povedano, Mercedes Izcar, Asuncion de Guzman, Florentina Oviedo, Inés Leon y Rosario Valdecañas. No ocuparon la presidencia jurídica, pero sí completaron por su competencia el bello cuadro, entre otra multi-

tud de donosas damas, los demas ingenios femeninos que ilustran la ciudad opulenta del Bétis, y entre las que se contaban las inspiradas poetisas Antonia Diaz de Lamarque, Mercedes y Felisa de Vellido, Concepcion Estevarena, Isabel Cheix de Martinez, Victorina Saenz de Tejada, que despues ha tomado el hábito religioso en el convento de San Clemente, y Maria de la Paz Waflar, amén de la por tantos titulos insigne escritora que milita en la literatura patria bajo el popular pseudónimo de *Fernan Caballero*.

No acaban en las ya relatadas las solemnidades literarias de que hago mérito, estimado doctor. Jaen se prepará á celebrarlas; en Palma de Mallorca, el 23 de Mayo las hubo, visitando despues, no sólo el archiduque Luis Salvador y los literatos en el predio de Miramar, de la propiedad de aquél, la cueva de Raimundo Lulio, sino yendo allá numeroso concurso de masas populares que empiezan á familiarizarse con aquellos nombres ilustres de la historia, que no deben su fama á las hazañas y aventuras heroicas. Finalmente, con motivo de los dias que la Iglesia consagra al apóstol de Compostela, la ciudad de Santiago, para conmemorarlos con mayores atractivos, dispuso, entre otros famosos festejos, reanudar las interrumpidas academias literarias que desde el siglo de los Austrias celebraba su memorable Colegio de Santiago Alfeo, idea que para llevarla á cabo fué desde el primer momento patrocinada por el reverendo arzobispo de aquella silla metropolitana, D. Miguel Payá, por las corporaciones provincial y municipal, por la Universidad y Sociedad de Amigos del País, á las cuales se fué adherido don Rafael Eugenio Sanchez, como inspirador de otro pasado certámen en honor de Miguel de Cervantes Saavedra.

¿No son todas estas cosas que dejo rápidamente apuntadas, sintomas evidentes de un movimiento nuevo á que puede muy bien aplicarse el nombre de restauracion literaria? Pues aún queda que mencionar el testimonio más importante, sin duda, por su mayor notoriedad: esto es, el que se deja traslucir de las publicaciones diversas que de estos círculos emanan. Por todas partes se trata de eclipsar aquel prestigio que ántes sólo disfrutaban las que salian de las prensas de Madrid. Tal es el cúmulo de revistas de varia índole y tamaño, atestadas de prosa y verso, que se dan á luz hasta en poblaciones oscuras en las provincias, que no hay memoria de que nunca hubiera en nuestro país movimiento literario análogo al que éstas acusan. Remuevo desordenadamente las que algo más que un mero impulso de curiosidad ha hecho se reúnan sobre mi mesa, y entre la multitud de las que en Madrid se publican, y que llevan por titulos: la *Revista de España*, la *EUROPEA*, la *Antropológica*, la *de Ciencias natura-*

les, la *de la Academia de Jurisprudencia y Administracion*, la *Ilustración Española y Americana*, *Revista de Archivos y Museos*, *Los Niños*, *La Defensa de la Sociedad*, *La Familia*, *La Raza latina* y *El Bazar*, y las que se dan á la estampa fuera, y son como el *Boletín numismático*, de Valencia, la *Revista histórica latina*, de Barcelona, *El Ateneo*, de Sevilla, ó la *Crónica de los cervantistas*, de Cádiz, parto de talentos maduros, encuentro un sinnúmero de publicaciones, hebdomadarias en su mayor parte, y debidas todas á la iniciativa de esta última generacion, que para exhibirse con honra funda en Valladolid *El Faro*, en Búrgos *Los Ecos del Arlanzon*, la *Crónica Ilirdense* en Lérida, *El Concurso* en Avila, en Malaga *La Revista de Andalucía*, *El Folletín* y *El Museo*, en Cádiz *La Verdad*, *La Crónica* en Leon, la *Revista* en Huesca, *El Gólgota* en la ciudad de las Palmas, en Vitoria y Lorca respectivamente *El Ateneo*, *Los Ecos del Guadalevin* en Ronda, *El Liceo* en Sevilla, *La Miscelánea* y *El Ramillete* en Barcelona, *La Madre de Familia* en Granada, *La Flor de Lis* y la *Revista científico-literaria* en Madrid, *El Vigilante* en San Martín de Provensals, en Orense *El Heraldó Gallego*, en Santander *La Armonía*, en Jaen la *Revista semanal*, y otros muchos periódicos, casi todos sostenidos por Sociedades de jóvenes de uno y otro sexo que apenas han tocado los umbrales de la pubertad.

Por desgracia la literatura que superabunda en estas publicaciones periódicas corresponde casi en su generalidad á los ensayos frívolos, que son primer sintoma de capacidad en los talentos meridionales: poesia y retórica; algo, poco, de historia, y algo, ménos, de jurisprudencia; es decir, todas las aficiones para las cuales no se necesita más que un poco de ingeniosa inclinacion, mente fantástica y ánimo audaz, y otro poco de lo que imprime cierto barniz de superficial cultura ó coloca á la juventud por medio de la administracion ó de la politica en la corriente, donde la holgazaneria de nuestro siglo alcanza la sopa boba del presupuesto, que ha reemplazado un si es no es con ventaja á la decantada sopa boba de los antiguos conventos.

Pero entre tanto ¿no echa usted nada de ménos, caro doctor; no echa usted nada de ménos en este cuadro de brillantes colores que resalta de la exposicion minuciosa que acabo de hacerle? Yo encuentro grandes vacíos, y me sobrecoge el temor de que otra vez se pierda el esfuerzo del talento en mi patria por falta de una direccion acertada y uniforme en la educacion moral de nuestra juventud. Conocido nuestro carácter, no hay que esperar á deducir esta direccion de las propias inclinaciones, ni del influjo de nuestra sociedad, donde la condenacion de las rancias preocupaciones que hacian mirar como cosa vil y rastrera la aplicacion de las

capacidades selectas al fomento del trabajo manual, á la industria y á las demas artes de la riqueza en que se funda la prosperidad de las naciones, no existe sino en la crítica superficial de la generalidad, y está muy léjos de constituir una sólida base de sentimientos comunes, que estimulen y aguijoneen las aficiones particulares. ¿Es la falta de esta direccion defecto esencial de nuestras escuelas de enseñanza pública? No entro á discutirlo; pero censuro los estrechos limites en que la enseñanza oficial se halla encerrada en nuestro país, con un estancamentó inconcebible á pesar de tantos trastornos, agitaciones y reformas como nuestro siglo ha llevado á cabo. Nuestras escuelas no producen sino alumnos que han de vivir despues en una ú otra forma pensionados por el Estado. El teólogo, el matemático, el filósofo, el jurista, el ingeniero, el militar y hasta el artista educado en nuestras aulas, si el Estado no les proporciona una canongia, una cátedra, un tribunal, un destino público ó una pension en Roma, pueden tenerse como hombres sin carrera, y que no sirven para nada. Dado este ejemplo, ¿qué rumbo ha de seguir la juventud? El que á todo fin conduce, sin más que un poco de esa fortuna que ayuda á los osados: de aqui la predileccion por los estudios retóricos que llevan á los Parlamientos, y á las letras, que por medio del periodismo, émpujan á las posiciones improvisadas de la política. ¿Cuántos nombres pudiera haber citado á usted, caro doctor, si á cada uno de los hechos que le he relatado sucintamente, hubiera agregado los que por fuerza les corresponden? Habría formado una interminable lista de personas á quienes ya irremisiblemente espolea el afan de la notoriedad. Pero en definitiva, ¿qué fruto darán de sí tantos talentos incipientes, cuya capacidad no puede ser puesta en tela de juicio, pues que tan precozmente la tienen manifestada? ¡Ay! caro doctor, dejo pasar de un salto treinta años de nuestra agitada vida, y al cabo de ellos hallo por todo caudal insoportables y confusas y abigarradas colecciones periodísticas, donde las pasiones de cada dia poco provechosas dejarán que estudiar á los venideros; algunas revistas enciclopédicas, y no ménos confusas; algunos volúmenes de frívolas novelillas y de incoloras metrificaciones; extensísimas colecciones parlamentarias, y todo el farrago de producciones á que da lugar nuestro inmoderado prurito de perorar y discutir en Asambleas, juntas, asociaciones, academias, tribunas y foros: en suma, otra generacion perdida; otra preciosa semilla derramada sin fruto sobre una tierra árida y estéril. ¡Qué raros son por desventura los nombres fecundos en mi patria! Búscolos, como Diógenes con su linterna, y he de repasar centenares y centenares de vulgares fisonomías, ántes de tropezar con un VICUÑA, con un ALVAREZ ALBISTUR,

con un BALAGUER, con un UTOR, jóvenes ilustres, que animan las más gratas esperanzas.

Léjos está de mi ánimo, amable doctor, pretender que desaparezcan de todo punto los poetas y los retóricos, ni ninguna otra suerte de filósofos, eruditos, polemistas y literatos; pero deploro que ese sea el único camino por donde nuestra juventud atropelle, falta de mejor direccion y de horizonte y porvenir más ámplios. Que hay que dilatar sus esperanzas, es ya de una necesidad y de una perentoriedad irresistible; pero ¿de dónde partirá la iniciativa? Aquí, donde el impulso individual se estrella siempre en tantos obstáculos, y donde una inveterada costumbre exige al Estado la perpetua tutoria sobre los destinos hasta del último ciudadano, si no emana de acertadas providencias de los poderes públicos, esa direccion está perdida. ¿Hay medios de que el Estado imprima ese impulso, que trascendiendo á las aficiones de la juventud, al par que ilustre con la educacion moral las capacidades cultivadas, las conduzca á fines eficaces y fecundos? Este tema será objeto de más detenido estudio. Pero en tanto que alcanzo comodidad para desarrollarlo, no terminaré sin insistir una y mil veces en que esta direccion, mi querido doctor, es, á mi entender, el único, el árduo problema de nuestro porvenir nacional.

JUAN PEREZ DE GUZMAN.

EL ENCARECIMIENTO DE LOS MEDIOS DE EXISTENCIA.

Una de las cuestiones más graves de nuestra época, por referirse á la condicion de todos y afectar, lo mismo á los hombres colocados en los últimos peldaños de la escala social, que á las clases medias y aun á las más elevadas, es el encarecimiento general de los medios de existencia. Las consecuencias que lleva consigo, quizá no son muy gravosas para la suerte de los trabajadores cuyos salarios ascienden poco á poco al nivel de las nuevas necesidades, cuando la mano de obra no ha sido una de las causas del cambio de precio. La situacion más penosa es la de las personas que gozan de una renta fija, apenas bastante con frecuencia para cubrir un gasto estrictamente calculado, y la de los empleados, cuyo sueldo no se eleva á medida que los gastos de la vida aumentan. Las posiciones más favorecidas, no se libran de la ley comun; todo presupuesto necesita equilibrio, y la carestia perturba el estado de cada casa, pues en todas ellas, el aumento relativo del gasto necesario disminuye el ahorro habitual.

¿Cuáles son las primeras causas de un fenómeno que lleva consigo penosas y á veces temibles consecuencias? ¿Hay medios á propósito para conjurarlas ó, al ménos, atenuarlas en ciertas proporciones? ¿Qué parte conviene atribuir á las apariencias y cuál á la realidad en esta trasformacion que no se detiene? Difícil es encontrar problema económico que merezca mejor fijar la atención y provocar las investigaciones.

La Academia no ha querido permanecer extraña á un estudio tan interesante; en 1868 abrió un concurso sobre el siguiente tema: «Dar á conocer las principales variaciones de los precios en Francia desde hace medio siglo; investigar é indicar las causas y determinar particularmente la influencia ejercida por los metales preciosos.» Y ha recompensado las notables Memorias de los señores Foville y Roswag, donde se trata cuidadosamente esta gran cuestion en sus diversos aspectos.

La *Historia de los precios* de Tooke y de Newmarch, ha abierto el camino á numerosos trabajos recientes, sobre todo en Inglaterra y en Alemania, destinados á esclarecer este complicado problema. A los nombres de los señores Laspeyres, Engel, Soëbeer, Knies, Newmarch, Stanley-Jevons, Cliff-Leslie, Rogers, podemos hoy añadir el de Francisco Javier Neumann, quien nos ha encargado de presentar á la Academia sus publicaciones recientes sobre el *Encarecimiento de los medios de existencia* (1), y sobre las cosechas y el bienestar de Austria-Hungría (2).

M. Neumann era ya favorablemente conocido por su grande obra sobre la exposicion Universal de Paris, cuya redaccion tuvo la fortuna de confiarle la comision austriaca.

Ha publicado tambien el curso de Economía política que explica en la escuela militar de Viena, porque el estudio de la formacion y de la distribucion de las riquezas, forma parte en Austria del programa de la enseñanza consagrado al arte de la guerra. El servicio de la *Intendenciaría* basta por sí solo para explicar esta contradiccion aparente, y M. Neumann ha ejecutado con brillantez la empresa difícil de presentar las verdades económicas más sanas ante un auditorio llamado á tomar parte en los sangrientos juegos de la fuerza.

Puede decirse que este jóven sabio ha sabido abordar con igual éxito todos los ramos de la ciencia social tomada en su más amplia acepcion, y constantemente apoyada en los datos exactos de la estadística. Su último escrito acerca de la *Carestía*, atestigüa la variedad y la seguridad de sus conocimientos.

(1) Die Theuerung der Lebensmittel.

(2) Ernten und Wohlstand-in Oesterreich-Ungarn.

No nos atreveremos, sin embargo, á decir con él, que el fenómeno, cuya naturaleza caracteriza, no haya pesado nunca de una manera tan grave en las condiciones de la existencia. Basta para reconocer que nada es absolutamente nuevo en este punto, no olvidar las quejas análogas que resonaban por todas partes á consecuencia de la revolucion, mal comprendida en un principio, producida por las enormes cantidades de metales preciosos que vinieron á Europa, cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo. Puede tambien añadirse que, el efecto de la multiplicacion rápida del oro y de la plata, se hacía sentir entónces de un modo mucho más vivo, porque el *stock* existente, era relativamente más débil. Las nuevas cantidades de metales preciosos, ejercían entónces tanta mayor influencia sobre los precios, cuanto la masa disponible hasta entónces era ménos considerable. Otro elemento contribuye tambien enérgicamente á equilibrar el efecto de las llegadas de cantidades en oro y plata, y es la suma creciente de los productos y de las transacciones á las cuales sirve el numerario de vehículo: todo se resume en una cuestion de proporcion.

Más adelante nos volveremos á ocupar de esta consideracion esencial que, en general, nos parece no haberse tenido bien en cuenta en el grave debate entre el tipo único y el doble tipo de moneda.

Si en nuestra época se renuevan las complicaciones sobrevenidas á consecuencia del descubrimiento de América, en cambio añade tambien á ellas factores entónces desconocidos.

Todo el mundo está de acuerdo para proclamar que el encarecimiento de los medios de subsistencia, del combustible y de los objetos que se emplean en el hogar doméstico; el aumento de los inquilinatos y de los salarios; perturban de un modo grave el equilibrio entre los ingresos y los gastos de cada casa. Sobre todo en las poblaciones, y principalmente en las grandes ciudades, este cambio se traduce en un verdadero sufrimiento. El *déficit* que aparece en el hogar más modesto, excita un terror análogo al que producian las palabras de Mirabeau en el seno de la Asamblea Nacional, cuando evocaba el espectro de la bancarrota.

El encarecimiento universal amenaza la economía regular, la ganancia tranquila, el ahorro previsor; produce la avaricia del provecho inmediato, las consecuencias del juego, la inconstancia, el desprecio de las antiguas virtudes, que se consideran irrisorias, la desmoralizacion de las grandes ciudades, en las cuales se acumulan los materiales de formidables explosiones.

Para el ensayo de encontrar paliativo ó remedio á un sufrimiento, que nadie pone en duda, es preciso primero reconocer exactamente la situación, y como los datos parecen presentarse en gran

número, importa someterlos á severo exámen, para no dejarse extraviar por erradas apariencias. Nada debería ser tan preciso como el lenguaje de las cifras, y, sin embargo, nada está más sujeto á equivocaciones. No basta alinearlas, es preciso pesarlas, penetrar su sentido y determinar su alcance. Esto es lo que hacen tan delicadas y tan laboriosas las investigaciones estadísticas; pero esto es también lo que realza su valor cuando están bien dirigidas. Es preciso, por decirlo así, reducir todas las fracciones recogidas á un comun denominador, para relacionarlas y totalizarlas. ¿Qué significan los precios corrientes, las tablas de comercio, las mercuriales del mercado, si sólo se tiene en cuenta las operaciones realizadas, sin ocuparse, ni de la diferencia de cualidad, ni del número de las transacciones de cada especie, ni de los modos diversos que afectan?

La nueva escuela de estadística se ocupa cuidadosamente de eliminar las causas accidentales de las variaciones señaladas, tanto como de establecer los tipos comparables: de este modo empieza á acercarse á la exactitud de una ciencia natural. Los tipos medios no tienen valor cuando no son expresión de una serie idéntica.

M. Neumann se ha aplicado á poner en relieve estos datos fundamentales y ha permanecido fiel á la doctrina que enseña, usando en la aplicación un escrupuloso rigor científico. Sin duda es penoso recurrir sin cesar á esta piedra de toque; pero no hay otro medio de evitar errores capitales y de no dejarse arrastrar por la seducción de aspectos superficiales.

Apreciar bien la verdadera variación de los precios, constituye una operación delicadísima, y por ello sólo en los últimos tiempos se han podido obtener resultados menos inciertos: casi todos los trabajos más antiguos exigen cuidadosa revisión.

Señalando este escollo, M. Neumann reproduce en el curso de su interesante *Memoria* un aserto demasiado absoluto. Hace constar los numerosos ejemplos proporcionados por los tiempos pasados, que no permiten atribuir de una manera exclusiva á nuestra época las tristes consecuencias de una profunda alteración de los precios. Dejando á un lado los cambios repentinos que han sido causa de miseria y de hambres, diezmando en pasadas épocas las poblaciones casi de un modo periódico, y las variaciones sucesivas de abundancia y de insuficiencia de numerario, ó bien de alteración monetaria (*morbis numeritus*), encontramos, en efecto, en la historia los mismos sufrimientos y las mismas quejas.

Cométese, sin embargo, grave error cuando se habla de *encarecimiento universal*, como si todo lo que está sujeto á cambio subiera igualmente de

precio. Esta es una expresión tan falible como la de una baratura universal (*á general glut*), causada por una producción superabundante en todas las ramas de la industria humana. Desde que se comprende mejor el mecanismo de la circulación, se sabe que los productos se cambian por productos, y que el consumo aumenta con la facultad productiva: puede, pues, encontrarse un obstruimiento parcial cuando faltan los medios de cambios á los que desearían aprovechar la multiplicidad de ciertos artículos, si pudieran producir el equilibrio ofreciendo otros artículos igualmente acrecidos; pero una estancación universal de productos es aserto sin sentido.

El cambio aparente del precio de las cosas, sólo ejercería una influencia secundaria si la proporción de los objetos no variase. El poder relativo de cada productor y de cada consumidor, permanecería estacionario, sin ventaja real para nadie si la masa de los productos no aumentase. De este modo, mirada en sí misma y hecha abstracción de la fecunda influencia que ejerce en las diversas ramas del trabajo, la simple multiplicación de los metales preciosos en nada modificarían las relaciones existentes, limitándose á elevar la expresión numérica de los valores.

Pero mediante un estudio atento, se descubre en seguida que la realidad no corresponde á tal hipótesis. Todos los objetos no encarecen igualmente, y en esta especie de levantamiento del suelo económico surgen montañas y colinas, al mismo tiempo que se abren valles. Algunas mercancías suben rápidamente, otras en proporción menor, y hasta las hay que tienden á la baja, cuando se compara el conjunto del mercado antiguo con el conjunto del mercado nuevo. Además, los precios se elevan por categorías, sin que el valor de todos los artículos aumente y el grado de encarecimiento varíe mucho.

Por esta causa Tooke y Newmarch han podido comprobar que de 1831 á 1838 la carne y los demás artículos alimenticios han experimentado en el mercado de los Estados Unidos un alza de 40 á 50 por 100, y las materias primeras un alza de 30 á 60 por 100, mientras que los productos fabricados se vendían más baratos y los de calidad superior bajaban 25 por 100.

Al señalar el precio medio de cuarenta y dos artículos del comercio de Hamburgo, Soetheer demuestra que la comparación de los precios marcados de 1830 á 1840 y de 1841 á 1850 con los de 1836, acusa sólo 30 en progreso y 12 en declinación. Los puntos extremos están marcados por el trigo, que se eleva de 100 á 212,7, y por las telas, que descienden de 100 á 59,3. Los resultados recogidos cuidadosamente por Laspeyres, comprendiendo 310 especies de mercancías vendidas también en

Hamburgo, desde 1846 á 1850 y de 1851 á 1870, concuerdan con esta observacion general, tan bien como los debidos al laborioso ingeniero M. Stanley-Jevons para el mercado de Lóndres; en los periodos comparados, desde 1848 á 1850 y desde 1860 á 1862.

No cabe duda de que el alza simultánea de la mayoría de los objetos indica una alteracion comun en la elevacion admitida. El precio de las cosas en todas las naciones civilizadas, consiste en la denominacion monetaria; el valor expresado en *numerario* sirve para hacer comparables los elementos más diversos. El *trueque* casi ha desaparecido ante la *venta*. Resulta de aquí que toda modificacion del *precio* puede provenir de doble causa, ó bien es la sustancia misma del contrato lo que cambia, ó bien la *medida* empleada lo que se modifica: los dos fenómenos pueden obrar simultáneamente, aumentando el resultado cuando se desarrollan en el mismo sentido ó volviendo á un cierto equilibrio por una presión en sentido contrario. Cuando observaciones exactas conducen á señalar ciertos objetos, como habiendo obtenido precios más elevados ó más bajos, esto basta para indicar que la causa primera de dicha variacion nace de las condiciones de produccion y consumo ó de la situacion del mercado.

Cuando, como desde 1850, el alza se pronuncia en proporciones distintas pero siempre en el mismo sentido, las probabilidades indican un empequeñecimiento de la *medida* en uso. Esta *medida* la fija la proporcion que existe entre la masa de metales preciosos y la suma de productos y de transacciones, tomando tambien en cuenta la rapidez de la circulacion. Bajo aparente semejanza encuéntrase aquí dos diversidades considerables, y el problema, en vez de permanecer sencillo, se complica mucho. Un estudio apresurado y superficial podría conducir á singulares engaños.

La depreciacion de los metales preciosos se ha manifestado por todas partes; pero las opiniones difieren singularmente acerca de la proporcion en que aquélla se produce. Si hubiese estado en relacion directa con la masa obtenida desde principios del siglo, habria que estimarla muy alto porque el *stock* metálico ha doblado en el mundo desde hace cincuenta años. Pero se producía un cambio paralelo en las necesidades á que la moneda atiende. La audaz ilusion de Fourier parece haberse realizado, y tocamos al *cuádruple producto*, si no lo hemos traspasado. De esta suerte una poblacion rápidamente aumentada en el mundo, encuentra, sin embargo, una satisfaccion ménos exigua de las necesidades de la existencia. Las exigencias del consumo han provocado una produccion más grande que, para numerosos objetos, se encuentra hasta desbordada; la *demand*a va más rápida que la *oferta*, lo

que añade una causa activa á la elevacion de precio, y no permite atribuirlo á un solo factor, que seria el oro y la plata. Los progresos rápidos de la produccion y de la extension del cambio entre apartadas comarcas, han amortiguado singularmente la baja de los metales preciosos.

Hay tambien una trasformacion que contrabalancea en parte los efectos del *stock metálico*. Nuestro siglo puede glorificarse de un progreso más considerable que el de las conquistas acrecidas del trabajo, gracias á la aplicacion de la ciencia á la industria; tiene derecho á enorgullecerse, no sólo de sus máquinas formidables, del vapor que hace correr sobre el hierro rápidos convoyes y que arrastra ciudades vivientes al traves del Océano, de la electricidad que suprime la distancia, sino tambien y sobre todo del desarrollo de la libertad humana. La esclavitud y la servidumbre dejan cada vez más de deshonorar á las naciones civilizadas, y el hombre libre hace fructificar la naturaleza emancipada.

Esta gran revolucion ha sido favorecida por el acrecentamiento de la suma de los metales preciosos, porque éstos han proporcionado el medio de substituir á lo que los alemanes llaman *la economía natural*, por lo que nombran *la economía metálica*. De dia en dia desaparece el *Naturalwirtschaft*, que consiste en la remuneracion de servicios devueltos ó exigidos por medio de los productos mismos ó por el abandono de un pedazo del suelo; de dia en dia el *trueque* se acaba, y la *Geldwirtschaft* invoca el concurso activo del oro y de la plata, medida comun y justa de los valores.

Sin duda la multiplicacion de los instrumentos de crédito y los giros de letras han permitido no recurrir á los metales en una proporcion igual al acrecentamiento de los negocios; pero las combinaciones á que se ha echado mano, unidas al aumento del *stock* metálico, apénas bastan para lo que exigen las nuevas necesidades.

Las reservas de los bancos han aumentado en gran proporcion, reemplazando al antiguo método de atesoramiento; además, el inmenso movimiento de los caminos de hierro y los viajes más habituales de las personas, han multiplicado los usos para que se emplean las monedas, lo que habitualmente se llama *el dinero de bolsillo*.

De aquí que, sin contradecir de un modo absoluto la baja del instrumento metálico, nos inclinamos á creer que hay alguna exageracion en este sentido. Además, á medida que la masa existente ha aumentado, la proporcion de las nuevas procedencias ha declinado, y de este cambio de proporcion dependen las variaciones del valor metálico.

La pérdida en el metal adquirido, y especialmente la *freza*, han aumentado á medida que la masa ha crecido, y la mayor extension del bienestar ha ele-

vado singularmente las cantidades de oro y de plata utilizadas en las artes y en la industria. Finalmente, el extremo Oriente continúa siempre sepultando sumas considerables, lo cual produce singular resultado: el metal precioso arrancado á las entrañas de la tierra, después de pasar por diversas manipulaciones y atravesado largas distancias, vuelve en parte al suelo en forma de tesoros ocultos.

Uno de los economistas que han aclarado más este difícil problema de la variación de los valores metálicos, M. Stanley-Jevons, no llega á determinar de una manera exacta el importe de esta variación. Limitase á establecer de una manera general que el precio del numerario ha bajado, pero ¿en cuánto? ¿Es en 9 por 100, como pensó al principio, ó en 15 por 100? Creemos que la verdad se encuentra entre estas dos cifras. Siéndonos difícil participar de la opinión emitida en la Memoria de M. de Foville, que hace subir la diferencia hasta 25 por 100. Las investigaciones de M. Laspeyres le inducen á considerar admisible una baja de 19 por 100, lo que corresponde á un cuarto de baja en el precio medio de las mercancías, habiendo llegado á ser los productos brutos 24 por 100 más caros, y los manufacturados sólo 8 por 100. La suma total del metal necesario para realizar las mismas transacciones ha debido acrecer otro tanto, y absorber una porción notable del aumento.

Ya hemos mencionado la influencia que ha ejercido en los salarios la depreciación del dinero; pudiera ser funesta, porque, si bien se produce siempre con lentitud el movimiento para elevar la tasa nominal del trabajo, en la proporción del valor disminuido del metal, han influido poderosamente otras causas para encarecer los brazos aún más allá de lo que exige un equilibrio regular entre la remuneración obtenida y la moneda, privada de una fracción de la potencia de adquirir que ántes le pertenecía. Volveremos á ocuparnos de este punto esencial.

Pero no hay compensación alguna que garantice contra un penoso cambio la condición de los empleados y de los rentistas. Los gastos públicos, aumentados por todos lados, no permiten un aumento de sueldos, y no puede intentarse aumentar el ingreso fijo, sin exponerse á considerables riesgos.

Acabamos de indicar, y hemos intentado medir la dirección general á que obedecen los precios, pero es preciso penetrar más en los detalles especiales de esta importante materia. En efecto, el encarecimiento no presenta un carácter uniforme, ni en cuanto á los objetos á que afecta, ni respecto á las localidades en que se produce. Empecemos por recordar la ley económica expuesta por Carey con gran penetración, y que ha ilustrado con cuadros gráficos, fácilmente comprensibles. Á medida que

la civilización se extiende, el precio de las materias primeras y de los medios de subsistencia tiende á aumentar, y el de los productos manufacturados á disminuir: los gastos de transporte desempeñan aquí gran papel, tanto como el desarrollo de la inteligencia y de la potencia mecánica. Para darse bien cuenta de esta modificación esencial, preciso es eliminar la influencia común de la depreciación metálica, esta *resultante* que obra simultáneamente sobre todos los artículos entregados al comercio, y atenerse á las variaciones á que la sustancia misma de las cosas ha debido obedecer. Si, como M. Neumann parece admitir, exagerando un poco la realidad del cambio ocurrido, la medida metálica se reduce de 18 á 20 por 100 en estos últimos veinte años, los objetos que han encarecido han sufrido un aumento variable, que debe disminuirse en proporción á lo que se deteriora el agente metálico: las apariencias aumentan los verdaderos rasgos de la transformación del precio. Por otra parte, los objetos cuyo valor ha declinado, han bajado aún más de lo que parece indicar la cantidad del numerario dado en cambio, porque es preciso deducir de esta cantidad el equivalente de la depreciación monetaria. Todas las mercancías cuyo precio nominal ha permanecido estacionario, han bajado en realidad en proporción á la disminución del valor del dinero, porque el franco corresponde hoy á 88 céntimos de la misma moneda, tal y como circulaba hace veinte años.

Lo que más ha encarecido son los medios de subsistencia, y esta alza pesa sobre la economía doméstica. Extiéndese á casi todas las comarcas de la tierra, y depende tanto de un aumento general de la *demanda*, como de una traslación ó cambio de lugar en la oferta. Si debemos admirarnos de algo en este punto es, de que, ante el crecimiento de la población y de un tipo de existencia (*standard of life*) engrandecido, no hayan experimentado los precios por esta categoría mayor elevación.

La experiencia y la observación demuestran que nuestro poder es inferior en lo que concierne á los medios *naturales* de producción, que en lo que se refiere á las actitudes industriales. Nuestro imperio sobre la naturaleza, por mucho que quiera extenderse, encuentra insuperables límites; la tierra y el clima se dejan difícilmente dominar, y el hombre debe sufrir la acción móvil de las estaciones y las alternativas de las cosechas abundantes ó medianas.

No sucede lo mismo con la producción industrial que emana de nuestro ser: el elemento intelectual progresa de un modo activo, y marcha sin cesar adelante. De aquí resulta que allí donde el trabajo directo del hombre se une al capital obtenido por el mismo trabajo, puede producirse el desarrollo

en completa armonía con la traslación normal de las necesidades, cuando no se pronuncia de una manera más rápida; no sucede lo mismo con las materias primeras y la producción primordial. Laspeyres, de acuerdo con Carey, formula así esta ley universal:

«Las mercancías aumentan tanto más de precio, ó bajan tanto menos cuanto más se acercan á los productos naturales, y son menos transformadas por el trabajo, porque los gastos de producción aumentan con la dificultad que produce la distancia. El espíritu del hombre no tropieza contra este límite, y tiende á hacer disminuir los gastos de producción, cuando el acrecentamiento de la demanda se manifiesta y provoca la invención.»

Hay otro elemento que, en nuestro concepto, M. Neumann no ha tenido en cuenta suficientemente: la facilidad y la rapidez de las vías de comunicación. Provoca esta la producción en los parajes hasta entonces casi abandonados, creando la salida de productos, pero produce también una elevación local de los precios, igualando las condiciones de la vida en un vasto territorio. Sin este concurso nuevo, la existencia en los centros de población, ya más difícil, sería imposible y faltaría base al aumento rápido de la población urbana. ¿Y qué diremos del cambio ocurrido en la manera de vivir, del refinamiento y del lujo que reemplazan la antigua sencillez de costumbres?

Cada cual consume hoy más que antes, y quiere vivir mejor. Los datos de las aduanas de cada nación y los de la producción interior, atestiguan este nuevo estado de cosas. Inglaterra ofrece en este punto curioso asunto de estudio, y presenta con rasgos salientes los resultados del acrecentamiento de los cambios en el mundo entero. La extensión del comercio camina con paso más rápido que la población. Así, pues, la parte que por término medio se adquiere para el consumo, aumenta al mismo tiempo que mejora la calidad de los objetos. La importación presenta una diferencia enorme por cabeza desde hace treinta años. Hé aquí las cifras que corresponden á 1840, frente á frente de las de 1872 y 1873:

	1840.	1872.	1873.
Tocino y jamon.....	0,01 libra.	5,44 libra.	9,07
Manteca.....	1,05 —	5,90 —	4,59
Queso.....	0,92 —	5,63 —	4,69
Huevos.....	5,65 pieza.	16,63 —	20,56
Patatas.....	0,01 libra.	21,06 —	26,17
Arroz.....	0,90 —	13,70 —	11,57
Cacao.....	0,08 —	0,24 —	0,26
Té.....	1,22 —	4,01 —	4,11
Azúcar.....	15,20 —	{ 41,18 sin refinar.	43,96
		{ 6,19 refinada.	7,63
Trigo y harina (1850)....	60 —	162,86 —	170,79

El consumo adelanta á la producción: está es una causa permanente de encarecimiento para los ar-

tículos alimenticios, cuando la suma producida por el trabajo de cada uno aumenta y proporciona los medios necesarios á la extensión de la demanda.

El progreso agrícola es considerable; en Francia, por ejemplo, la cosecha de granos ha duplicado en medio siglo. El comercio libre y la facilidad de los transportes son preciosos auxiliares al mercado; sin embargo, la proporción se inclina cada vez más del lado de la demanda, y la oferta de las sustancias alimenticias se encuentra vencida por las conquistas incansables del trabajo y por sus resultados cada vez más fructuosos. La diferencia entre el precio de los objetos manufacturados y los salarios disminuye al mismo tiempo, en provecho del trabajador.

La gran diferencia entre el tiempo pasado y el tiempo presente, consiste en la amplitud y en la frecuencia de las variaciones repentinas. Ya no visita el hambre á Europa, y los efectos de la carestía son menos crueles, á causa de la multiplicidad y variedad de los objetos que llegan adonde se siente. Una elevación sucesiva de precios pesa mucho menos sobre las poblaciones que los cambios frecuentes; su efecto, repartiéndose en una serie de años, es menos sensible y menos penoso.

El fenómeno de la carestía se produce especialmente en los grandes centros de población, donde el dinero circula con mayor abundancia y donde el crecimiento rápido del número de habitantes provoca sin cesar una extensión de la demanda.

El pago de nuestra contribución de guerra, circunstancia felizmente excepcional, ha producido en Alemania, y por natural consecuencia, en Austria, un alza rápida de los precios, y causado grave perturbación en la existencia común. A fines de Marzo de 1873 calculaba Soëbeer que la circulación del numerario había acrecido en el imperio alemán en 248 millones de thalers (más de 900 millones de pesetas), es decir, que había sido 40 por 100 mayor que tres años antes. Al mismo tiempo se multiplicaba la emisión de billetes, y la baja súbita del valor monetario determinaba el encarecimiento de todos los medios de existencia, principalmente en las ciudades.

En todas partes el aumento enorme de la población urbana ha alterado los términos de la antigua ecuación de la oferta y de la demanda. Londres contaba á principios de siglo 865.000 habitantes; París, 547.000; Viena, 231.000; Berlín (en 1817), 179.000. En 1830 estas cifras ascendían ya en Londres á 1.472.000, en París á 774.000, en Viena á 317.000. El cambio ha sido más grande desde entonces; en 1872 había en Londres 3.267.000 habitantes; en París, 1.852.000; en Viena (con los arrabales), 911.000; en Berlín, 877.000. La población de Europa ha aumentado desde hace cuarenta años en una tercera parte, y en el mismo tiempo la de

las grandes ciudades ha duplicado y aún triplicado: El precio de la carne, de los huevos, de la manteca, de la caza y del pescado se ha alterado grandemente.

M. Neumann es demasiado imparcial é ilustrado para equivocarse acerca de la naturaleza del remedio á que es preciso recurrir á fin de disminuir la influencia de esta trasformacion; el acudir á los medios artificiales empleados en tiempos antiguos, tales como el fijar oficialmente el precio, los aprovisionamientos públicos y las medidas violentas, han producido bastante mal efecto para que se piense en renovarlos. Se acusa á la libertad de comercio de no haber impedido estos sufrimientos; no posee tal panacea, es verdad; pero sólo ella ha podido hacer frente á las nuevas exigencias y atender á necesidades rápidamente acrecidas. Si el mal se produce aún, no es en las mismas proporciones que ántes y no lleva consigo tan siniestro acompañamiento.

Por donde conviene trabajar es por el lado de la seguridad de las transacciones, de la facilidad de las comunicaciones y de la extension de las relaciones. A medida que la poblacion se aglomera en ciertos puntos, debe extenderse el círculo de aprovisionamiento, que no tardará en abrazar el mundo entero, ensanchando los lazos de la solidaridad humana entrevista por Sully. La necesidad multiplica cada vez más la libre conservacion entre todos los hombres y empleando el lenguaje del gran ministro de Enrique IV, podemos decir «estamos servidos hoy por las comarcas lejanas.» El obstáculo nacia de la dificultad y de la carestia de los trasportes, como de la naturaleza poco duradera de las cualidades propias de los artículos alimenticios; la ciencia ha roto en parte esta traba; la grande industria de conservas alimenticias, el extracto de carne, la leche condensada, han empezado á desempeñar un papel útil para la solucion de uno de los problemas urgentes de nuestra época.

La cuestion de los inquilinatos, tan grave en las ciudades donde la poblacion aumenta, no puede encontrar respuesta sino en la extension de las relaciones. En Lóndres sirve una casa de alojamiento, por término medio, á 8 habitantes; en Berlin á 32; en Paris á 35; en Petersburgo á 52; en Viena á 55. Las diferencias son enormes para los inquilinatos, que absorben hoy, por término medio, en Lóndres la octava parte de la renta de una familia de condicion modesta; en Paris y en Berlin de la quinta á la cuarta, y en Viena de la cuarta á la tercera. La cuestion de habitaciones (Wohnungsnoth) ha llegado á ser allí capital.

Pero en ella, como en la cuestion general del mercado y de su aprovisionamiento, M. Neumann no se deja arrastrar por la corriente que impulsa á

otros muchos escritores, de los que, al lado de allá del Rhin, se ocupan de estos graves asuntos, es decir, de invocar sin cesar los auxilios del poderoso, la intervencion del Gobierno. No es tampoco de los que se muestran dispuestos á negar la accion de una administracion ilustrada y la influencia del Estado, pero considera mucho más eficaces el esfuerzo individual y la actividad personal, ayudados por el desarrollo de las luces.

En suma, no estamos ni tan desarmados ni tan impotentes como en los siglos XVI y XVII para combatir una carestia creciente y real. No tenemos que prescribir la limitacion del consumo ni dictar leyes suntuarias. Á la libertad es á quien tenemos que apelar, y el verdadero regulador del consumo se encuentra en el movimiento natural de los precios. El papel del Estado consiste principalmente en apartar los obstáculos y en aprovechar la enseñanza producida por las antiguas faltas. La elevacion de los gastos para los objetos de primera necesidad, instruye y dirige por mejor via á los que trabajan para hacer frente á ella. Tales son las conclusiones generales del trabajo de M. Neumann: merecen fijar la atencion y parecen propias para disipar muchas prevenciones y evitar medidas intempestivas, propias de la antigua politica comercial.

L. WOŁOWSKI.

Del Instituto de Francia.

*(Seances et travaux de la Académie
des sciences morales et politiques.)*

LOS GRANDES LAGOS DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL.

Entre la isla de Terranova y la Florida se extienden las costas de la América septentrional de Nordeste á Sudoeste. La inmensa isla cierra el golfo donde vierte sus aguas el rio San Lorenzo, cuya direccion es paralela á la de la costa; y es probable que el fenómeno geológico que ha dado nacimiento al valle que surca esta corriente de agua, sea el mismo que el que ha delineado las costas y determinado el último relieve. El San Lorenzo es emisario de un lago de forma eliptica, al que sigue otro casi semejante, y el eje mayor de ambos lagos se encuentra en la prolongacion del rio. Subiendo hácia el Norte se encuentran otros tres lagos reunidos en forma de trébol y mucho más grandes que los dos primeros. Estos diversos lagos se llaman Ontario, Erié, Huron, Superior y Michigan, y se comunican por medio de desaguaderos naturales, cuya inclinacion es con frecuencia considerable. De este modo el lago Superior se une al lago Huron por el salto Santa Maria, y el lago Erié al lago Ontario por

la cascada del Niágara. El río San Lorenzo arrastra al mar todo el volúmen de aguas de los lagos que son su única fuente. En conjunto forman estos lagos un espacioso mar interior, la mayor masa de agua dulce que se conoce. Los Estados Unidos y el Canadá han reivindicado justamente cada cual por su parte la vigilancia de cuanto concierne á la hidrografía, á la navegacion, á la creacion y mantenimiento de los puertos, canales, faros, etc.

La legislacion en esta cadena de lagos, como se le llama empleando una acertada metáfora, es igual á la que se aplica en el Océano, porque, en efecto, forman un pequeño Océano en medio de las tierras, un verdadero Mediterráneo. Durante el verano surcan sus aguas numerosos buques de vela y de vapor, y en el invierno están helados como los de todas las comarcas septentrionales. En sus orillas hay ciudades de comercio muy prósperas, cuya poblacion aumenta diariamente: Búffalo, Erié, Cleveland, Toledo, en la márgen americana del lago Erié; Detroit, junto al río que une el lago Huron al lago Erié; Chicago y Milwaukee, en la orilla occidental del lago Michigan; Toronto y Kingston, en la orilla canadiense del lago Ontario, y Oswego, junto á la otra orilla. A su vez el San Lorenzo presenta con orgullo á Montreal sobre una de sus islas, y á Quebec en su márgen izquierda.

El eje mayor de los cuatro primeros lagos, la línea que los corta por mitad en el sentido de su longitud, marca el límite que separa los Estados Unidos del Dominion ó provincias inglesas del Canadá. El lago Michigan está fuera de esta línea y dentro por completo del territorio de los Estados Unidos. El San Lorenzo pertenece casi por completo al Canadá. La distancia entre la embocadura del río y el fondo del lago Superior ó la extremidad meridional del lago Michigan, es de 4.000 kilómetros. Esta distancia que, sin necesidad de traspordo, recorren buques de muchas toneladas y que es igual á cuatro veces la anchura de Francia desde el Havre á Marsella, es una de las líneas más largas de navegacion interior, y sobre todo la más animada. La altitud de los lagos decrece á partir del lago Superior, cuyo nivel es de unos 190 metros sobre el Atlántico; el lago Ontario sólo tiene 70 metros. Esta diferencia de nivel forma corrientes rápidas y cascadas, de las que la del Niágara tiene 50 metros de altura. Lo mismo en el San Lorenzo que en los lagos, las corrientes rápidas y los saltos de agua se evitan por medio de canales, con esclusas abiertas lateralmente. La profundidad de los lagos es variable: la del Michigan llega á 300 metros, y todos ellos cubren una superficie de terreno de más de 23 millones de hectáreas, la mitad de la superficie actual de Francia. El lago Superior es el más extenso de todos y el más grande del globo. Tiene

200 leguas de largo y 35 de ancho. El área de los lagos disminuye á medida que se descende de uno á otro.

I.

LOS PRIMEROS EXPLORADORES.

A principios del siglo XVII, cuando Francia colonizaba el Canadá, los grandes lagos de la América del Norte eran tan desconocidos para los geógrafos como hasta hace poco tiempo los del África central. Los tramperos y atrevidos negociantes que penetraban, con peligro de su vida, hasta las más lejanas soledades á cazar animales de pieles y á cambiar objetos con los indios, fueron los descubridores de estas inmensas masas de agua. En sus largas veladas dentro de las chozas de ramas, habían oído hablar á los guerreros chippeways de las maravillas del *Messepi*, el «padre de los rios,» en cuyas márgenes habitaban los Dakotas ó Sioux, eternos enemigos de la antigua nacion algonquina á que pertenecian los chippeways. Algunos de éstos aventureros se habían casado con indias, gracias á la escasez ó falta absoluta de mujeres blancas en aquellos parajes, y sus hijos, llamados *troncos quemados*, á causa del color de su piel, les secundaban en sus aventuras. A través del bosque virgen seguía el viajero la senda de los salvajes, ó se ayudaba con el hacha y la brújula para abrir camino y guiarse. Donde había un lago ó corriente de agua, usaban la piragua indígena hecha con corteza de abedul, y cuando no era posible la navegacion por una causa cualquiera, cargaban sobre sus espaldas la débil embarcacion hasta el sitio donde podian de nuevo botarla al agua y bogar sin grandes riesgos. El espacio recorrido á pié de este modo, se llamaba un *portaje*. Indios pertenecientes á las tribus, que fueron siempre aliadas de Francia, las de los Hurons, de los Montagnais, de los Otawas, de los Chippeways, acompañaban á los tramperos en sus expediciones, sirviéndoles de avanzadas y de guías, ayudándoles en la caza de los animales de pieles y dirigiendo y remando en las piraguas. Desconociendo el uso de la moneda metálica, recibían por precio de sus servicios un arcabuz viejo, una botella de aguardiente, un hacha, que la empleaban como herramienta en el bosque y como arma en el combate, ó un caldero de cobre, que colocaban triunfalmente por encima del hogar del *wigwam*.

En esta marcha por ignotas regiones, el primer lago descubierto por los expedicionarios de Nueva Francia fué el Ontario y despues el Huron, á cuyas orillas llegó en 1615 el enérgico explorador Champlain, que acababa de fundar á Quebec. Los terribles iroqueses, agrupados en poderosa confederacion, que comprendia entónces cinco naciones y más tarde debia comprender seis, defendían inexo-

rablemente las inmediaciones de la cascada del Niágara y del lago Erié. Creían, sin embargo, los franceses que debía existir una comunicacion entre estos lagos ya conocidos y el Pacifico, y buscaban por aquel lado el camino hácia la China, el Japon y el imperio del Cathay. Tratábase de encontrar el famoso paso del Oeste, cuya empresa no se ha abandonado hasta nuestros días, cuando el infortunado capitán Franklin, ó más bien sus atrevidos sucesores, descubrieron por fin al Norte la anhelada comunicacion, pero demostrando al mismo tiempo que era inprovechable para el comercio.

La colonizacion de los franceses en el Canadá, á la vez comercial, militar y religiosa, la habian hecho negociantes, soldados y misioneros, faltando casi por completo el verdadero colono, el agricultor. Traspasando el limite á que habia llegado Champlain, los negociantes fueron los primeros en saludar el lago Michigan desde el año 1620. Poco tiempo despues el canadiense Nicollet, avanzando hácia el Oeste, llegaba al Mississipi; pero el principal objeto de estos valerosos expedicionarios no eran las conquistas geográficas, sino la caza y el tráfico de peletería. Cualquiera descubrimiento que hiciesen, tenian interes en ocultarlo. Los soldados acantonados en una linea de fuertes, contra los indios hostiles, necesitaban cuidar más bien de su defensa que de extender á lo léjos el campo de sus excursiones. No sucedía lo mismo con los misioneros. Primero aparecieron los franciscanos, despues los jesuitas, llegados al Canadá en 1625, y que sin duda buscaban allí una compensacion á la pérdida del Japon que acababan de sufrir. Procurando una cosa ilusoria, la conversion de los indios, contribuyeron en gran parte á la extension de las colonias de Francia y á la verdadera comunicacion de las posesiones del San Lorenzo con las del Mississipi, del Canadá con la Luisiana. Así dieron á su patria, sin disparar un tiro, una de las más bellas posesiones de ultramar que jamás tuvo nacion alguna y que Francia no ha sabido conservar.

Los primeros misioneros jesuitas, cuyos nombres se citan al hablar del descubrimiento y exploracion de los grandes lagos, son los Padres Raimbault y Jogues, que en 1641, bajo los auspicios del conde de Frontenac, Gobernador general entónces de Nueva Francia, fundaron la mision de Santa María, á inmediaciones de las corrientes rápidas de este nombre. Partiendo de Montreal detrás de los tramperos, subieron por «el rio de los Oltawas,» y llegaron á la bahía de San Jorge, en el lago Huron; continuando su navegacion en una canoa de corteza, dirigida por indios, arribaron, despues de diez y siete dias de travesia, á una aldea de Chippeways, ocupados en la pesca del «pez blanco,» en las corrientes rápidas. Recibiéronles los jefes cordialmente

y les invitaron á permanecer con ellos. «Sereis para nosotros hermanos, les decian, y escucharemos vuestros discursos.» Al mismo tiempo les hicieron comprender que habia hácia el Oeste otro lago mucho más grande, el que fué llamado despues Lago Superior. Más allá se encontraban las extensas llanuras donde el bisonte, el castor y el gamo vivian en libertad, llanuras recorridas por la belicosa y cruel nacion de los Dakotas, que estaban en hostilidad permanente con los Chippeways. De vuelta en Quebec, murió Raimbault en 1642, á consecuencia de las fatigas y de las privaciones de su último viaje, y Jogues intentó volver solo á la mision que con él habia fundado en el salto de Santa María, queriendo volver á ver á sus *saltadores*, nombre que habian dado á los indios establecidos en las inmediaciones de aquellas rápidas corrientes. En vez de seguir los senderos conocidos, tomó Jogues el camino del San Lorenzo. Á orillas del lago Erié fué cogido por los Mohawks, que formaban parte de la confederacion Iroquesa, y vió morir, quemados vivos, á los Hurones que le escoltaban. Pudo librarse de tener el mismo fin, gracias al rescate que generosamente pagaron por él los holandeses, quienes colonizaban entónces la parte superior del valle del Hudson, en las inmediaciones de Fuerte Orange, llamado despues Albany.

Diez y ocho años despues de la muerte de Raimbault y de haberse librado milagrosamente Jogues, otro jesuita, el Padre Mesnard, partió de la casa provincial de Quebec, llegó al Salto, entró en el Lago Superior, siguió á lo largo de la ribera meridional, descubrió la bahía y la península de Keweenaw y murió en 1661 al querer franquear el paso del Sud de esta península. El Padre Allouez siguió la ruta de Mesnard. En 1666 entró en el Lago Superior, atravesó felizmente el portaje de Keweenaw, y desde allí, costeando la orilla meridional del lago, llegó á las islas de los Apóstoles y á la punta del Espiritu Santo, donde estableció una mision en la extremidad occidental del Lago Superior, que llamó «Fondo del Lago.» Allí encontró á los Siux, que le confirmaron la existencia del gran rio *Messepi*, reconocido ya por el trampero Nicollet, y en cuyas orillas pululaban los castores.

El camino del Lago Superior estaba ya abierto. En 1668 los Padres Dablon y Marquette hicieron el mapa de todas las regiones que acababan de ser exploradas. Al poco tiempo, el Padre Dablon volvió á Quebec, por haber sido nombrado Director de la Casa provincial que allí tenia la Orden, y Allouez volvió á los lagos. Habia llegado el momento de que Francia tomase solemne posesion de los descubrimientos que acababa de hacer. En 1671 se verificó ante inmenso concurso de tribus de todas partes llamadas, una ceremonia imponente en el salto de

Santa María. M. de Saint-Lusson, delegado por el Gobernador del Canadá, mandó clavar una cruz sobre la colina que dominaba la aldea de los Chipeways, y al lado, en un poste de cedro, se clavó el escudo de Francia. La cruz fué bendecida con todo el ceremonial que para tales casos se usa. Cantáronse himnos, se rogó por el Rey y se hicieron descargas de mosquetería. Al terminar la solemnidad, el Padre Allouez pronunció á los pieles-rojas un sermón lleno de imágenes que el intérprete, un viejo negociante canadiense, «un tronco quemado,» les tradujo frase por frase. En este sermón se celebraba extraordinariamente el poder y la gloria del gran jefe, que reinaba al otro lado de los mares, y cuyos *sachems* presentes eran en adelante vasallos. Este discurso causó viva impresión á los indios, que dejaron á Francia proclamarse señora de todo aquel país.

Faltaba aún llegar y explorar el Mississippi, gloria que debía corresponder al Padre Marquette. En 1673 llegó al gran río por el Oeste, partiendo del lago Michigan, como lo había hecho antes Nicollet. Acompañábanle un habitante de Quebec, llamado Jolliet, y algunos salvajes fieles. Juntos descendieron por el río en canoa más de quinientas leguas, á partir del confluente del Wisconsin hasta el de Arcansas. Rechazados allí por los indígenas y seguros de que el río vertía sus aguas en el golfo de Méjico y no en el Pacífico, como habían creído en un principio, volvieron atrás. Era este el mismo río que en 1541 el español Soto, en busca de la misteriosa fuente de Juventud que decían encontrarse en América, había descubierto y subido hasta cerca del punto donde los dos intrépidos exploradores se detuvieron. Volvieron éstos al lago Michigan por el río de los Illinois, y llegaron al sitio donde hoy está Chicago, nombre que se lee en su mapa. Jolliet partió para Quebec, donde fué recibido con repique de campanas, pero Marquette permaneció en aquel sitio para catequizar á los Miamios. El 18 de Mayo de 1675 se dirigía á la misión de San Ignacio, establecida en el punto donde el lago Michigan, entonces lago de los Illinois, se une al lago Huron, cuando le acometió súbitamente la muerte. Poco tiempo después también moría en medio de los Miamios el Padre Allouez. Había contribuido á formar el mapa del Lago Superior, y fué el primero en observar que este lago tenía la forma de un arco, cuya ribera meridional formaba la cuerda, y la península de Keweenaw la flecha. Este mapa, notablemente exacto, fué grabado en París, 1672: en una de las esquinas superiores, á la derecha, están grabadas, en doble escudo rodeado de los collares de San Miguel y del Espíritu Santo y bajo la corona real, las armas de Francia y de Navarra.

Una serie de exploraciones tan valerosamente

emprendidas, no podían abandonarse. En 1678 el Padre Hennepin llegaba á la cascada del Niágara, y algún tiempo después subía hasta las fuentes del Mississippi. En 1682, un ruenes, M. Cavelier de La Salle, que fué el primero en descubrir el Ohio doce años antes, llegaba al Mississippi por el río de los Illinois y bajaba por la caudalosa corriente hasta su desembocadura. Á la vista del golfo de Méjico tomó solemnemente posesión, en nombre del rey de Francia, de todo el valle del Mississippi y de sus afluentes, bautizando á este valle con el nombre general de Luisiana, en honor de Luis XIV, y extendiendo esta región, por ignorancia de la geografía, hasta el Oregon, en las orillas del Océano Pacífico.

La Salle no debía volver á ver el Canadá. Aficionado á las aventuras, permaneció en aquellos parajes, y acababa de descubrir y de explorar á Texas cuando fué asesinado por los que le acompañaban sobre el Mississippi en 1688. El Padre Hennepin, que acompañaba á la expedición como historiógrafo, volvió solo á Quebec. Los tiempos heroicos de las exploraciones habían acabado. Los viajeros que siguieron, entre ellos el barón de la Hontan, especie de aventurero que publicó la relación de sus viajes en Holanda y terminó sus días en Portugal, y el Padre Charlevoix, que visitó la región de los lagos en 1721, nada nuevo nos enseñan ni adelantan á lo que dijeron los primeros Padres jesuitas, verdaderos descubridores de los grandes lagos y del Mississippi. Pronto llegaron los malos días. La guerra de los siete años, que hizo luchar á Francia con Inglaterra y que fué tan fatal á la primera, tuvo eco en América, si no es que tuvo allí su origen. En 1763, por el tratado de París, Luis XV cedió el Canadá y los grandes lagos á Inglaterra. Francia perdió aquellas provincias que sólo hasta entonces habían recorrido sus valerosos hijos, y donde durante cerca de dos siglos y medio, desde Santiago Cartier (1535), hasta el marqués de Montcalm (1760), había ondeado la bandera de las flores de lis. Para colmar la medida, el primer cónsul, en 1803, vendió á los Estados-Unidos la Luisiana por algunas decenas de millones, y desde entonces la influencia francesa se eclipsó en el continente de la América del Norte.

II.

EL VIAJE POR LOS LAGOS.

Antes del extraordinario desarrollo que han tomado los ferro-carriles en los Estados Unidos, una de las distracciones favoritas para la sociedad americana y la canadiense era hacer un viaje á los grandes lagos y al río San Lorenzo. Aun hoy día no es raro encontrar en aquellos parajes vapores durante el verano, llenos de personas que hacen este viaje de recreo. Organizanse expediciones con tal objeto,

y las jóvenes y bulliciosas *misses* parten en grupos, de Búffalo, de Cleveland, de Chicago, para visitar á Montreal y á Quebec. Estos alegres enjambres respiran aquella vivificante atmósfera; cruzan aquellos mares de agua dulce, tranquilos y transparentes como la superficie de un espejo. Antiguamente los *steamers* festejaban á sus numerosos pasajeros, estaban lujosamente adornados, y podían compararse por la comodidad á los del Hudson y el Mississipi.

Hoy, ante la concurrencia del ferro-carril, han desaparecido todas las comodidades, quedando sólo lo indispensable; en la línea que va del Niágara á Montreal y Quebec, hasta lo necesario escasea. La velocidad no es tan rápida, y algunos echan de ménos el tiempo en que dos vapores partían juntos compitiendo en rapidez. Nadie se cuidaba entonces de la existencia de los pasajeros, y peor para aquellos cuyo vapor estallaba por forzar la máquina, á fin de que un rival no le adelantase. La leyenda conserva las conmovedoras peripecias de una de esas *steeple-chases* acuáticas. Habiendo quedado el capitán de un vapor todo el carbon que llevaba; mandó echar en las calderas todos los muebles de á bordo; las sillas, las mesas y hasta los pianos ardian, lamiendo con sus largas y azuladas llamas el fondo del generador. Viendo el capitán del buque que el exceso de presión de vapor levantaba las válvulas de seguridad, se sentó valerosamente sobre ellas para impedirles funcionar; aplaudiéndole frenéticamente los pasajeros, muchos de los cuales habían apostado sobre el resultado de la lucha. Añade la leyenda que el capitán Fastman, héroe de esta aventura, llegó el primero, dejando lejos tras sí á su concurrente aburrido. Lo cierto es que tales locuras ocasionaron más de un desastre; las calderas estallaban, y los buques volaban en pedazos, yendo á sepultarse con los pasajeros en las olas. Nadie podía salvarse á nado en aquellos inmensos lagos de infinito horizonte, parecido al del mar.

Aunque se navegara cerca de la orilla, las aguas eran tan frías, aún en el verano, que sólo podía sufrir su impresión durante algunos minutos, y los calambres, la contracción súbita de los miembros, acababan pronto con la energía de los más intrépidos nadadores. De aquí una serie de lamentables accidentes, que no impedían ni por un momento la temeridad de los anglo-americanos, pero cuyas fechas y detalles se conservan como los de un triste martirologio.

A los peligros de explosiones se añaden los de tropezar en medio de las nieblas con otros buques, con los escollos ó con los bancos de hielo, que á veces cogen á los buques súbitamente en el invierno. Necesitanse precauciones minuciosas y la habilidad de un marino experimentado para evitar estos

peligros, y no hacemos mención de los huracanes que barren en determinadas épocas estas inmensas sabanas de agua, arrojando los buques á la costa, ni de las borrascas de nieve. Los viajeros en los Estados Unidos no reparan en tales cosas, y los hay que prefieren, sobre todo en el verano, la vía de los lagos al ferro-carril. Cuando se embarcan numerosos y alegres viajeros, se baila sobre cubierta á la luz de la luna, se canta, se toca el piano, se charla, sin cuidarse del tiempo, y las jóvenes son libremente cortejadas; la *flirtation* reina á bordo con completa independencia, y para muchos es una especie de ensueño de felicidad realizado un momento sobre el tranquilo cristal de los aguas, que ninguna brisa agita. Cuesta trabajo apartarse de tantos encantos, y hay quien no duerme por no abandonarlos.

Cuando pasa la noche y llega el día, sólo se ve en el lejano horizonte la inmensa llanura líquida, sin límites, como si estuviera en el Océano. En algunos momentos engaña al viajero el miraje debido á la refracción del aire por la diferencia de temperatura entre la atmósfera y la fría superficie de los lagos; ya cree ver un buque pasando á lo lejos, con sus velas desplegadas, ó bien el relieve de las costas ó colinas cubiertas de pinos ó de césped, cuando el buque no está al alcance de la vista y las costas mucho más lejos. La aparición de este curioso fenómeno, y de vez en cuando la de la verdadera costa desplegándose, como en Rocas Pintadas, en el Lago Superior, las pintorescas formas del terreno, son los únicos espectáculos de que se goza en el buque, añadiendo la travesía por los estrechos, en Santa María, en Saint Clair, ó en las mil islas, y las corrientes rápidas en la peligrosa bajada sobre San Lorenzo. Exceptuando estos momentos pasajeros de distracción y de emoción, la travesía es monótona, como la de los largos viajes por mar. La noche sobreviene, y entonces se ve cómo la mayoría aprovecha las horas llenas de encanto en que se navega á la oscuridad.

La cuestión de la comida á bordo de todo buque es asunto de la mayor importancia. La mesa en estos viajes se sirve á la americana, es decir, que no es buena, pero sí frecuente, sirviéndose á cada cual su parte en platos pequeños, y todo á la vez. No se cambia de plato, y el mantel y las servilletas se quedan á veces en el aparador. Un pedazo de carne dura y fría, una rodaja de pescado que se condimenta mal, una pobre legumbre cocida y un pedazo de pastel indigesto forman la comida. Las reclamaciones son inútiles, y los americanos no las hacen. A manera de consuelo, pretenden insidiosamente que el capitán y el encargado de la comida están confabulados, y se indemnizan con un habano y vaso de *brandi* de esta comida de cenobi-

ta, acompañada de agua helada, según costumbre, y á veces de un poco de té ó de café.

Es frecuente que el mismo vapor vaya de la extremidad del lago Superior á la del lago Erié, de Duluth á Buffalo, cuya travesía dura más de una semana, por las numerosas escalas que se hacen. En ferro-carril sólo se tardan dos ó tres días, pero sufriendo grandes fatigas en el verano. Para ir de Montreal á Quebec se toman otros vapores más allá de la catarata del Niágara; estos vapores hacen servicio en el lago Ontario y en el San Lorenzo. Empezando por la extremidad del lago Superior, encontramos dos ciudades próximas, Superior-City y Duluth; ambas han sido célebres. La ciudad del Superior soñaba en 1854 nada ménos que con destruir á Chicago, pareciendo que allí era verdaderamente donde debían reunirse todas las cosechas del Noroeste, del Minnesota, del Wisconsin, y que esta ciudad improvisada iba en seguida á dar salida á tales tesoros por los lagos en todos los Estados del Este. Los americanos, que con frecuencia se precipitan, no tuvieron en cuenta que la ciudad del Superior carecía de campos cultivados y hasta de vía férrea, y la pobre ciudad ha pasado como pasan las cosas concebidas pronto; y los aventureros que acudieron allí para hacer fortuna, partieron arruinados, sacando sólo algún provecho los especuladores de terrenos, que vendieron á precio de oro á los sencillos recién llegados los *lotes* y las *acciones* que habían adquirido por casi nada.

Posteriormente ha sido casi igual la suerte de Duluth. Esta ciudad está situada poco más allá de la ciudad del Superior, á la extremidad occidental del lago. Cuando se determinó el punto de partida del ferro-carril del Nord-Pacífico y se sentaron los primeros rails de esta inmensa línea que debía unir Duluth con Portland, el Minnesota con el Oregon, pareció hasta á las personas sensatas de Nueva-York que en Duluth estaba el embrión de una ciudad destinada á asombrar al mundo. Se edificaron en la nueva ciudad inmensos graneros automáticos para recibir, manipular y distribuir todo el grano producido por esta parte de los Estados del extremo Noroeste.

Los terrenos en construcción adquirieron enormes valores, y cada cual quiso poseer un lote en Duluth. Las acciones del Nord-Pacífico llegaron á precios inesperados, y llegó un día en que todo esto desapareció como el humo. Los banqueros que estaban al frente de este negocio en la calle Wall, en Nueva-York, hicieron una quiebra formidable (Setiembre de 1873), que produjo otras muchas y ocasionó una crisis financiera sin igual hasta entonces.

Volvamos á los lagos. Saliendo de Duluth y marchando hácia el Este, saludamos las islas de los Apóstoles, donde se encuentra la misión de la Punta

fundada en 1666, por los padres jesuitas de Nueva Francia, después la bahía de Chaquamegon, la de Ontonagon, donde están las minas de cobre y de plata nativa, justamente reputadas, y la península de Keweenaw, no ménos rica en minas de cobre. Allí está el famoso portaje, que recientemente se ha puesto en comunicación con el lago; el istmo está cortado, y en la actualidad la península de Keweenaw rodeada completamente de agua. Este canal, casi completamente hecho por la naturaleza, evita á los buques doblar una punta muy avanzada. Mas allá está la Isla Real, frente á Keweenaw, y toda la costa canadiense con sus minas de plata y de cobre, una de las cuales, la de Silver-Islet, se explota bajo el nivel del agua.

El vapor sigue la costa americana. Encuéntrase allí el Asa, frecuentado por Chippeways vagabundos y merodeadores, cuyas mujeres van al bosque á recoger mirtilos que venden á los blancos. El Asa, con sus dos misiones ocultas en medio de los árboles, una católica y otra protestante, que se miran de una á otra orilla, con su animado puerto, con sus calles nacientes, donde se ven ya almacenes y hoteles, aparece como un oasis en aquellas riberas casi desiertas. Este punto y Santa María, fueron largo tiempo residencias favoritas del padre Varaga, que era un príncipe austriaco, retirado del mundo y nombrado por el Papa vicario apostólico en aquellas regiones. Amigo y venerado por los indios, consagró á convertirlos y á civilizarlos toda su fortuna, que era considerable. No hay para qué decir que los resultados no recompensaron sus esfuerzos, y que los indios se alejaron cuando al buen padre le faltó el dinero. Ha muerto hace algunos años, sin que quede rastro alguno de su empresa, y lo mismo sucede, por desgracia, en todos los puntos donde se trata de catequizar á los salvajes.

Cuando desaparece el Asa á nuestra vista, aparece Marquette con sus minas de hierro, las más ricas del globo, y Rocas Pintadas, *Pictured-Rocks*, especie de asperones abigarrados y recortados que imitan fantásticos paisajes. Este punto no está lejos del salto Santa María. En los tiempos antediluvianos hubo allí heleras que han dejado rastros en las rocas exteriores pulimentadas, extriadas, acanaladas, como en tantos otros países. El inolvidable Agassiz y M. Desor, uno de sus más fieles discípulos, que desde hace largo tiempo reside en Europa, han estudiado sucesivamente estos peñascos erráticos, estas morenas, estos lodos glaciales que recuerdan los de Suiza.

Se pasa el salto Santa María por un canal con esclusa, que abrió una compañía en 1855, por lo cual recibió, en cambio, del gobierno federal una importante concesión de terrenos. En otras partes se espera la fundación de pueblos para trazar canales y

construir ferro-carriles; en estos parajes se hacen primero grandes obras públicas para producir la fundación de pueblos, imitando en cierto modo el procedimiento de la naturaleza, que parece haber indicado de antemano hacia las desembocaduras de los caudalosos ríos, en sus fértiles riberas, ó en los recodos más abrigados de su curso, el sitio de los centros más populosos y de las futuras capitales.

Las corrientes rápidas, donde llegamos, forman un plano líquido inclinado, de unos 1.200 metros de largo y otro tanto de ancho, uniendo una diferencia de nivel de seis metros. Es una pendiente de cinco por 1.000, diez veces mayor que la de los ríos más rápidos. Los indios en su piragua de corteza, la única capaz de resistir, tienen la audacia de arriesgarse en este precipicio. Aquel sitio está sembrado de escollos, y con frecuencia sólo puede adivinarse la roca subyacente por la espuma y los remolinos del agua. Para subir, se ayuda el salvaje con el bichero, y para bajar emplea el timón, pero se necesita para atravesar este peligroso paso, una costumbre, una seguridad de golpe de vista, un valor y una sangre fría, cuyo privilegio han tenido sólo hasta ahora los indios. La piragua está hecha con cortezas de abedul, unidas por medio de correas que se sacan del mismo árbol. Para calafatear las juntas, emplean una materia resinosa. El armazón de la piragua está formado con tablas. Caben en ella cuatro personas y algunos quintales de provisiones. Esta barca algonquina es la única que resiste á las corrientes rápidas. La corteza se desliza sobre las rocas sin romperse, y la barca es bastante ligera para que en los portajes pueda llevarla fácilmente un hombre, cargándosela á la espalda. Los iroqueses, que sólo navegan en los lagos unidos, hacen con troncos de árboles sus piraguas, cuyo tipo se conserva y hemos tenido ocasión de ver recientemente en un pequeño lago al Norte de Pensylvania. Las embarcaciones de los polinesios y de los malgachos son también de esta forma.

En el salto de Santa María es donde los chippeways han permanecido y donde siempre han tenido una aldea, cuyos habitantes se dedican especialmente á la pesca del pez blanco, el *white fish* (el *coregonus albus* de Cuvier) que tiene justo renombre. De todos los peces conocidos, es el de carne más compacta, más sabrosa, más blanca y sin espinas. Posee todas las cualidades, y ninguno de los defectos del salmon, del cual es algo pariente, y no sería seguramente este manjar el que las criadas pondrían por condición en su contrato, como sucede en Escocia, que no se les dé más de tres días por semana. Todos los viajeros elogian este huésped de los lagos, este miembro ilustre de la familia de los peces, sin rival para los gastrónomos. Durante ocho meses de cada año, los indios

y los tramperos del Norte no tienen otro alimento.

Al salir del río de Santa María, sembrado de pintorescas islas, se entra en el lago Huron. Desde este punto, se cuentan 400 millas para ir á Chicago por el lago Michigan. Penetrando en éste al través de la garganta que lo pone en comunicación con el lago Huron, se saluda á la izquierda á Mackinaw, llamada el Gibraltar de los lagos, y delante de Mackinaw, la antigua misión de San Ignacio. Entrase en seguida en pleno lago, é íbamos á decir en plena mar. Hé aquí el golfo de los grandes contornos *Green Bay*, la Bahía-Verde de donde los primeros exploradores franceses partieron para el Mississipi. Más al Sur, en la misma orilla, está uno de los principales puertos del lago Michigan, donde tocan todos los vapores; este puerto se llama Milwaukee, y es la metrópoli del estado de Wisconsin. Llámase la ciudad de la Crema, *Cream-City*, á causa del color de los ladrillos con que está construida. Cada ciudad americana tiene un apodo, y Milwaukee, ostenta orgullosamente el suyo, que muchos extranjeros atribuyen á la leche de sus vacas. Esta ciudad, casi recién nacida, pues se le otorgó su carta municipal en 1846, cuenta hoy unos 80.000 habitantes. La mitad de la población es alemana, y por tanto, la cerveza de Milwaukee es la más reputada de la Union, fabricándose anualmente doce millones de litros, cuya tercera parte deben los habitantes. Los molinos de harina de Milwaukee son tan famosos como su cerveza, y esta ciudad pretende rivalizar algún día por su comercio de granos con su vecina Chicago, el puesto más importante del lago Michigan. Es probable que Milwaukee se engañe, porque Chicago en 1873, ha sido visitado por 12.000 buques que median tres millones y medio de toneladas, es decir, el doble del movimiento de Marsella, á pesar de que, durante seis meses, los hielos impiden casi por completo, como en el Báltico, toda navegación.

Volvamos al lago Huron. Desde el salto Santa María á Detroit, á la entrada del lago Erié, hay trescientas millas de distancia. En Port-Huron, empieza el río Saint-Clair que conduce al pequeño lago de este nombre, el cual por el río de Detroit, vierte sus aguas en el lago Erié. Mejor que Mackinaw podría llamarse á Port-Huron el Gibraltar de los lagos. Todos los buques que van á los lagos Huron, Michigan ó Superior, pasan por allí. En 1873, pasaron treinta y siete mil, que median diez millones de toneladas, entre ellos más de quince mil vapores: la tercera parte del número de estos buques, se dirigía á Chicago. En ninguna época el verdadero Gibraltar, la llave del Mediterráneo, ha contado tales cifras, y aún el istmo de Suez, tardará mucho tiempo en llegar á ellas.

En los estrechos y poco profundos espacios que

unen el lago Saint-Clair á los lagos Huron y Erié, no se navega siempre fácilmente, y el gobierno federal ha tenido que mandar hacer dragados repetidas veces en los dos rios de Saint-Clair y de Detroit. En los pasados tiempos, estos puntos, como los de Mackinaw y Santa María, estaban defendidos por fuertes que hoy se encuentran en ruina. La ciudad de Detroit, que es en la actualidad centro industrial y agrícola de primer orden, fué en un principio una fortaleza que construyó en 1700 por orden del gobernador de Nueva Francia, un segundon de Gascuña, el Sr. de La Mote Cadillac, natural de Castelsarrasin. La sociedad histórica de Michigan que reside en Detroit, capital del Estado, ha hecho buscar recientemente en Francia á los descendientes del bravo explorador. Quería enriquecer con su retrato la sala de sesiones, pero se ha sabido que esta familia se extinguió. Las ciudades americanas profesan verdadero culto á sus orígenes, y las sociedades históricas en ellas fundadas, recogen piadosamente cuanto se refiere á los orígenes no lejanos de dichas ciudades.

Las principales poblaciones del lago Erié, se encuentran en la orilla y sobre terrazas naturales. Son Toledo, Cleveland, Erié y Buffalo, y todas tienen gran comercio de ganado y de granos. Creveland y Buffalo ocupan además uno de los primeros rangos entre las ciudades industriales de la Union; ambas presentan con orgullo sus tomas de agua para alimentacion local; la primera en el lago Erié y la segunda en el rio Niágara. Las enormes bombas que extraen el agua y la lanzan á torres ó depósitos de depuracion desde donde se reparten por todos lados donde hay necesidad de ella, bien merecen una visita. Los émbolos de estas gigantes cas máquinas hacen pocos movimientos por minuto, suave y solemnemente, pero levantando cada vez un rio de agua. En Buffalo han abierto atrevidamente pozos en medio del rio Niágara donde empiezan las corrientes rápidas, y fácilmente se comprenderán los obstáculos que ha sido preciso vencer para abrirlos. Del fondo de estos pozos, arranca un túnel que conduce el agua hasta la orilla del rio donde hay otros pozos por los cuales las sacan las bombas. Chicago fué la primera ciudad que construyó un túnel subfluvial, y Buffalo, ribereña del lago Erié, quiso tambien tener el suyo.

Las bombas de alimentacion de la ciudad no son la única maravilla que Buffalo ofrece á la mirada sorprendida del viajero; debemos mencionar tambien el «puente internacional» todo de hierro y enrejado, de tablero horizontal, del tipo de los «pontones americanos.» Tiene más de 1.200 metros de largo, y ha sido colocado sobre el Niágara para el paso de los trenes que tocan en Buffalo y van al Canadá ó viceversa. Apenas hace diez y ocho meses

que terminó esta grandiosa obra, y ántes de que se ejecutara era preciso llegar hasta el famoso puente colgante colocado sobre las cataratas, lo que casi siempre aumentaba inútilmente el camino. Una parte del tablero del puente de Buffalo puede girar alrededor de las pilas que lo soportan, y esto era necesario para que la navegacion no quede interrumpida. Es muy curioso ver con qué facilidad se hace esta delicada maniobra por medio de un cabrestante de vapor. El tablero, como las planchas giratorias de los caminos de hierro, rueda lentamente alrededor de su eje; el puente se abre poco á poco; el buque pasa, y el tablero vuelve á cerrarse. La longitud total de la parte giratoria es de 50 metros. Este gigantesco puente, visto desde las orillas, es muy elegante, ligero y sólido á la vez: lo ha construido una compañía mitad canadiense y mitad americana, y sólo ha costado siete millones y medio de francos. Pasan por él ocho ferro-carriles, y tiene á ambos lados aceras para los peatones.

El rio Niágara, que empieza en Buffalo, conduce á las célebres cataratas. Ya en Buffalo el agua indica por su aspecto agitado las rápidas corrientes próximas. Á unas dos terceras partes del curso del rio que en aquel sitio se divide en dos brazos, hay un salto de 50 metros, por donde el lago Erié se precipita en el lago Ontario. Estas cataratas son las más voluminosas, sino las más altas que se conocen, y la fuerza de las aguas es tal, que bastaría para poner en movimiento todas las ruedas hidráulicas y todas las máquinas que funcionan en el Universo. Cuando se ha invertido algun tiempo mirándolas, el espectáculo fascina y no puede uno apartarse de aquel lugar. El mugido es formidable; el tinte verdoso y trasparente de las olas, la blanquecina espuma que las cubre, en la cual se dibuja en doble corona el arco iris, todo este grandioso espectáculo os retiene inmóvil, produciendo un asombro y una sensacion sin igual. Deben verse tambien las cataratas durante una noche tranquila, cuando la luna ilumina á la tierra. En el invierno el espectáculo es aún más sorprendente. Aquellas inmensas masas de agua se hielan exteriormente por efecto de los grandes frios, y corren invisibles, pero siempre zumbando, bajo un muro cóncavo de hielo que no se liquida hasta principiar la primavera. En el verano, sin embargo, es cuando el Niágara atrae más gente, siendo el punto preferido para los viajes de los recién casados. La fonda de la orilla canadiense es la más frecuentada, y desde sus ventanas se ve la cascada más pintoresca, la de la «Herradura.» El agua que salta convertida en fresco polvo, entra por las ventanas y baña suavemente el rostro, y el edificio no cesa de temblar á impulso de las vibraciones que «el trueno de las aguas» comunica al aire y al suelo circundante. Dura esto toda la eter-

nidad, y si al parecer las casas no sufren, el terreno inmediato está resquebrajado y abierto, y se derrumba sin cesar. El perpetuo rozamiento de las cascadas desgasta también la tierra, y aquellas van retrocediendo de siglo en siglo.

El canal Welland pone en comunicación el río Niágara con el lago Ontario, y un magnífico puente colgante permite pasar los trenes del ferro-carril de una orilla á otra de las cataratas. Este puente fué construido en 1855, y se citaba entonces como el más atrevido y largo; pero los americanos han hecho después otro de mayor importancia. Preciso es, sin embargo, no exagerar el mérito de los audaces constructores de estas obras, pues quizá otros hubieran hecho lo que ellos. La naturaleza de los trabajos públicos depende mucho del medio en que se ejecuta; el hombre se pone voluntariamente á la altura de los obstáculos que hay que franquear, y el ingeniero no conoce dificultades, bien se trate de atravesar el Sena ó el Támesis ó los ríos de América, ó bien taladrar los Alpes, las Montañas Pedregosas ó el Istmo de Suez.

El puente del Niágara tiene dos pisos: el superior para paso de trenes; el inferior para carruajes y peatones. La longitud del puente es de 250 metros; la anchura siete metros y medio, y su altura sobre el nivel del agua 75 metros. Sobre las escarpadas orillas del río se elevan, dos por cada lado, cuatro pilones macizos; cada uno de ellos tiene dos enormes cables de alambre que sostienen los dos pisos del puente, cuyo balance y flexión apenas son sensibles cuando pasa el tren. Esta maravillosa obra sólo ha costado dos millones y medio de francos, y ha reemplazado á la banasta legendaria, en la que primitivamente se pasaba de una orilla á otra sobre una cadena de curva parabólica, por donde el peso propio del viajero hacia bajar hasta la mitad, izando en seguida el aparato por medio de una cabria. Este puente immortalizará el nombre del constructor, el difunto M. Roebling, el mismo que ha proyectado el gran puente del río del Este en Nueva-Yorck, cuyas monumentales pilas se acaban en este momento, y cuyo presupuesto asciende á 40 millones de francos.

Más próximo á las cataratas hay otro puente colgante que vimos empezar á hacer en 1868, y ha sido acabado el año siguiente. Es de un solo piso, y sólo para peatones y carruajes ligeros. La distancia entre las dos torres que sostienen los cables es más considerable que en el primero, siendo de 387 metros. La altura es de 58 metros y medio sobre el nivel de las aguas bajas del río. Este tiene 75 metros de profundidad por aquel punto, ó sean 15 metros más que la profundidad máxima del canal de la Mancha entre Doubres y Calais. La curva del puente es graciosa, y la forma de suspensión de las más elegantes; pero nos parece el piso demasiado

estrecho, pues sólo tiene tres metros de ancho, no permitiendo el paso simultáneo de carruajes, y molestando éstos á los peatones. Además el balance del puente es muy sensible. Debemos decir, sin embargo, que ningún accidente ha ocurrido en él, y que tanto este puente como su hermano mayor ha resistido hasta ahora, no sólo al paso cotidiano de carruajes y hombres, sino también á todos los vendavales, tan comunes en aquel estrecho valle.

Casi al pié de las cataratas del Niágara, y en el punto donde el río vierte sus aguas en el lago Ontario, se toman los vapores que llevan por este último lago, y desde él por el San Lorenzo hasta Montreal y Québec. El ferro-carril conduce desde las cataratas al punto de partida, que se llama también Niágara. En la ribera canadiense se encuentran Toronto y Kingston; en la americana, Oswego. Las tres poblaciones comercian grandemente en trigos y harinas, y los molinos de Oswego rivalizan con los famosos de la próxima ciudad de Rochester, donde se encuentran los mayores graneros del Estado de Nueva-York. Kingston está en el mismo sitio donde los franceses habían construido el fuerte de Frontenac, y Oswego donde estaba el fuerte Ontario. Si nuestros antepasados no supieron conservar la Nueva Francia, supieron al menos colonizar y escoger por asiento de las futuras ciudades los puntos más propicios. En la inmensa línea fronteriza que se extiende entre el San Lorenzo y el Mississipi, y que separaba las posesiones inglesas de las de los franceses, en todos los puntos donde éstos habían fijado el emplazamiento de un fuerte ó de una estación, se ha construido después una ciudad floreciente. Basta citar Kingston, Oswego, Buffalo, Erié, Detroit, Chicago, Pittsburgo, Cincinnati y San Luis. Los franceses fundaron también á Montreal, Québec y Nueva Orleans.

El San Lorenzo es el desagadero, el emisario de todos los lagos. Se entra en él por un dédalo de verdes islas, las Mil Islas; se pasa después por diferentes corrientes rápidas, siendo la última la más peligrosa. Es preciso que suba á bordo un piloto indio para guiar la embarcación por las espumantes é inclinadas aguas, entre dos escollos de rocas que asoman sus picos sobre la corriente. Pásase allí un minuto de verdadera angustia. El sitio se llama *La China*, porque, según se dice, los marineros de Santiago Cartier, los primeros en llegar á aquellos parajes, creyeron descubrir en ellos el camino que conducía á la China, si no era al mismo famoso Cathay. Existe en aquel sitio una aldea de indios semi-civilizados, Iroqueses y Abenakis, que visité un día, y que parecen en camino de olvidar, yendo á la escuela, cantando en la iglesia y manejando el arado, las promesas de los héroes que fueron sus abuelos. Van vestidos á la europea, y sólo en los días so-

lemnes fuman los jefes la pipa larga, entonan el antiguo canto de guerra, se adornan con la pluma de águila, calzan los mocasines, las medias de cuero y se ponen la chupa de pieles adornada con perlas.

Al fin llegamos delante de Montreal, la bonita ciudad con casas de piedra con techos de hoja de lata. ¡Gracias á Dios! El monótono ladrillo rojo desaparece allí y también la lengua inglesa. El cochero bien educado que acude á nosotros, habla un francés bajo normando, anticuado. Así debían expresarse en Normandía en tiempo de Luis XV. El diligente canadiense carga nuestro equipaje sobre el carreton, nos advierte que no olvidemos nuestro abrigo y nos guía á la fonda de Santiago Cartier. Se desearía permanecer largo tiempo entre aquellas amables gentes, que os preguntan con interés noticias de la *vieja Francia*, que consideran como su segunda patria.

Quebec, la antigua capital, dista un par de centenares de millas de Montreal; se va á ella por el rio San Lorenzo ó por el ferro-carril. Los franceses que llegan á aquellas apartadas comarcas miran con emocion la antigua plaza fuerte, situada, como Brest, sobre una roca inexpugnable, y que construyeron atrevidos colonos, compatriotas suyos, hace doscientos sesenta y siete años. Sea en virtud del derecho de mayorazgo, que no defendemos, pero que obligaba á los hijos segundos á expatriarse; sea por otras razones, quizá por las facilidades más grandes ofrecidas á los inmigrantes, es lo cierto que los franceses tenían entonces más aptitud para colonizar que hoy.

Volvamos á los lagos y escojamos el más extenso y más curioso de todos, el Lago Superior, que es también el más lejano, y á cuyo alrededor no se ha extendido aún la civilización.

L. SIMONIN.

(Concluirá.)

(*Revue de Deux Mondes.*)

CRÍTICA LITERARIA.

LOS CUENTOS DE N. HAWTHORNE (1).

Tiene el cuento, entre todos los géneros literarios, títulos muy preferentes á la consideración pública, por lo mismo que, fingiendo modestísimos caracteres, llega en sus enseñanzas á donde no suelen alcanzar otras clases más elevadas de composiciones. El cuento, dirigido á la generalidad, necesita, sin embargo, revestir cualquiera de los

caracteres que hacen interesante su lectura, llamando unas veces á la fantasía, pintando otras las costumbres populares, ya fundándose en los hechos de la historia, ya, por último, utilizando el análisis psicológico y filosófico. Quítese al cuento, sobre todo, el atractivo de la forma, y resultará una composición lánguida é incapaz de despertar el menor interés. A esto se debe que, siendo muchos los autores, así nacionales como extranjeros, que cultivan el género, sean en muy contado número los que conquistan el público aplauso. En un principio, el cuento amoroso alcanzó inmensa boga, y Bocaccio en Italia y Lafontaine en Francia, elevaron en los suyos un monumento á las pasiones excesivamente humanas que fueron objeto de sus cantos; la fantasía alemana encontró luego en Hoffmann un medio de manifestación literaria, y los hermanos Grimm vulgarizaron el cuento, dándole un carácter esencialmente popular. De la fantasía se pasó al análisis, de lo caprichoso á lo extravagante, y Edgard Poe encontró en el desorden de su vida el más poderoso elemento para un género nuevo, que estaba llamado á motivar infinitas imitaciones. En nuestra patria tenemos actualmente felicísimos narradores, bien llamen al sentimiento, como Fernan Caballero; bien simbolicen toda una literatura popular, como Antonio de Trueba; bien dominen el mundo fantástico y penetren en las regiones de lo extravagante, como José Fernandez Bremon.

No es fácil, por lo tanto, excitar la atención pública con un nuevo tomo de cuentos, y al llegar á mis manos los que ha traducido el Sr. Juderías Bender, no puedo menos de preguntarme con justo temor: ¿Responden á algo estos cuentos? ¿Ofrecen alguna novedad?

Afortunadamente para el traductor y los editores, los cuentos á que me refiero no pasarán desapercibidos, como tantas y tan infelices imitaciones de géneros más ó menos acreditados. En los primeros de la colección, se exhibe un género casi nuevo, el género mitológico-burlesco, hábilmente manejado por Hawthorne. No es, como pudiera creerse, el género bufo, dominante en las modernas literaturas, sino la crítica intencionada, inteligente y festiva; la narración pintoresca de sucesos de la mitología pagana, aplicados en sus deducciones á los áridos problemas del presente; una lectura entretenida que, ni hace gala de sus enseñanzas, ni aún siquiera aparenta que tiende á ellas, y que, sin embargo, deja al desnudo preocupaciones de la sabia antigüedad, admitidas en gran número por las sociedades modernas.

He indicado que el género es casi nuevo, y no nuevo del todo, porque en la moderna literatura española hay felicísimas muestras del mismo, escritas por Gonzalez de Tejada, Trueba, y aun no

(1) *Cuentos mitológicos*, traducidos por D. M. J. Bender. Un tomo en 8.º menor, Medina y Navarro, editores, Madrid, 1875.

recuerdo si algun otro; habiendo alimentado el segundo de dichos autores el propósito—de que ignoro si ha desistido,—de coleccionar sus investigaciones poéticas, realizadas en el campo de la mitología. Tan general fué la aceptacion que sus primeros trabajos lograron, que es fácil que muchos de los lectores de estas líneas reciten de memoria la tragedia amorosa de Leandro y Hero, que, si no recuerdo mal, decía así:

I.

Tengo por mentira gorda
Ciertos amores livianos
Que cuentan los aldeanos
De las colinas de Acorda (1);
Pues tal historia de pega
Muestra en su contesto y tono,
Que la fabricó algun mono
Versado en fábula griega,
Haciendo así el muy genizaro
Con intenciones infieles
Tragedias del ponto de Heles,
Tragedias del ponto de zaro;
Y toda duda se obvia
Sobre el plagio de aquel titere,
Con contar *ad pedem littere*
Lo de Leandro y su novia.

II.

Hero, larga de donaire,
Pero cortita de saya,
Bajó una tarde á la playa
Con la pantorrilla al aire;
Leandro, que en la otra orilla
Estaba plantando coles,
Dijo al verla:—«¡Caracoles,
Qué soberbia pantorrilla!»—
Y sin vergüenza ni empacho
Se empezaron á hacer gestos,
La muchacha desde Sestos,
Y desde Abydo el muchacho.
Tal amor creyendo tonto,
Leandro una noche dijo:
—«Vaya, esta noche de fijo
Paso á nado el Helesponto.»—
Y pensando pasar ratos
Muy buenos con su morena,
Pidió á su madre la cena,
Y en seguida ¡al agua, patos!
Pero aunque intentó mil veces,
Salir del golfo salobre,
En el golfo quedó el pobre
Para merienda de peces.

III.

Si no es infiel mi memoria,
Cuenta una historia tudesca,
Que, andando Platon de pesca,
Le refirieron la historia
De aquellos novios bodoques,
Y aquel mismísimo dia

Echó á volar su teoría
De mirame y no me toques;
Por lo que con razon pego
Al muy torpe y muy genizaro
Que atribuye á un fraile de Ízaro
Amores de un pollo griego.

Verdad es que Trueba, en la anterior como en sus demas poesias mitológicas, se ha limitado á temas, que más tienen del epigrama que de la verdadera narracion, y que no ha desarrollado, como pudiera, los infinitos asuntos que pródiga ofrece la idólatra antigüedad: verdad es, igualmente, que otros escritores modernos han atacado al género con tan pueril temor, que no han sabido utilizar los grandes elementos que en sí lleva para agradar al público. Hawthorne, por el contrario, ha comprendido perfectamente el encanto que semejantes narraciones tendrían desde el momento en que se las prestase todo el desarrollo de que son susceptibles, y sus cuentos acreditan tal creencia. En *Los Argonautas* refiere las heróicas empresas de Jason, las pruebas que tuvo que verificar para conseguir el destronamiento del rey de Iolcos, el armamento y expedicion de *El Argos*, la proteccion de Medea al héroe, y finalmente, la conquista del Vellochino de oro, con cuya última hazaña debía recuperar el trono de sus mayores: en *Los Pigmeos* analiza cuidadosa y cómicamente la constitucion de su Estado y las guerras que sostenían con las grullas, la admirable contraposicion de dichos individuos respecto á su amigo y aliado el gigante Anteo, sus mutuas relaciones, la lucha del gigante con Hércules y la venganza que de éste último tratan los pigmeos de tomar, por haber causado la muerte de su amigo: en *El paraiso perdido* reseña el autor la candorosa curiosidad de Pandora, causa de la desdicha de su amigo Epimeteo, y, lo que es más grave, de la humanidad entera, por haber dado suelta á todos los pesares, malas pasiones, cuidados, enfermedades, infamias y malicias, aún cuando para luchar contra tantos enemigos, pudieron contar desde luégo con el apoyo de la esperanza: *El rey Midas* demuestra que las riquezas no constituyen la felicidad, y que el convertir en oro cuando se toca, ántes constituye un horrible tormento que una ventura cierta; y *Las tres manzanas de oro* recuerda una de las más grandes empresas de Hércules. La fábula mitológica ha sido en todos cuidadosamente conservada, si bien prestándola caracteres y detalles que redoblan su interes. Sus personajes llevan, de la manera más posible humanamente, el carácter semidivino que les prestó la crédula antigüedad, y las lecciones que de la accion se desprenden, revisten un concepto moral que favorece notoriamente las narraciones.

Los dos últimos cuentos que encierra la coleccion

(1) Acorda es un punto de la costa de Vizcaya, frente á la isla de Izaro, en la que hubo un convento de frailes franciscanos.

se apartan del género de los anteriores; pero lo mismo el titulado *La vida es sueño*, que *Castillos en el aire*, suplen con su tendencia filosófica y con lo grato de su forma la falta del carácter que á los demas distingue. Acaso hubiera convenido, para dar unidad al libro, prescindir de ellos; pero la circunstancia de ser debidos al mismo autor y su indudable mérito, justifican la determinacion editorial de aumentar el volúmen en beneficio de los lectores.

Respecto á la traduccion española, aquí, donde tan escasas en número suelen ser las que merecen este nombre, el Sr. Juderías Bender es acreedor á los más sinceros elogios. Comprendiendo que la mision del traductor es algo más importante de lo que generalmente se cree, no se ha limitado á estudiar la equivalencia de palabras y frases, sino que ha seguido la intencion, el carácter y hasta las rarezas del autor; ha evitado cuidadosamente que la diction española sea una diáfana veladura que deje ver toda la trama del idioma originario; y, complaciéndose en seguir á los maestros del buen decir en nuestra lengua, ha realizado un trabajo eminentemente literario y que descubre en él un excelente hablante. Tal vez en su profundo horror á ciertas traducciones ha ido demasiado lejos para evitarlas, presentando en su estilo sintomas de otra enfermedad no ménos temible, epidémica en ciertas sábias corporaciones: el arcaísmo. Pero el contagio ha hecho pocos progresos todovía, el Sr. Bender está dotado de un excelente criterio; y no es dudoso que empleará todos los preservativos que la ciencia aconseja para evitar el peligro que le amenaza. Tambien se me antoja que en ocasiones ha tratado de introducir en los cuentos alusiones y referencias ajenas á ellos; pero los lectores le absolverán fácilmente de este pecado, en gracia de la intencion y del encanto que añade á la fábula.

Tal es mi desautorizada, pero sincera y leal, opinion respecto al libro que el señor Bender nos ha hecho conocer.

M. OSSORIO Y BERNARD.

MISCELÁNEA.

Etimología de la palabra «Usted».

Abro el *Diccionario* de la lengua castellana, publicado por la Academia Española, y leo:

«*Usted*.—Voz del tratamiento cortesano y familiar; es sincopa de *Vuestra Merced*.»

Esto dice el *Diccionario*, y esto dice la *Gramática* de la lengua castellana, publicada por la misma Academia, edicion de 1874. Y si abro la *Gramática* de Salvá, leo:

«La lengua castellana tiene un pronombre que le

es peculiar... Este pronombre es el *usted* en singular, y *ustedes* en plural (*Vd.* y *Vds.* por abreviatura), que siendo una contraccion de *vuestra merced* (*Vm.*), y *vuestras mercedes* (*Vms.*), que és como se usaba antiguamente, etc., etc.»

Lo propio dicen todas las *Gramáticas* y todos los *Diccionarios* de la lengua castellana que he tenido ocasion de consultar, y esta es la creencia generalmente aceptada respecto á la etimología de la palabra *Usted*.

Pues bien, la casualidad me deparó últimamente una *Gramática* de la lengua castellana, escrita en aleman por el doctor en filosofia F. Booch-Arkossy, y en ella, al ocuparse de los pronombres personales, dice lo que á continuacion se traduce respecto á la etimología de la palabra *Usted*:

«El profundo conocedor de los idiomas de origen latino, A. Fuchs, en su valiosa *Gramática Española*, publicada en Leipzig en 1837, así como Hammer-Purgstall, autoridad reconocida en la materia, en su «*Monografía de las palabras castellanas de origen arábigo*,» hacen provenir la palabra *Usted* de la voz árabe *Ustad*, que quiere decir *Señor*, y que, debido á la larga dominacion de los árabes en España, se ha ingertado en la lengua castellana como otras muchas. Aducen tales razones que la suposicion corriente de que la palabra *Usted* es una contraccion de *Vuestra merced*, aunque se aproxima mucho, es por lo tanto errónea.»

Los filólogos resolverán cuál de las dos etimologías es la verdadera.

S. F.

(*América ilustrada.*)

El Instituto americano, conocido bajo el nombre de *Smithsonian Institution*, ha emprendido últimamente una exploracion de que se esperan importantes resultados para la arqueología americana. Sabido es que en algunas de las islas de la costa meridional de California se han encontrado recuerdos muy interesantes de su ocupacion prehistórica por las tribus aborígenes del país: consisten esas reliquias en utensilios de piedra de gran variedad, adornos de conchas y de huesos, tazas de piedra, etc., etc., que forman una valiosa coleccion que ha obtenido el Museo nacional. Los trabajos de exploracion los llevará á cabo M. Paul Schumacher, quien salió de San Francisco á principios de Mayo con varios trabajadores, y conocido por sus labores de igual naturaleza en esas islas. La investigacion durará algunos meses, y sus resultados se espera sean tan interesantes en lo relativo á la arqueología americana, como los verificados en Chipre por Di Cesnola, y en Troya por Schliemann son para el Mundo Antiguo.